

# SIMPSON 7

SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE



S7



SOCIEDAD DE ESCRITORES  
DE CHILE

## COMITÉ EDITORIAL

Directora  
*Carmen Berenguer*

Editor  
*Alberto Moreno*

Dirección de Arte  
*Astrolabio Ediciones*

## DIRECTORIO SECH 2020

Presidente  
*David Hevia*

Vice presidenta  
*Isabel Gómez Muñoz*

Secretaria General  
*Paulina Correa*

Tesorero  
*César Millahueique*

Pro-secretario  
*David Hevia*

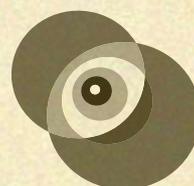
Directores:  
*Roberto Rivera Vicencio*  
*María de la Luz Ortega*  
*Jorge Calvo Rojas*  
*Nelly Salas V.*  
*Carolina González V.*  
*Omar Cid*  
*Ana Partal T.*

SECH  
contacto@sech.cl  
+562 2634 7834  
www.sech.cl

 /sech.casadeleescritor

 /sech\_oficial

 /sechoficial



Taller  
**ASTROLAB.IO**

# *SIMPSON*7

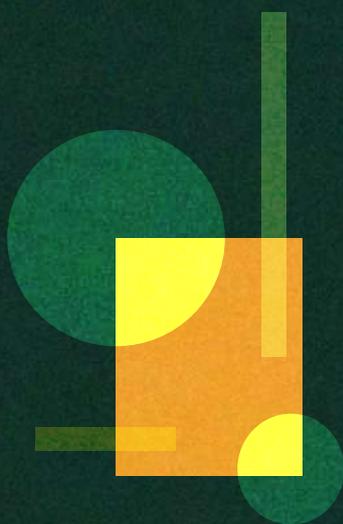
SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

- LECTURA INTERACTIVA -



NUEVA ÉPOCA | NÚMERO OCHO | AÑO 2022

S7



# EDITORIAL

SIMPSON 7 - NUEVA ÉPOCA N° 8

**N**eobarroco, neobarroso, neobarrocho, así compendia y recopila y arremete en un lúcido ensayo Alicia Salomone, del habla y el acierto hispanoamericano sobre esta vertiente creativa que cruza de alguna y de cierta manera todos los géneros, de Harris y Maquieira en poéticas, Lemebel en crónica, Eltit...para abordar la poesía de Carmen Berenguer y Soledad Fariña, un fondo consistente a este nuevo número de Simpson 7, con un espectro que alcanza, como ya es buena costumbre, poesía y narrativa, fotografía, pintura y diseño, una suerte de continua fusión y encabalgamiento de artes y artistas, distintos géneros que conviven en una manera de concebir que es lo mismo que crear, a través de otros, para un resultado exquisito podemos decir, en una selección de notables extractos de novela breve, Meruane, Sime, Gaete, Urbina, Gil, en poesía, Nómez y Gabrielli, Díaz y Arabuena, impecables, de Perú Mariela Dreyfus y Julio Barco, Carmen Váscones de Ecuador, con una fuerza poética que muestra, pese a la pandemia, el excelente estado de salud de nuestra poesía. La mirada, el ojo cáustico, bellamente quirúrgico de Johnny Aguirre como artista invitado, pone un marco estético de equilibrio y contención; “La vida de medio lado”, un escritor marrano bajo la inquisición, una muestra de esta novela de Mario Lanzarotti que se viene, en resumen, un nuevo número que da cuenta de la vitalidad creativa por la que pasa nuestro país y Latino América, pese al revés inexplicable y explicable del plebiscito de salida del Proceso Constituyente con un rechazo de 62% que, puede llevar a muchos a engaño, así como llevó a muchos a engaño una aprobación previa de un 78 %, y que da cuenta de un mundo confuso e inestable, momentos en los que surgen también obras notables, y cuando la Sociedad de Escritores de Chile, lamenta la pérdida de decenas de sus miembros por la pandemia, y hoy se duele una vez más por la prematura e inesperada muerte de Pablo Calvo Salas hijo de nuestro actual director Jorge Calvo Rojas y la partida de Carlos Jerez Berenguer, hijo de nuestra ex Presidenta de la SECH y actual directora de Revista Simpson 7, Carmen Berenguer Núñez. Nuestras más sentidas condolencias a ellos.

*Roberto Rivera Vicencio*

Director

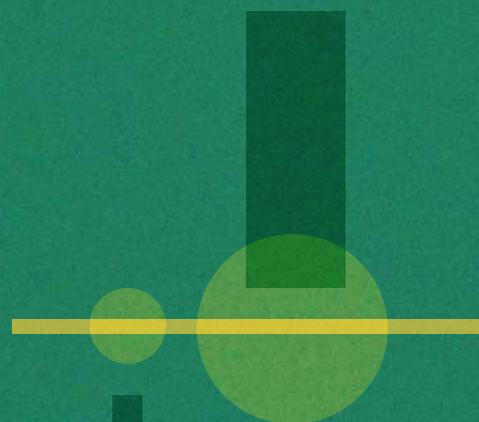
Sociedad de Escritores de Chile

# CONTENIDOS

<b>EDITORIAL</b>	<b>4</b>
<b>NOVELAS BREVES</b>	<b>8</b>
Pedagogía de un magnicidio <i>por Viviana Ávila Alfaro</i>	9
Diario del minuto <i>por Omar López</i>	16
Trépano <i>por Antonio Gil</i>	23
Valpore <i>por Cristóbal Gaete</i>	28
Carne de perra <i>por Fátima Sime</i>	33
Las memorias del Baruni <i>por José Leandro Urbina</i>	38
Sangre en el ojo <i>por Lina Meruane</i>	47
Des Atada. <i>por Edith Obaid A.</i>	56
<b>JOHNNY AGUIRRE</b> <i>Artista invitado</i>	<b>60</b>
<b>ADELANTO DE NOVELA</b>	<b>66</b>
La vida de medio lado. Un escritor marrano bajo la Inquisición <i>por Mario Lanzarotti</i>	67
<b>JOHNNY AGUIRRE</b> <i>Artista invitado</i>	<b>79</b>
<b>POESÍA</b>	<b>84</b>
Náin Nómez <i>Baldío</i>	85
Rolando Gabrielli <i>Literatura y poesía</i>	91
Jorge Díaz <i>Metro London</i>	100
Fernando Arabuena <i>El cristo de los tobillos rotos</i>	104

107	<b>JOHNNY AGUIRRE</b> <i>Artista invitado</i>
112	<b>POETAS INVITADOS</b>
113	Mariela Dreyfus <i>Perú</i>
123	Carmen Váscones <i>Ecuador</i>
132	Julio Barco <i>Perú</i>
140	<b>JOHNNY AGUIRRE</b> <i>Artista invitado</i>
144	<b>ENSAYO</b>
145	Destellos del neobarroco en Chile <i>por Alicia Salomone</i>
162	<b>JOHNNY AGUIRRE</b> <i>Artista invitado</i>
166	<b>TRADUCCIÓN</b>
167	Poesía en lengua italiana <i>por Giorgio Mobili</i>
180	<b>JOHNNY AGUIRRE</b> <i>Artista invitado</i>
184	<b>RESEÑAS DE LIBROS</b>
185	Antes del fin y Quebrado Alberto Moreno <i>por Naín Nómez</i>
189	Elogio del Odio Marina Arrate <i>Por Eugenia Brito</i>
193	El cristo de los tobillos rotos Fernando Arabuena <i>Por Carmen Berenguer</i>

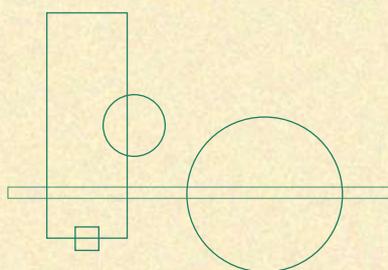
S7



FRAGMENTOS DE  
NOVELAS BREVES

SELECCIÓN DE OBRAS POR  
ROBERTO RIVERA Y CARMEN BERENGUER

S7



# Pedagogía de un magnicidio



*Por Viviana Ávila Alfaro*

Inédito

### Fragmento 1: el inicio

**M**até al presidente de un disparo certero en sus ojos. Quizás no tan certero, porque pretendía dar en su ceño. Pero darles a los ojos fue como cobrar por todos los que él había quitado. El día en que lo maté, hice el amor en la mañana. Pensé que tal hazaña requería de una potencia que aquello podía brindarme. Y creo que así fue: equilibré el amor y el odio. Al amor le hice el amor y al odio lo vencí con odio. Me siento orgullosa, no te voy a mentir. Me siento heroína y toda esta satisfacción en torno a la atención que recibo. Acá me tratan como reina. Porque eso es lo que soy igual, un poco. Una heroína poco común. Una asesina culta. Una asesina escritora, como la Geel. Pero yo fui pobre, así que como yo no hay ninguna. Yo había sido pobre, pero inteligente. Yo había sido pobre, pero me habían amado en la infancia. Y eso no lo tienen todos los que fueron pobres. Todo el mundo decía que yo tenía un gran corazón. Y es que así es, si para asesinar al presidente hay que tener un valor que se alberga en la esperanza de que haya justicia alguna vez en la vida. Así no vale la pena vivir.

Ese día, me levanté, me bañé y me fui a hacer clases. Como había sol, me puse una blusa nueva que me había comprado. Era de seda violeta con flores rojas. Una prenda fina de la ropa usada. Una joya que me costó 1500 pesos. Una ganga y la envidia de mis amigas. Me la puse con unos jeans negros gastados y mis zapatos con tachas. Pensé que eso me daría el arrojo que necesitaba. Llegué a la universidad con mi bolso que lo contenía todo, pasé al baño para verme al espejo, retocarme el rouge y el desodorante. Respiré profundo y me despedí de mi rostro juvenil. La libertad se me iba entre los dedos. Saludé a la secretaria y le pedí las llaves de la sala. Entré y encendí el computador, el data show y comencé a

conectar lo necesario para que se viera lo que tenía que verse. Sabía que podía ser mi última clase en libertad, así que la disfruté como nunca. Miraba a mis estudiantes trabajar en la última versión de sus ensayos sobre la *libertad* y me despedí en silencio de todos ellos mientras me preguntaban dudas y yo las respondía. Mi cadencia significaba adiós y mis gestos; besos en sus frentes juveniles a las que les deseé todo bien. Se terminó la clase. Se despidieron todos muy amorosamente. Respiré hondo y miré por la ventana. A lo lejos, se veía un barquito. Vengan a rescatarme luego de que lo mate, pensé. Hola, chinos, ¿me oyen? eso pensaba, que eran chinos. Hola, ¿me ven? No te ven nada, loca de mierda, me respondí a mí misma. Me reí sola. Me tomé el concho de té que me quedaba en el termo. Fui a la sala de profesores a descansar la cabeza frenética que sentiría la adrenalina que nunca antes había experimentado.

Esperé a que el sitio que daba vista al mar estuviera desocupado para corregir los trabajos pendientes y así poner y subir notas. Si me arrestaban o me mataban, por lo menos, mis estudiantes sabrían sus resultados, pensaba. Luego me ponía a hipotetizar acerca de lo que comentarían posteriormente al asesinato: *oh, la profe, la cagó; oh, la profe, jamás lo imaginé y tan tierna que se veía; chaaa, la profe la media volá. Y claro, todo eso. Yo les enseñaba sobre argumentación, que no a los discursos de odio, que no podían sustentarse siquiera teóricamente, que nada estaba bien si pasaba a llevar la dignidad y los derechos humanos de las personas. Y yo: pium pium muere, presi.*

Terminé de corregir con un atardecer en rosa que me regalaba el puerto de Valparaíso. Qué linda es la vida que se me va yendo segundo tras segundo. Me paré, le dejé los trabajos a la secretaria para que pudiese entregárselos a mis estudiantes, caminé por el largo pasillo, bajé las escaleras para mirar cómo el paisaje a través de los ventanales iba cambiando escalón tras escalón. Evité el ascensor porque se parecía más a la cárcel en la que estaría quizás cuánto tiempo si es que no me mataban antes. Llamé por teléfono a mi mamá. Sabía que tenía que despedirme para siempre. Esa yo que hablaba ahí no sería más. Esa yo se murió ahí mismo. Murió con quien me parió. Me preguntó ella tan linda tan tierna que qué me pasaba si tenía pena y yo no, mamá, solo estoy cansada es que acabo de revisar muchos trabajos. Y no le mentí. Todo real. Solo omití mis planes, porque no quería fallar. Si le contaba, me arrepentía y no era lo que buscaba. Me puse a llorar. Me bajó muchísimo llanto, así que tuve que pasar al baño de alumnas, porque el mío estaba bien lejos

ya. O sea, el de profes. No era mío, porque nada era mío. Todo lo debía. Ni siquiera había terminado de pagar la carrera que ejercía. O la pagaba mientras ganaba la plata suficiente para vivir. Vivir para trabajar, porque trabajar para vivir no era posible.

Apenas se me fue el llanto y me recompuse de la pena, llamé a Facundo. *Mi bello Facu. Facu, oh Facu, qué bello eres*, le cantaba y él se reía porque era simple y hermoso y bueno y yo con eso lo tenía todo. Entre el amorío, la pedagogía, las amigas y la familia era feliz, entonces vaya que sacrificio estaba dispuesta a hacer por la justicia. No me contestó, pero ya lo llamaría luego, así igual me fui a Valparaíso, porque, de todas formas, por ahí pasaría la caravana del presidente. Crucé Avenida España y tomé la primera micro que me paró. Me bajé en Bellavista y de ahí caminé hasta el puerto para ver los barquitos, a los abuelos alimentando a las palomas y a las parejas besándose. *Cholita, Pato I, La Regalona, Reina Victoria, La aventurera, Pipiripao* eran los nombres de las navecitas que surcan los mares en busca de peces para que los humanos se los coman fritos con arroz y ensalada de repollo. Qué delicia, qué manjar. Ojalá que a la cárcel mi mamá pueda llevarme ese plato.

Ahí en el puerto mismo, llamé al Facu que nunca me respondió. No me quería quedar sin darle unos buenos besos de despedida, aunque él no supiera el propósito, pero, finalmente sería el presagio de las cosas a las que dejaba de acceder, porque o entraba a la muerte o a la cárcel por voluntad propia y asumí que renunciaba a esos ojitos color cielo. Le mandé un audio para que tomara consciencia de que esa voz podría ser la última que escuchase de mí: *precioso, te llamé para verte, porque quizás no lo hagamos en harto tiempo más. Te quiero mucho, hermoso. Sabelo, che. Le hablé, así como argentina. Sos lo más. Amo tu pelito y tus ojitos que podrían ser mi mar o mi cielo. Me estoy poniendo romántica, qué te parece, viste. Ya, muac, te dejo un besito... donde tú quieras, boludo jaja. Todo rico anoche. Chau, amor. Chau por siempre, vida.*

Inspiré hondo para sentir la brisa, mirar por última vez el puerto y me encaminé hacia el ascensor el Peral. Lo subí y llegué al Paseo Yugooslavo. Traté de concentrarme en mi cometido y me vi a mí misma en todas las partes en las que anduve ese día y a todos los cuerpos con los que tuve contacto: habían sido 32: Facu en la mañana, el conserje, la secretaria y 29 estudiantes. Evidentemente, habrán sido más, porque la universidad está llena de personas y las micros también, pero a esas no las recordaba ni

estaban en mi corazón. Esa era mi última tarde en libertad. Última yo esta tarde como esta tarde me ve así de libre, así de determinada, así de viva.

El presidente pasaría en su caravana esa misma tarde por el plan y, desde el paseo Yugooslavo, mi puntería sería mejor, porque era mi lugar favorito de la ciudad. Había practicado tiro en clubes, había visto muchísimos videos de YouTube de cazadores de animales, había jugado a la puntería en las fondas recién pasadas y había ganado un pisco y diez lucas que tomé y gasté con las amigas. Invité empanadas para todas esa noche. Me creía lo suficientemente preparada para terminar de buena forma con mi plan. *Un buen plan nunca falla*, me repetía constantemente. Así también se lo enseñaba a mis estudiantes. *Aunque siempre, pero siempre deben tener un plan b*, les decía. Y yo no lo tenía, entonces solo tendría una oportunidad. Primera vez en la vida sin plan b. No podría fallar, si no: presa y el presidente vivo... un rotundo fracaso.

La gente ya comenzaba a agolparse en el mirador y me puse muy nerviosa pensando en que había demasiados niños que serían testigos de una gran violencia que iba a desatar, entonces, antes de dispararle, pensaba en dirigirme a la gente y decir algo así como: *señoras y señores, un poco de atención, por favor: lo que verán ahora será una performance artística, entonces, explíquenles a sus niños que esto es arte. Lo que ocurrirá a continuación, es por el bien de Chile, por lo tanto, de sus mismos niños. Niños, ustedes no hagan nunca lo que yo. Espero que, para cuando ustedes tengan mi edad, me comprendan.* De seguro, más de alguno sacaría sus celulares para grabarme. ¡Genial!, pensaba: habrá videos de este testimonio- performance. Que mis amigas artistas hagan lo que quieran con este material, ah que no se lo esperaban. Nadie, en lo absoluto, conocía ni conocería sobre mi plan más que yo misma. Era mi propia y mejor confidente. La más fiel. La más amorosa. Primera vez que sentía que me quería tanto.

## Fragmento 2: por ahí en el desarrollo

En la tele la noticia del tío que viola a la sobrina. La mata y la tira a la zanja. Lloro en la cocina con la luz apagada. No puedo creer lo que los hombres son capaces de hacer. No puedo entender dónde cabe tanto odio. Simplemente los hombres odian a las mujeres. Así de simple es. No soportan nuestra existencia en la Tierra. Solo se miden las tulas balas

mediante. Las niñas no querían ser reinas. Las niñas querían aventuras. Querían poner trampas. Querían subir cumbres. Las niñas son capaces de amar infinitamente a quien sea, incluso a sus potenciales violadores, malditos sean. Este desconuelo me abarca de pies a cabeza. Me hace poner la tetera por defecto. Me hace tomar agua caliente con hojas de té. Me hace sentir un choque en mi cabeza. Una explosión entre mis cejas. Tengo caliente el ceño e hirviendo el corazón. Me hace desmigajar un trozo de pan y echármelo a la boca poco a poco porque tengo la garganta cerrada y los gritos ahogados. Tengo en la garganta piernas que no corren y unos pechos adoloridos de puntadas asfixiadas de leche que nunca bajará porque de mí no brotará descendencia que venga a morir porque yo la traería a vivir la vida más apacible si así me dejaran, pero no me dejan. No nos dejan. Por eso hay que matar al presidente. Por eso y más. Todos los fuegos, el fuego. Todas las mierdas, la mierda. Todos los presidentes, el presidente. Así es por antonomasia. Por los siglos de los siglos, amén. Jesús, María y José.

### Fragmento 3: casi el final

Al fin pude dormir. Y ya era viernes. Era el día de eso. Miraba al Facu. Hasta con la boca abierta era hermoso. Me conmoví de su vida y de su existencia. Qué grandioso día en el que nació. Me parecía una de las más fantásticas creaciones humanas. Imaginaba a ese óvulo aceptando ese espermio dentro de la matiz de su madre, cosa más espectacular la vida suya ojitos lindos. Me acerqué a su cuello con los ojos cerrados y lo olí profundamente mientras metía mi mano en su cabellera ondulada y le masajaba la cabeza. Quizás jamás volvería a sentirlo, entonces necesitaba impregnármelo de alguna manera, así que me fui a duchar para volver a la cama y que me dejara un poco de su olor en el pelo o en la piel o en mi memoria frágil. Mi respiración se ralentizaba y mi corazón también. Cerré los ojos para oír su aliento mientras me percataba de que me perdería de ese Facu envejeciendo. No le vería salir canas. No advertiría el cambio de su voz. Ni sus arrugas. Ni sus hijos si es que viniesen. No lo volvería a besar. No escucharía más su voz. Se me moría el Facu en ese instante mientras me lo grababa en la memoria. Me abrazó con los ojos cerrados y me dijo que no podía ser que ya fuera otro día. Que podíamos quedarnos en la cama y pedir unas pizzas. Supiera él lo imposible de ese hermoso plan. Supiera él cuánto yo deseaba dejarlo todo atrás y decirle

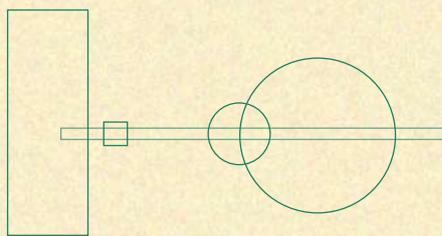
que bueno, diré que estoy enferma y que no iré a clases, que publicaré un poemario, que podríamos irnos de viaje, que yo invitaba, que no importaban los Fondart ni las boletas de honorarios. Vivamos la vida si nos vamos a morir, pasémoslo bien y amémonos como nos amamos cuando la gente se ama de verdad. Pero no. Cuánto me gustaría hacerlo cómplice de mi secreto mejor guardado. Pero si se lo contaba, me arrepentía y yo ya había puesto el rifle en mi bolso.

Me levanté, me bañé y me fui a hacer clases, cuestión que bien saben. Como había sol, me puse una blusa nueva que me había comprado. Era de seda violeta con flores rojas. Una hermosa y fina prenda con la que aparecería en las fotos de las portadas de los diarios, entonces la elección no podía ser antojadiza. Solo tenía una clase que dar en la que mis estudiantes terminarían sus ensayos sobre la libertad. Les pedí esta vez que me los enviaran al correo y así podría leerlos desde la cárcel para no aburrirme. Se sabía que, pese a que no estaban permitidos los teléfonos celulares, todas ahí dentro tendríamos uno, de todas maneras. Fue una clase hermosa y apacible. Mis estudiantes en silencio escribían, mientras yo respondía algunas de sus dudas y me paseaba por la sala mirando la mar. Les respondía con tanto cariño que creo les comuniqué ese amor, porque, cuando se despidieron, muchas y muchos lo hicieron con un abrazo y ahí tuve que contenerme el llanto, porque estaba a punto de brotar.

También saben que llamé al Facu y le dejé un mensaje y que no me respondió, para variar, y que me fui al paseo Yugooslavo en micro luego de dejar los trabajos de mis estudiantes revisados en la secretaría luego de mirar los barquitos del puerto. Una vez en el lugar, la gente comenzaba a agolparse en el mirador y me puse muy nerviosa pensando en que había demasiados niños que serían testigos de una gran violencia que yo iba a desatar.

Luego de tomarle la foto a la pareja de gringos que estaba en el lugar y de escribir un poema que le envié a mi amiga, me puse en situación asesina-del-presidente-más-detestado-de-la-historia. Cerré los ojos, me visualicé a mí misma llevando a cabo el asesinato y respiré hondamente concentrándome en mi cometido del que no había vuelta atrás.





# Diario del minuto



*Por Omar López*

*Marzo 2020, abril 2020, mayo 2020 y julio 2022*

*Crónicas.*

27 de marzo 2020

**H**ace dos días, tipo 19.15 hrs. miré por la ventana hacia el lado oriente y me llamó la atención el paisaje de dos pequeñas nubes sobre el fondo aún azulado de la tarde y la falda cordillerana. Estas nubes tenían la particularidad de ser muy redonditas y solitarias y estaban frente a frente, como en un diálogo íntimo pero que contenía una urgencia: Vivir la fugacidad del momento, se estaban despidiendo antes de desaparecer o disolverse atrapadas por las sombras implacables. Efectivamente, me distraje unos minutos de esta escena y cuando volví la vista, no estaban. La noche se estaba colocando su pijama y la cordillera, veterana dócil y sedienta de agua, acomodó su lecho.

Así como un par de nubes dura un momento, nosotros seres impacientes, duramos menos de un segundo en la edad del tiempo, somos como dice el sabio profesor Maza, a nivel planetario “polvo de estrellas”, ni más ni menos. Luego, el problema es que no tenemos educación para la muerte, para la nuestra especialmente, para la nuestra. De ahí el pánico por la actual pandemia, de ahí la desconfianza y las distancias impuestas, de ahí el miedo como corbata. Los que hemos superado en varios años la barrera de la sesentena debiéramos estar felices de llegar en buenas condiciones de lucidez o criterio y asumir que nuestro final, hoy más que nunca puede cristalizarse cualquier día. Y no se trata de esperar o de resignarse: Se trata de entenderlo y en función de esa comprensión para actuar cada segundo de la existencia como niños nuevos, asombrados, enamorados, vitales, sonrientes, cariñosos, emotivos, sencillos y tranquilos. Saber leer el instante resulta clave y esa clave no está en las enciclopedias ni en los dogmas; no existe en los manuales de auto ayuda ni en el slogan publicitario;

no habita en la profesión o el doctorado. La clave es el diccionario de uno mismo, esa terminología única que está representada en mi huella digital y en mi diálogo interior. Ese diálogo que a veces domina un ser primitivo, casi salvaje y otras veces una lengua dulce y cálida que juega con los sentidos. La muerte es dejar de ser y eso... sería todo. Es un trámite sencillo y puro si te abraza durmiendo y muchas veces violento o trágico en los vaivenes del azar o un lento y doloroso proceso de agonía pero que en definitiva, te convierte en un eterno exiliado del envase original.

Y con la muerte, comienza otra vida, no hablo de otro mundo ni de espíritus o de fantasmas. Es otra vida la que renace en tus zapatos vacíos, en tu ropa guardada, en tus palabras escritas en alguna agenda, en tus olores privados, en tus latidos pendientes, en tus promesas cumplidas, en tus fotos desteñidas, en tus secretos desnudos, en última instancia, en tu sombra de domingo. Vale la pena entonces llegar a donde estamos porque un eventual caos, una inexorable amenaza no puede ni debe avinagrar la dicha de vivir.

Para finalizar, comparto el fragmento inicial de un poema de nuestro gran Gonzalo Rojas:

Vivo en la realidad.

Duermo en la realidad.

Muero en la realidad.

Yo soy la realidad.

Tú eres la realidad.

Pero el sol

Es la única semilla.

Todo tiene un límite y ahí mismo comienza un nuevo origen, es el mayor incentivo para correr las cortinas en cada amanecer y decir...¡Hola día, venga ese abrazo!!



## 06 de abril 2020

Una fotografía es a veces una ventana que nos ofrece el retorno a otro tiempo y pareciera recobrar la fantasía de los años aquellos, con un segundo de emocionada mirada. Y mejor aun en tiempos de crisis, luego de transitar por la existencia cada uno en su propio rumbo y estar vivo todavía, para contarlo. Fue un domingo de octubre, ( año 1982 o el 83) poco antes del mediodía que asistimos por gentil invitación de la dueña de casa, Matilde Urrutia a un almuerzo de entretenido y ágil diálogo. La casa de Neruda ubicada en los faldeos del cerro San Cristóbal ( barrio Bellavista ) era un espacio donde el arte, la poesía, los detalles, el aire era de otro mundo. Incluso el hermoso jarrón con un borgoña sensacional, nos sedujo de inmediato para iniciar una ronda de brindis y admiración por sentir tan cerca la presencia del vate y la sencillez con sabor a encanto de Matilde, musa palpitante y chascona; amante audaz y silenciosa en su melodía de entrega y pasión.

La mayoría de los personajes de esta foto, habíamos creado un grupo literario que llamamos “Tralca” y participamos con nuestros poemas en varios encuentros y recitales que tenían la urgencia de apoyar toda manifestación cultural y política contra la dictadura. Éramos un grupo más en los cientos de organizaciones que venciendo los riesgos del soplónaje y la censura, escribimos en nuestro idioma y con nuestras limitaciones, palabras de amor a la humanidad y de resistencia a la muerte institucionalizada. El gran maestro de ceremonias para conocernos y juntarnos en marzo de 1981 fue el poeta y ensayista, Jaime Quezada quien junto a su hermano de sueños y letras, Floridor Pérez desarrollaron el Taller Literario SECH 81 con una enorme asistencia de estudiantes, trabajadores y muchas veces, invitados del ambiente cultural que compartían experiencias o noticias del exilio de otros escritores. Una bella e inolvidable época de unidad y aprendizaje en el oficio de escribir que nosotros decidimos extender a través de “TRALCA”. Como se describe en toda exposición, de izquierda a derecha: Horacio Ahumada; Jaime Lizama; el esposo de Liliana que está a su lado; luego Omar López; Carlos Jerez, esposo de Carmen Berenguer que sonríe con frescura de primavera y luego Isabel Valenzuela, compañera de Lizama ; después nuestra histórica anfitriona, Matilde; luego los poetas Gustavo Becerra y Hernán Ramírez, hoy flamante Director de un colegio santiaguino. Finalmente, una respetable vecina de la dueña de casa.

Nótese que en la ventana del fondo, la reja protectora dibujan la P y la M y así en todas las ventanas de la casa, es decir, un símbolo exacto de la unidad de fuego y viento que una mujer y un hombre ejecutan en nombre del amor sin barreras y miedo. Esta foto tiene hambre de ser mirada y sacudirse del polvo del olvido porque, salvo la vecina y Matilde, el resto que yo sepa, sigue respirando sin pausa alguna en este mundo.

¡Salud entonces por la vida! Había llegado la hora de volver a vivir.

### 01 mayo 2020

Nunca imaginé un primero de mayo, DÍA INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES, con un escenario como el actual. Acostumbrado a las banderas, el puño en alto, las consignas y las marchas en todas las latitudes este día simboliza, antes que nada, el legítimo derecho de los explotados a un trato más digno, más justo y humano dada su condición de productor de una riqueza ajena y siembre insaciable. En nuestro país, a partir de la instauración de la dictadura comenzó la demolición sistemática de toda la honrosa y sufrida tradición de sindicalismo y lucha obrera. Desaparecieron no solo seres humanos, “chilenos todos”, también los sindicatos, las federaciones y confederaciones que representaban distintos rubros y áreas desde el ambiente cultural hasta los frentes productivos. Las reivindicaciones y los beneficios sociales conseguidos tras intensas y muchas veces sangrientas movilizaciones, se aplastaron con furia y prepotencia. Y de campesinos, pescadores, mineros, textiles, zapateros, profesores, médicos, estudiantes, pobladores, escritores, músicos, pintores, ingenieros, abogados, arquitectos, periodistas, cineastas y juventudes organizadas, artesanos y carpinteros, etc., nunca más se habló.

El terror inicial, fue como toda acción terrorista empoderada, corbarde y eficaz. Luego, una pandilla de tecnócratas engendrados en las escuelas de negocios de norte América implantaron su modelo sin problema alguno. Constitución deforme y cavernaria incluida. Y ahora, cuando nuestro único planeta está sacudido por la expansión de un virus de dudosa reputación, el sistema capitalista mundial tiembla en sus raíces; tambalea “el mundo libre”; se invocan medidas punitivas y efectos apocalípticos de no respetar la manoseada cuarentena. Pero...¿el pueblo dónde está?...el pueblo está asustado en su casa... y sin pan. Que

yo sepa, ningún vecino de alguna comuna popular tiene un helicóptero a mano para superar cualquier control y demostrar la estirpe de su bolsillo. Pero el vecino sí está pendiente de otra pandemia; la cesantía.

La “nueva realidad” en proceso de instalación por sus voceros ideológicos debe reemplazarse por una NUEVA CONSTITUCIÓN, vía Asamblea Constituyente que sea realmente representativa de todos los sectores democráticos y mayoritario de nuestro país. Es decir, que los trabajadores, los estudiantes, los profesionales, los pueblos originarios, los campesinos, los mineros, los pescadores, las organizaciones femeninas, los pobladores y los artistas, etc. tenga pleno y justo derecho a proponer las bases para la construcción de otro Chile; otra realidad más cercana a la humanidad que al costo o la rentabilidad de los clanes económicos y una clase privilegiada y satisfecha de sí misma.

Primero de mayo, no te olvido.

### 09 de julio 2022

Hoy, de vuelta de uno de mis inevitables paseos en bicicleta por una feria libre, vi escrito en un muro cualquiera la frase siguiente: “Siente lo ke te mata / Busca lo ke te sana”. De fondo, un colorido paisaje en el que creo haber visto un pájaro sobre una rama, dibujado con trazos largos y de alguna manera, apresurados. Esta frase parecida a un aforismo o a una sugerencia al paso, con la rotunda k enarbolada por los jóvenes de esta época, refleja, aparte de cierta estética poblacional (legítima y necesaria, por lo demás) un afán de resistencia y trabajo para recobrar espacios e ideas que ayer estaban solo en el campo ideológico político (legítimo y necesario también) porque el mentado mensaje no lo firmaba ningún movimiento y tampoco alguna fuente asociada al intelecto. Frase a mi juicio eficaz y contundente, porque sobrepasa generaciones, condición social o indiferencias latentes.

Recordé luego el comienzo de un bello poema de César Vallejo:

Solía escribir con su dedo grande en el aire:

¡viban los compañeros! pedro rojas

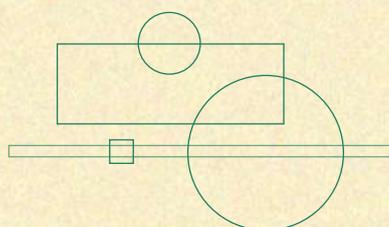
Escribir en el aire...también con una “falta ortográfica” y relatando la historia de un hombre caído en la guerra civil española. Es decir, la

palabra o las palabras al ser utilizadas más allá del convencional rigor académico y ajustadas al momento histórico o al tiempo en que nacen, constituye un puente de alcance infinito porque su poder radica en la estatura de creatividad y contenido que el poeta o el inspirado escribiente aplica desde la emoción de su sangre. Los muros saben hablar cuando una sociedad se debate en el laberinto universal que es la lucha de poderes y la justicia social. Recordemos el arte y la denuncia de grandes muralistas como Diego Rivera o Roberto Matta y la poesía plástica de Osvaldo Guayasamín que, en gran medida y sin ir más lejos, la obra de Mario Toral, escondida de luz en la estación Parque Bustamante del metro de Santiago, línea 5.

Vale la pena entonces, rescatar el lenguaje cotidiano del día a día expresado de múltiples formas e idiomas. Porque nos acercamos a un momento decisivo en la vida democrática de nuestro país ya que el simple acto de votar, es expresión de eso y más que una obligación, es un deber mínimo de cualquier ser pensante y responsable, debemos conversar hasta con las piedras ambulantes de aquellos que se definen como “apolíticos” y también, mirar, mirar, ver, ver, ver y sentir y volver a mirar y opinar con aquella convicción del mensaje encontrado hoy en una calle: apartar lo que te mata buscando lo que te sana. Sin contaminación de culpas y sin resorte de miedo porque es la única manera de agradecer el hecho de estar vivos y crecer por aquellos que cayeron en la lucha o los que están, amarrados a su propia sombra y dormidos.



S7



# Trépano



*Por Antonio Gil*

*Retrato del diablo*

Sangría Editora, 2012

*Maestro. Quítame pronto esta piedra. Mi nombre es Tejón Castrado*

Hieronymous de Bosch

Con las primeras cuchilladas de sol del amanecer pude verlo. Sí. Ahí estaba. Al despertarme y junto con alzar la cabeza pude ver claramente en el muro a la cal ese mapa del Finis Terrae bosquejado toscamente con un trozo de carbón por Rui Faleiro. Ese pubis, esa lengua que sería el destino de Pedro Sarmiento de Gamboa y otros tantos en un lugar más remoto que Sirio o Ganímedes; territorio aquel que amén de ser la puerta de marear hacia Molucas es ahora, muy al austro, una gobernación del Reino de Chile. Faleiro había descubierto en su mente antes que nadie, en su alma, en sus sueños, en sus ebres aritméticas, aquesta tierra ignota: Chile. Este mérito secreto jamás le sería reconocido por nadie, ni creo que lo esperara para nada.

–Los locos verdaderos se dividen en cinco tipos: lunáticos, insanos, vesánicos, melancólicos y obsesos –dijo el galeno rascándose la cabeza, como sorprendido de su propia capacidad de memorizar tal listado de disparates que ni él mismo se creía.

La ronda de Maese Texeira, físico y sangrador y anatomista a cargo del ese hospicio –o Casa de Piedad o Inerno en la Tierra o como queráis cali carlo– recorrió temprano las apestadas dependencias. Nadie ignoraba de Faleiro que era el huésped más ilustre de aquel desván. Y todo quien algo alcanzaba a colegir sabía que estaba preparándosele al cosmógrafo una trepanación para extirpar de su calavera la llamada piedra de la locura. Ya habíamos visto sobre una mesa del salón principal las sierrillas, tirabuzones y embudos que Texeira utilizaría en su empeño, junto a un marmagno de hierros, escalpelos, malletes, gubias y lentillas traídas de vaya uno a saber dónde. Con él venían, como siempre, su séquito de asistentes, Do Carmo, Faura y Mego, siempre dos pasos tras él, con el sombrío y bilioso semblante de los que no se hallan a gusto en parte alguna.

La única tarea de Texeira, lo sabíamos bien, era impregnar un paño de lino con celidonia y colocarlo, sin resultado alguno, bajo la axila del loco. Jamás supimos que trepanase ni fungiera de anatomista. En-

tonces, ¿cómo iba esa nulidad a extraerle el Cabo de Hornos de la cabeza a Rui Faleiro? ¿Y el Canal de Todos los Santos, con qué cartografía le sería extirpado al cosmógrafo de Magallanes?

Es bien conocida la pintura del Bosco intitulada Extracción de la piedra de la locura, donde se nos presenta al paciente en un círculo mostrando una herida en su cabeza a un matasanos y a sus ayudantes, dispuestos a corroborar el éxito de la operación tanto como a propagar las alabanzas del falso médico que luce ostentosamente su título, utillaje y artes, bajo la implacable mirada satírica del pintor. Al enfermo le extraen un tulipán lacustre de la frente, tulipán que también está sobre la mesa y que es símbolo del dinero que va a parar a la bolsa del charlatán.

—Pre rieron creerle a Ptolomeo, ese sobrepiciado dios de los haraganes: un planeta más pequeño que el calculado con extrema exactitud por Erastótenes de Cirene y por mí en el sueño les acomodó más; claro, pues ese mundo reducido les ofrecía menos faena y sinsabores a esos cabreros comepueros. Craso error. Fue nada más por esos cálculos fallidos, por esos yerros de trigonometría que nos llegaron sólo dieciocho de todos los hombres que embarcaron, y eso —acotó Faleiro con una risa siniestra— es un mero ejercicio aritmético: la resta.

La noche enfangaba lentamente el bronce fundido del crepúsculo.

—Aquello, amén del error metafísico de confundir la Nada con la mar que no es, como comprenderá tu tarda inteligencia, fue un fallo menor —agregó, rompiendo ahora en una risa de hiena desgarrada donde se encerraba en cada estertor, en cada resoplido, ya no sólo su propia frustración personal sino la de todos y cada uno de los hombres que han vivido y vivirán la Tierra en medio de sus fracasos y desilusiones, incluyendo la mía. Faleiro de algún modo extraño podía por instantes, comprendí entonces, convertirse en toda la Humanidad. Y eso era probablemente la piedra que buscaban extirpar el anatómico y sus pajes con las tenacillas y pinzas y ferrajes y sondas dispuestas sobre la mesa grande bajo el retrato de Antonio de Padua, en esa sala con trazas de pesebrera donde recibirían —como sabíamos ya ahora— al que vendría siendo ni más ni otro que Andrés Alcázar, autor del libro ese sobre la cirugía craneal que consta de veinticinco capítulos, en los que se presentan desde la anatomía de la cabeza a la clasificación de las heridas cefálicas según la etiología y localización, y desde el diagnóstico diferencial de las mismas hasta el pronóstico en general y en particular. Desde el capítulo doce hasta el final, Alcázar ofrece soluciones terapéuticas tanto desde el punto de vista médico como quirúrgico para cada uno de los tipos principales de heridas. Pero sin duda su mayor aporte es el análisis

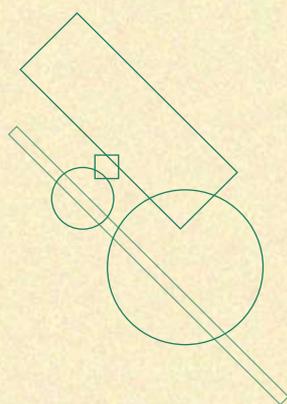
de los requisitos con que deben contar los trépanos y otros instrumentos operativos craneales, junto a un hábil diseño de trépanos de su autoría. Torpes e insucientes halla Alcázar las llamadas trenas, que eran usadas hasta entonces, así como las sobrevaloradas coronas de trépano operadas con la mano por medio de una suerte de manguillo colocado en su parte superior. Alcázar es elocuente al señalar los muchos riesgos de estas viejas herramientas, y dibuja y manda a hacer, e incluso realiza con sus propias manos trépanos inexistentes hasta entonces. En primer término crea las coronas de trépano insumergibles merced de un tope; se trata de una corona macho equipada con un pivote al centro, lo que asegura la ubicación exacta del instrumento en el inicio de la operación –junto a otra corona hembra, que culmina la perforación. Las coronas de Alcázar no se manipulan directamente, sino que se las hace girar mediante una manivela. De este modo el docto trepanador resolvió el complejo problema que planteaba tener que disponer de una gran cantidad de coronas adecuadas al grosor del hueso craneal que había de ser abierto, por medio de un artilugio similar a lo que la mecánica conoce con el nombre de tuerca, la misma que hacía posible extenderlas o acortarlas según se requiriese. Para las ocasiones particularmente difíciles creó otro trépano, también provisto de dos coronas machihembradas, pero carentes de dientes y con un sólo lo, el cual para funcionar necesitaba de un aparataje similar al ballestón usado en alfarería, ese que da vueltas mediante cuerdas a un arco, lo que ya hacían –hay que decirlo– las arcaicas terebras o trépanos desde los egipcios. En n. He ahí a nuestro trepanador.

Sólo había uno más reputado que Alcázar en estas artes de las perforaciones craneanas: Andrea de la Croce. Pero nadie sabía ya dónde se encontraba el ilustrísimo italiano, con sus afamadas brocas y curetas, tras mandar con sus curaciones al fondo del inerno al Gran Almirante de la Sublime Puerta Otomana, frenéticamente empeñado en la construcción de un camino que llegaría directamente hasta el Jannat al-Na'im o Jardín de las Delicias prometido por el Profeta.

Lo que sí sabíamos era que se manifestaba Alcázar rme partidario de la trepanación de Rui Faleiro, pero a nado en sus indicaciones y con mejoras en la técnica que hasta entonces se tenía. Ideó, propuso y nalmente construyó algunos trépanos especiales para Faleiro, con el n de solventar los inconvenientes que presentaba el estrambótico paciente. ¿Sería esa la herrería incomprensible que atiborraba la mesada bajo el amparo del Santo de Padua?



S7



# Valpore



*Por Cristóbal Gaete*

Cuando desperté la casa olía a vómito y a vino derramado. Me arrastré por el piso lleno de astillas, vidrios rotos y fideos regurgitados. La madre estaba allí, tirada, dormida, vestida solo con calzones, y un poco más allá el Pulpo, ambos roncando. Nadie más que nosotros dormía en la casa. Tomé unas monedas, los envases y salí. Caminé por Valparaíso todavía gris. Entré al hipermercado y fui a la parte de los vinos, le solté las puntas a una caja y la escondí entre mi pantalón y mi chaqueta de cotelé sin mangas. Los guardias, a esa hora pánfilos por el sueño, no vieron nada. Fui por las pilsener. Subí de vuelta a casa por calle Clave; todavía no abrían los bares de madera para los viejitos. Uno de ellos estaba acostado en la vereda, quieto como si fuera parte del paisaje, derramado como caña de vino. Miré alrededor. No había nadie. Le metí la mano al bolsillo, encontré doscientos pesos y seguí subiendo por la escalera del Ejército de Salvación. Con tres viejitos más, junté seiscientos pesos. Uno casi despertó cuando le saqué el abrigo, se movió e hizo ruidos guturales. Me llevé el harapo para venderlo en la feria de las pulgas y sacarle, quizá, una luquita. De vuelta en casa desperté al Pulpo y a la madre, nos sentamos a la mesa. La madre se acomodó con dificultad. Estaba embarazada hacía tiempo, la guata ya llevaba semanas molestándola más y más. No se acordaba de la última vez que le había llegado la regla; nosotros menos. Ignorábamos cuál de los dos era el padre, pero ella sí era la madre. Destapamos las pilsener y el líquido amarillo, renovador, comenzó a pasar por nuestras gargantas.

Era un nuevo día.

La madre dijo que tenía hambre. Nos llevamos el vino y bajamos a revisar la basura de los mercados de fruta, buscando en los tachos un par de tomates que no estuvieran demasiado podridos para echárselos a los panes. Con ese pan nuestro en la guata, entre los tres juntamos las

monedas para el paraguayo de la mañana que fumamos echados bajo las palmeras. Vagando sin dirección en la ciudad, el Pulpo se detenía a jugar en los tragamonedas y ganaba dinero a través de un shock eléctrico que les daba a las máquinas. Cada vez, nuevo abastecimiento de chelas y a la casa, hasta que oscurecía en la languidez prensada. Evitábamos encandilarnos con la luz, tapando las ventanas con frazadas; por única interferencia teníamos el chillar agudo de las ratas a nuestros pies. Pronto se aburrirían, no había nada para ellas. La madre cayó de la silla, era cada vez más habitual que le pasara. Estaba gorda, la ropa le apretaba la guata. Se acurrucó en el suelo, quejándose, cerrando los ojos de dolor, durmiendo a la fuerza. La observamos un minuto, indiferentes y pegados. El Pulpo sacó un hermoso paquete de marihuana fragante; mi boca goteó. Él, enrollando, decía que siendo dos rendiría mejor.

Tirado, miré a la madre. El único momento en que se dejaba tocar era cuando estaba dormida, reventada por el copete o algo. Fue así como alguna noche de algún mes que no sabemos, yo o el Pulpo la hicimos toda, y se convirtió en la madre. Me acerqué, le bajé lentamente los calzones, excitado por cómo movía sus caderas, como si se fuese a girar, a negar, serpenteando lenta. Cada vez era más difícil estar encima de ella, la guata no me dejaba metérselo con comodidad, pero la mirada de la madre era caliente y gemía suave. El Pulpo estaba delante de nosotros, con la bolsa de pegamento, mirando Gummo, inhalando siempre que lo hacía el enano o su amigo que cazaba gatos. A ratos cambiaba a El festín desnudo, viendo las máquinas de escribir mutar y hablar. El Pulpo estaba seguro de ser un agente de la Interzona. Yo también lo creía. Otras veces, nos pegábamos mirando la pantalla inflamada por las noticias. Los rostros de las madres y padres corriendo para entrar en un cuartel donde les dirían que sus hijos estaban muertos porque chocó un bus. O los cuellos ortopédicos sosteniendo los cráneos tras los accidentes. O el que llamaba cabros chicos desde su oficina de parlamentario.

Todo era pornografía.

Como el Pulpo había sacado el pito, yo saqué la champaña de los inhaladores: el cloruro de etilo, el póper para el dolor muscular. Los tres nos echábamos el espray en la manga y aspirábamos. El golpe en la frente era potentísimo, como decenas de prensados. Veíamos toda la pieza borrosa. Segundos después tratábamos de sintonizar la realidad como en una tele vieja recién prendida. Cuando la pieza, la madre y el Pulpo aparecían de nuevo, aspirábamos otro.

En el único diario que teníamos, salía que un tipo había pagado trescientos treinta y cinco lucas por un pelo de Marilyn Monroe, y el Pulpo repetía que era para clonarla. En su paranoia de agente encubierto, imaginaba el pelo en el trajecito blanco, levantada la falda, los muslos voluptuosos. Pero eran frágiles intervalos de atención. Lo que nos satisfacía siempre estaba en la calle. Podíamos seguir consumiendo con to, imaginaba el pelo en el trajecito blanco, levantada la falda, los muslos voluptuosos. Pero eran frágiles intervalos de atención. Lo que nos satisfacía siempre estaba en la calle. Podíamos seguir consumiendo con unas bolsas de pegamento escondidas en la punta de las mangas. Nos llevábamos las manos a la boca cada tanto, respondiendo lentamente a los estímulos de la ciudad, a la micro que nos llevaría al plan o al infierno en su descenso de montaña rusa por los estrechos caminos del cerro.

En el plan, los semáforos y los vehículos parecían abalanzarse sobre nosotros. Era noche de película, unos amigos estaban cobrando una bala por entrar a su mediometraje. Todo el público alternativo de Valparaíso estaba allí; era como la cola para ir a ver Pánico o una exposición de pintura que en realidad eran unas latas del puerto, como las que tenía nuestro vecino por muros y paredes. La sala de cine estaba llena, nosotros estábamos pegados, satisfechos viendo la pantalla negra. Apagaron la luz y sonó el disparo al final de la sala y todos huyeron, perdiéndose los cuerpos inertes que habían fotografiado nuestros amigos, interfiriendo la radio de los pacos, todos esos cuerpos, todas esas líneas blancas que se jalaban mis amigos, como si fueran siluetas.

La madre estaba dormida hacía rato. Los locos de la puerta, cagándose de la risa, salieron a la calle disparando mientras sonaban las sirenas. La balacera era inminente. Cargamos a la madre rápido para movernos de ahí, pese a que nos gustaban las fotos, la secuencia monótona de los cuerpos y mis amigos jalando. Caminamos un poco y la madre reaccionó, y llegamos a una tocata gratis en un local cuico. De nuevo la champaña antes de entrar. En el pub tocaban jazz y nos sentamos a ver al batero, que detenía cualquier intento de los músicos por acelerar el tema, atándolos con su ralentización como el pegamento a la mente. Una baqueta sobre la caja, que movía imperceptible.

Salió un grupo de gente de uno de los salones y el Pulpo me dijo que era el momento de meterse, cachar qué onda, y olvidar a la madre. Pasamos recogiendo los vasos de las mesas, bebiendo todo lo que podía-

mos. Mezclas y sabores que ni conocíamos. En la pista sonaba cumbia, y con el Pulpo bailamos solos. Los cuicos se reían, las cuicas se acercaban a bailar con nosotros. Cuando la música cambió a merengue, sentí la polera pegada a mi cuerpo, tantos días puesta y sudada. La muchacha y todo giraba. Bebimos de su copete hasta que nos aburrimos de estar ahí, del movimiento excesivo, inconducente. Nos despedimos y una de las chicas trató de detener al Pulpo, pero las cosas son así: un agente de la Interzona prefiere aparentar homosexualidad para encubrir su misión.

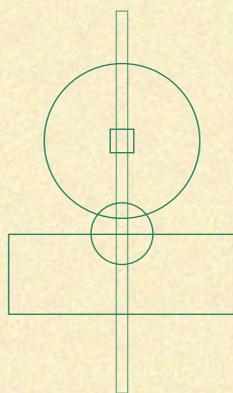
En el salón donde tocaban jazz, un negro con los colores de Brasil movía frenéticamente las caderas como si culiara a todas las minas que le clavaban la mirada. La madre no estaba en ningún lado. Bajamos al subterráneo, donde Cazuela de Cóndor tocaba delante de una proyección del Gato Félix. La madre estaba entre la oscuridad y el humo, con dos muchachas macizas en un sillón. Yo me sentí como Félix, atrapado en una viñeta, y salí. Me quedaba todavía una luca en el calcetín, y beber allí no rendía. Saqué mi póper. Prendí un cigarro escondido en el bolsillo y una limusina se detuvo a mi lado. Dentro venía Phillip Rastelli, un amigo al que hacía mucho no veía. Cuántas veces había estado con él en un paradero de día, bebiendo, pasada la noche de largo. Cada vez que llegaba Phillip al puerto, andaba con mucha plata. Abrió la puerta.

Reconocí el destino de la noche en las líneas blancas que brillaban al interior de la limosina.

Phillip tenía escrito en la frente “Valpo te voy hacer tira”, jalando sin parar y con las pupilas dilatadas. Me invitó a hundir la nariz y al levantarme vi todo más claro.



(\*) *Valpore* fue publicada originalmente el 2009 en Valparaíso y a la fecha cuenta con 6 ediciones en Chile y Argentina. Se extrae el inicio de la versión publicada en el compilario *Apuntes al margen* (Emecé/Planeta).



# Carne de perra



*Por Fátima Sime*

Lom, 2009

O toño. Media tarde. El sol se asoma entre las nubes y una leve brisa levanta las hojas. El Pontiac rojo cruza por el costado de Plaza Italia, dobla en Bustamante hacia el sur, se estaciona. ¿Por qué nos detenemos?, dice ella. ¿No íbamos al cine? ¡Muñeca! La tarde parece de primavera. Caminar por el parque nos va a hacer bien. A mí me gusta ir al cine. Me gusta ver películas. Con parsimonia, él apaga el contacto, apaga la radio, apaga el cigarrillo. ¿Tendría que importarme lo que a ti te gusta? Hoy no quiero enojarme, ¿sabe? Le tengo una sorpresa, así que ¡ya! ¡Se me baja del auto! Ella obedece. Atraviesan la calle juntos, caminan por el sendero de gravilla. Ella, con la cabeza gacha, mira la nube de polvo gris que levantan sus pasos. El hombre la toma con firmeza. La detiene. ¿Acaso no me cree, que anda como mula vieja arrastrando las patas? Mire cómo está dejando los zapatos nuevos. ¿Quién se los compró? ¿Quién le compró ese vestido, la cartera? Yo pues, su Príncipe. ¿Por qué desconfía de mi sorpresa? ¿Ves el edificio del frente? Están parados en medio del sendero. Él, algo doblado, su cara junto a la de ella. Apunta con el dedo. Aquél, el de portón vidriado. Fíjese en el tercer piso, en el departamento con rejas en el balcón. ¿Lo puedes ver? Sí, dice ella, ¿por qué? ¿Qué tiene de especial? Allí vamos. En ese tercer piso está la sorpresa.

## 1

Está desnuda, tirada sobre un piso de baldosas. Tiene los ojos vendados y las manos atadas a la espalda. Con la piel húmeda, siente que se congela. Aunque no hay signos visibles de la reciente tortura cada vez que tiritita el dolor es intenso. De pronto percibe a su lado un cuerpo, una respiración ronca, fatigosa. Y a ti, ¿en qué momento te trajeron? Háblame, por favor; tienes que aguantar. Pero solo escucha estertores

cada vez más débiles. Se arrastra con dificultad hasta quedar junto a ese otro cuerpo. No sabe si la oye, pero como un mantra, como una letanía, le susurra frases de consuelo.

La puerta, al abrirse, emite un chasquido. Instintivamente ella se contrae. Es inútil su rigidez. A tirones la separan de la otra chica. ¡No! ¡No se la lleven! ¡No ven que se está muriendo? Una voz nueva, desconocida: Tranquilícese, señorita. Se la llevan para que la vea un doctor. Son unos brutos. Mire lo que han hecho. Le pido disculpas. Emite órdenes que se cumplen de inmediato. Liberan sus manos, cubren sus hombros, le retiran la venda. Después de tres días en la oscuridad, pestañea para acostumbrar sus pupilas a la luz. La voz pertenece a un hombre alto, delgado, de bigote fino. A diferencia de los demás, que llevan uniforme, él viste terno y corbata. Está frente a ella, con las manos a la espalda y el tórax desafiante. Un cigarrillo colgando de la comisura le da un aspecto de ¿galán de película? Parece ridículo, pero así es. Así lo percibe ella al menos. ¿Desde cuándo no come?, se dirige a sus hombres, pero sin apartar los ojos de ella. Unos ojos amarillos o azules como el cielo que acaba de nombrar. No más “Cielo” para ella. Que se duche, se vista y coma algo. Cuando esté lista, me avisan. Usted, deje de tiritar, le dije que se tranquilizara. Ya verá cómo yo soluciono este malentendido.

## 2

No puede creer que solo un piso de distancia la separe del horror donde estuvo. Es una oficina con escritorio, sillas, máquina de escribir. El hombre, rodeado de papeles y carpetas, ha perdido ferocidad. Tome asiento, dice mostrando la silla. Se dieron cuenta del error, piensa ella. Le pedirán que jure que la trataron correctamente y que cooperó en forma voluntaria. Pondrá su firma en un formulario. A todo dirá que sí. Le entregarán el carné y caminará hacia la calle como si nada hubiera pasado.

El tipo la mira un rato en silencio, abre una carpeta y lee en voz alta: María Rosa Santiago López, 24 años, profesión: enfermera universitaria. Se detiene, hace un gesto de asombro enarcando las cejas. El cigarrillo continúa en la comisura de la boca. Retira unas fotos. Toma una y se la muestra. Por lo que veo, dice, heredó el pelo de su padre. Porque éste es su padre, ¿verdad? Sí, sí. Es mi papá. Él lee: Nicanor del

Tránsito Santiago Farías, boliviano el caballero. Aquí dice que ingresó a Chile el año 1940. ¿Por qué no se ha nacionalizado el señor Santiago? Son muchos años en Chile, ¿no le parece? Ella: No sé, yo no tenía idea. ¿Debería haberlo hecho? ¿Es un delito? ¡Señorita! ¡Por favor! No estamos aquí para hablar de delitos. Se ve que su padre es un hombre intachable. Además, un hombre de esfuerzo: chofer de taxi con auto propio. Cuotas del préstamo al día. Secretario del Sindicato de Choferes de Taxi en Limache. Parece un muy buen hombre su padre. Bonita familia. Toma otra foto de la carpeta. Aquí tengo a la señora: doña Rosa Esther López Rojo, profesora de castellano. ¿Qué más dice por aquí? ¡Mire!, el pelo de la profesora, crespo como el de su hermana María Elena y el de su hermana María Luisa. Va colocando las fotos en fila. ¡Qué bonita familia! Hay que cuidar que a esta familia no le ocurra nada. ¡Me gustan las familias unidas! Ella se pregunta por qué tanto discurso para dejarla libre ¿Por qué alargar el momento? Él: ¡Mira! Aquí está la foto tuya. La vamos a poner junto a las de tus hermanas. ¡Las tres Marías! Qué distinta te ves en esta foto. ¿Fue con cigarros que te quemaron la cara? Son unos brutos. No aprenden. Ella se extraña, ¿por qué el tuteo? No entiende mucho, se anima a preguntar: ¿Cuándo voy a salir? Todavía no, faltan algunos trámites, pero será pronto. Ella insiste: Hace un año que no veo a Alexis Leiva, que no tengo contacto con nadie. Él, paternal: Chiquilla, eso lo sabemos. A tu novio ya lo tenemos. Tú, tranquila.

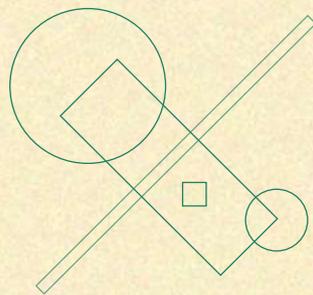
Mientras habla se incorpora y rodea la mesa. Parado, con los brazos cruzados al frente de ella, ha vuelto a ser el de la mañana. La observa en silencio. Ella, con ese chaleco minúsculo que le han dado y el blue jeans demasiado estrecho, se encoge en la silla hasta casi desaparecer. El hombre se agacha, toma su cara entre las manos, la obliga a mirarlo. Es otra cosa lo que quiero. Ella se inquieta. ¿Habrán cambiado de táctica? Si no es por Alexis, ¿para qué me retiene? ¿Por qué me ha elegido a mí? El hombre, con la mano empuñada y estirando solo el dedo del anillo, el meñique, le raspa las llagas. Ella no intenta nada. No dice nada. Solo rehúye la mirada que la examina. ¡Mírame!, grita él. Me gusta que me miren. ¿Me tienes miedo? ¿No fui yo el que te rescató esta mañana? ¿No soy acaso el que está tratando de ayudarte a ti y a tu familia? ¿Para qué crees que los tengo a todos en una carpeta? Dime que no me tienes miedo. ¡Dime: "No te tengo miedo"! No tengo miedo, no tengo miedo, repite ella obediente, aunque tiembla. ¿Te duele?, pregunta él, hurgando en las costras.

Se ha sentado a horcajadas sobre ella, la aplasta, comprime sus caderas. Está embelesado jugando con su cara. ¿Te duele? Ella asiente con la cabeza. Espera, no te muevas, voy a ayudarte, ¿ves qué delicado soy?

Saca del bolsillo de su pantalón una navaja pequeña. Clava la punta en una herida, levanta entera la costra y se la muestra. Si queremos bonita la cara, sin cicatrices, hay que descostrar donde hay infección pues, muñeca. En cada acometida la chica siente la hoja pequeña, fi losa, bailar cerca de su ojo. A pesar del dolor, temerosa, no se mueve, no chista.

Él emprende la tarea con esmero, se toma su tiempo para no dejar residuos. Cuando termina, manan hilos de sangre de las heridas. Ahora hay que desinfectar, dice, y para eso nada mejor que la saliva, como los perros. ¿Te gustan los perros? ¿Te gustan? Dime: “Me gustan los perros”. La muchacha balbucea: Me gustan los perros. Él gruñe en su oreja, gime como un cachorro. Empieza a lamerle el cuello. Luego recorre con parsimonia el rostro de ella. Son lengüetazos fi brosos que hacen arder las llagas. Sin embargo, al rato, esos movimientos rítmicos, calientes, la atontan, la adormecen. ¿Cuánto dura el ritual? Cuando el hombre se retira, ella abre los ojos. Lo oye llamar a un subalterno por teléfono. Con un pañuelo se limpia, acucioso, los restos de coágulos en los pelos del bigote.





# Las memorias del Baruni



*Por José Leandro Urbina*

La calabaza del diablo, 2009

### 1955. La escuela

**L**a tía Jovita le contaba historias cuando se sentaban en el patio después de la comida. Yo me acuerdo de algo, escribiste el Baruni. Algunas noches, algunas tenues imágenes de dormitar en sus brazos rollizos. ¿Cómo era, eso? Ella hablaba, lo sabía todo. De su boca, con los años, aprendí mucho de lo que fue, según ella, nuestra hermosa familia.

Me sentaba en sus rodillas. No todos tienen la suerte de tener una familia como la tuya, decía suspirando y la escuchaba repetir el cuento de la muerte de su madre. Mi abuela, Miriam Rubí, había sido una mujer maravillosa, bella y fina, que hablaba francés y cantaba como una soprano, cantaba la Marsellesa. La hubieras oído. La voz a tu madre le viene de allí, tu propia voz viene de allí, de la garganta de tu abuela. Murió el día treinta de diciembre, la pobrecita, de anemia perniciosa, justito una semana antes de que tú nacieras.

Tu madre también heredó sus ojos amarillos y el tono de su piel. Es la que más se parece a ella y la que finalmente le causó más dolor.

Se murmura que mi abuela la quería matar, la quería tirar a la basura, la quería tirar a un corral de chanchos para que la devoraran. Tuvieron que arrebatarla, sacarla de las garras que no la largaban, fue todo un escándalo y por eso y por ser una bruja judía (la loba) terminaron internándola en el manicomio por dos años. De eso no se habla en la familia, tampoco de mi abuelo. El pobrecito, se había suicidado meses antes. Sus parientes cercanos rondaban la casa tratando de llevarse la vajilla, los manteles y la platería, cuando murió mi abuela. El saqueo duró hasta que la tía Pepa se puso a la cabeza de la pandilla y la cosa se calmó. Benito Baruni, su hermano, quería postularse a diputado por

el partido radical y decía que necesitaba invitar a cenar a sus padrinos políticos, que era gente de buen gusto. La Pepa mandó cambiar las cerraduras de los armarios y después de una pelea a gritos con el ladrón lo expulsó de la casa. Pasa hasta en las mejores familias. ¡La gringa está en la tumba, para qué quieren toda esa chuchería!

Después de la muerte de Miriam, la familia andaba de luto. Susana, mi madre, quería comprarse unos vestidos negros, pero tenía que esperar a que yo naciera y eso le aumentaba la pena, la frustración y su rencor hacia mí.

Ella siempre tuvo la cara un poco trágica, decía la Jovita. Se veía linda con su carita de pena. Pero cuando se ponía alegre, sonreía y era como una estrella de cine. Los hombres caían a sus pies, hombres poderosos que le ofrecían este mundo y el otro. Ella los trastornaba, le mandaban flores, invitaciones para ir a la ópera. Nadie llegó a entender, por qué eligió finalmente a Miro, que siempre ha sido un pobretón. Tal vez por lo simpático, por lo insistente, porque intimidaba a cualquiera que quisiera acercársele. El hombre es bueno; pero cuando más joven tenía su carácter. Había decidido que Susana era el amor de su vida y nadie se interpondría entre ellos. Los fines de semana se aparecía en la puerta y si Susana no quería salir, él se instalaba a conversar con tu abuela que lo consideraba una persona muy especial. Claro, era de la misma tribu de mi padre.

Caía la noche en el patio y aparecía una luna grande por el San Cristóbal que cruzaba Independencia e iluminaba los techos de Maruri hacia Vivaceta. Escuchándola, yo me iba quedando suavemente dormido. Estoy seguro que entendía la mitad de lo que decía, pero me gustaba el murmullo misterioso de su voz, ese ritmo un poco monótono con que contaba y que convertía su historia en un secreto entre los dos. También me gustaba el calor de su cuerpo, siempre tibiecito, su olor como de hojita de apio, su ropa suave de algodón.

Mucho tiempo pasé escuchándola. Se repetía y a mí no me importaba. Contaba con detalle de los panes de pascua que hacía la Rosaura, con su olor a ron, a clavo y a canela. Decía que el cura de la Estampa pasaba por la casa a pedir que le convidaran uno, para que a Jesucristo no se le reventara la hiel.

A veces cambiaba el curso de una anécdota y yo intervenía para corregirla. Ella se reía contenta: Bah, ahora la sabes mejor que yo. Me falta contarte algunas cosas de la vida de tu abuelo. Todo el mundo se olvida de tu abuelo.

Cuando tenía dieciséis y estaba por terminar el colegio, ella llegaba por las noches y se acercaba discretamente a mi cama y se ponía a contarme cuentos de nuestros ancestros. Tantas veces he pensado que yo era su prisionero, que ella había decidido que yo era suyo, su heredero, el que portaría conmigo el pasado del clan para transmitirlo a las futuras generaciones. Pancho me llamó una vez el encadenado. Tú crees que le importamos a alguien, decía. Los dueños de este país no dan ni una mierda por la gente como nosotros. La Jova es arribista, está chalada, la locura es hereditaria.

Mi hermano Pancho odiaba las historias de familia, mi hermano quería ser el punto de partida del mundo, el futuro. Desde los catorce, él era libre. Uno no elige donde nace, pero elige sus amigos, sus camaradas, la historia pesa harto más que una familia. La fuerza de las cosas manda. Hay muchos tipos de cadenas, si no te das cuenta de eso, no eres nada.

Todo lo que decía lo creía; a su edad, era completamente sincero. En cuanto pudo alejarse de la casa, lo hizo. Cuando le preguntaban su nombre decía Pancho, si le preguntaban el apellido se negaba a darlo: ¿importa el apellido?

Mi madre no podía entenderlo: Le damos vergüenza porque somos pobres, cuchicheaba. Se cree el gran señor y no se lava ni los calcetines. Ya veremos cuando tenga que trabajar.

Lo reconozco, parte de mi voz sigue siendo la voz de Jovita, sin ella no podría contar todo esto que quiero contar<sup>1</sup> A veces me descubro utilizando sus mismos recursos, sus mismas pausas, sus mismas risitas, la manera de interrumpir el relato como diciendo no cuento más porque no sería apropiado, sólo para que los que escuchan te rueguen continuar.

Pancho había entrado a la escuela pública meses antes de cumplir los siete, porque la directora conocía a mi tía Rosaura y le hizo el favor de recibirlo en marzo, lo cual era ilegal en esa época.

Mi sobrino es un niño muy inteligente y muy bien comportado, pero fíjese que tuvo la mala suerte de nacer a mitad de año. Tiene tantas ganas de aprender a leer, que nos tiene pasmadas. Yo no sé de dónde le viene.

---

1 He debido editar este comienzo confuso. Repetí como cinco veces que la Jovita le había contado o lo había contado, que es peor. Se ponía sentimental. No digo que estuviera beodo cuando escribía, pero estaba escrito como cuando uno escribe a las tres de la mañana y los fantasmas se apoderan de la pluma. En fin, aquí metí mano.

Algunas profesoras no lo querían en la escuela. Rumoreaban: Quizás qué le habrán ofrecido a la señora directora, ella siempre tan estricta con los más pobres y le baja el moño a esa señorita tan circunspirúndica.

Claro, las tías del cabrito son modistas de viejas ricas y ella parece que necesitaba un abrigo nuevo. Se reían por debajo. Arreglines, pues, como en todo.

El chiquillo es hartito insolente, ni siquiera mira de frente. El otro día me corrigió una palabra. Será que soy mal habláa.

Se reían. Quizás que se cree esta gente. Yo los conozco, la madre saluda cuando le da la gana. Que manden al cabro a un colegio privao.

Al final fue todo un desastre.

Con Ramón recién nacido, mi mamá andaba nerviosa preparando mamaderas, lavando pañales y mandándonos a comprar pan sin darnos la plata. Gustavo se metía debajo de las camas, hablando solo, se hacía pipí en la cama; al primer descuido salía de la casa y regresaba trayendo algún perro callejero y tiñoso.

Ella se volvía loca. Este me va a matar, gritaba y mis tías tenían que protegerlo para que no le pegara unos buenos escobazos.

Una tarde, que mi mamá quiso ir al cine con Rosaura, no pudo encontrar un rouge que mi papá le había traído de un viaje a Arica y acusaba enrabiada a la Marieta de habérselo sacado. La otra se ofendió, crees que soy ladrona, y salió de la casa dando un portazo. No volvió hasta tarde en la noche, después de la comida, cuando todo el mundo estaba preocupado y mi mamá lloraba pañuelo en mano. Le pidió perdón a regañadientes. Más encima, se peleó con nuestra vecina doña Meche, una persona comedida, pero que siempre venía a pedir un huevito que le faltó, una taza de azúcar o de harina, o de aceite.

Mi mamá gruñía: Quiere que le preste harina. Que le preste azúcar para hacer sopaipillas pasadas, ni más ni menos. Una les da la mano y se toman el codo. Creerá que una tiene para botar. Segunda vez en la semana que viene a pedir, se llevó tres huevos el otro día. Nunca devuelve y más encima se siente si no le dan.

Esa mujer es buena, decía la Jovita. A veces barre nuestra parte de

la calle y riega los árboles. No seas mal agradecida. Además, vigila a los niños cuando salen a la calle.

Vieja sapa, estallaba mi madre. ¡No tiene nada más que hacer! Anda siempre metida en la vida de los demás, siempre con la cortina corrida. Por eso ni sus propios hijos vienen a verla.

Sí vienen, y no seas ordinaria, la paró Jovita. Ya veremos si tus hijos te cumplen a ti cuando sean grandes.

Con todos los que tengo, alguno me cuidará, lanzaba entre dientes. Luego sacaba la mamadera del agua caliente, probaba la leche en el revés de su mano y se iba a encerrar llorando a la pieza donde chillaba Ramón.

¿Qué pasa tía?, preguntaba yo.

Nada, mijito. Cosas de gente grande.

Ahora estamos en el comedor. Es la hora del almuerzo. Las puertas están abiertas de par en par dejando entrar la luz del sol y el grato calor primaveral. Yo tenía casi seis, pero creo que me acuerdo de su cara. Tengo una vaga imagen de mi hermano feo, con su cabeza de zapallo, gimoteando y limpiándose los mocos con la manga del overol. Pero dice Jovita que no me acuerdo bien, que Pancho era entonces el hermano más bello del mundo, todo un hombrecito valiente, bien plantado.

Estaba junto a la mesa, frente al sillón de mi padre, con el mame-luco roto y embarrado, la cara rasguñada y el ojo hinchado. Así lo habían mandado para la casa. Mi madre se quejaba, se sentía humillada, muerta de vergüenza porque la grosera de la Juana González había pasado a gritonearla diciendo que el Pancho le había pegado a su pobre hijito en el patio de la escuela. Dijo que iba a pedirle a su hermano Clemente que viniera a hablar con nosotros, porque su marido andaba trabajando en el norte y ella no tenía quien la ayudara.

¿Qué pasó, don Pancho?, preguntó mi papá con tono severo y a mí me dio miedo y me puse a llorar. Ya, tranquilito. Mi tía Jovita me apretaba contra su cuerpo.

Peleamos, dijo él.

Tú le pegaste.

Él me pegó primero, subió la voz mi hermano. Yo no tuve la culpa. Él dijo que los Barunis eran unos tontos ricos y que me fuera a otra escuela porque esa escuela era para la gente del pueblo.

Claro, ricos, intervino mi madre. ¡Ja, ja! ¡Qué vamos a ser ricos, si andamos siempre a tres pitos y una flauta!

¡Cállate mujer, por favor!, la cortó mi papá.

Me dijo que, si no me iba por las buenas, él me iba a echar.

La Jovita dijo: ¿Quién les meterá esas ideas en la cabeza a esos niños? Claro, como nos ven gente decente piensan que somos ricos. Parece que no supieran todo el esfuerzo que uno hace para salir adelante con una familia numerosa. ¡Mira que ricos vamos a ser!

No, dijo Pancho. Es que me puse colonia.

¡Qué colonia!, saltó la Jovita.

¡La de mi papá! Él me gritó que yo era un tonto perfumado y después me pegó en el ojo y le arañé la cara y me dijo mujercita y le pegué un combo en la nariz y se puso a sangrar y me agarró del pelo y nos caímos.

Dios mío, dios mío, repetía mi madre en voz baja tapándose la cara. Éste animal me va a sacar canas verdes.

¿Y es más chico que tú?, preguntó mi padre echando el cuerpo hacia delante.

No es más grande, dijo Pancho sin moverse. Él va en segundo, pero no sabe leer y su mamá tampoco sabe leer y yo sé leer y está picado porque la señorita Rosa me quiere más a mí y él le contó a la Magdalena que le gusta la señorita Rosa y que se va a casar con ella cuando sea grande.

No tienes que burlarte de los niños que tienen menos que tú o que saben menos, dijo mi padre frunciendo el ceño; y yo no sé por qué, pero me tinca que tú te burlas de él.

No, exclamó Pancho afligido. Yo no me burlo. Él dice que sé leer puro porque tengo mis tías pitucas que saludan cuando quieren y que son unas viejas creídas que me ayudan a hacer las tareas.

Roto mugriento, sentenció mi tía.

Por favor, no te metas Jova, pego mi papá en la mesa.

Roto tú también.

Y me dijo que yo no era chileno, que la escuela es para niños chilenos y que yo era Baruni, no chileno.

Bueno, recomendó mi padre apretándole la nariz moquillenta. Déjalo que diga lo que quiera. Lo único que espero es que esto no se repita, te mandamos a la escuela para que aprendas cosas positivas y no para pelear.

Él empezó, él me pegó primero, alegaba Pancho respirando agitado por la boca.

¿Y cómo quedó? preguntó mi padre bajando la voz.

Él salió llorando y fue a acusarme. Le mintió a la señorita, dijo que yo le dije Jacinto cara e' mono y la señorita Marga le creyó a él, me agarró la oreja y me dijo: cabro peleador no más, te vamos a suspender por una semana. Y después él se rio y me dijo que ya me iba a pillarme en la calle...

Bueno, cálmate. Anda a lavarte y cambiarte ropa y vienes a almorzar para que después hagas tus tareas.

¿Y no lo vas a castigar, Miro?, le reprochó mi mamá.

Susana, dijo suavemente mi padre. Bueno, a ver, déjalo un par de días sin radio y habla con la profesora, no quiero que lo suspendan.

Claro, y cómo enfrento yo a esa tonta chabacana entonces, protestó mi madre. ¿Con caramelos de menta?

Le dices tranquilamente que lo castigaste, que son cosas de niños y que ya se harán amigos. Y que, si su hermano quiere venir a hablar conmigo, que venga nomás.

Claro, todo es tan fácil para ti que te llevas todo el día afuera, se amurró ella.

Mi papá no contestó. Dijo que tenía hambre.

Quiero cambiarlo, a una escuela decente, a una que por lo menos no vayan dos cursos a la misma sala, refunfuñaba mi madre mientras ponía la mesa. La educación es lo único que podemos darles, que más.

¿Y tú crees que no lo sé? Dijo mi papá poniéndose la servilleta al cuello. Pero parece que no tuvieras idea de cuánto cuestan las cosas. La plata no cae de los árboles.

Tal vez pues, alzó la voz. Yo no tengo idea de nada, pero sé que tienen que ir a una escuela decente.

Papá, yo quiero ir a la escuela, dice Jovita que grité yo.

Eres muy chico, dijo la Jovita riéndose. Miren al perlita, todavía no sabe amarrarse los zapatos y ya quiere ir a la escuela.

No soy chico, tengo seis.

No has cumplido seis, dijo mi papá. Tienes que esperar a los siete.

No quiero esperar hasta los siete, quiero hacer tareas.

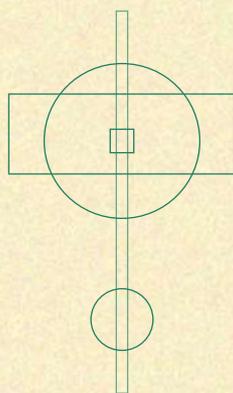
José Luis, cállate por Dios, gritó mi madre golpeando la mesa. Estos ya me tienen con los nervios de punta.

Oye tú, Ramón está llorando, avisaba la Jovita me sacó pataleando del comedor.

¡Ay, este chiquillo! Me contaba.

Así es que repetías desde el patio: Yo quiero ir a la escuela con un bolsón con cuadernos y lápices de colores para pintar unos elefantes. Nosotras nos reíamos, pero al final te saliste con la tuya. No pasó una semana y le sacaste una cartera grande que tenía la Marieta en su ropero, una cartera café que parecía un bolsón y al primer descuido nuestro te largaste a la calle.





# Sangre en el ojo



*Por Lina Meruane*

Eterna Cadencia, 2012

### El estallido

**E**staba sucediendo. En ese momento. Hacía mucho me lo habían advertido y sin embargo. Quedé paralizada, las manos empapadas empuñando el aire. La gente en la sala seguía conversando y riéndose a carcajadas, incluso susurrando exageraban mientras yo. Y alguien gritaba más alto que los demás, bajen el volumen de la radio, no metan tanta bulla que a las doce en punto los vecinos llamarán a la policía. Me concentré en esa voz estruendosa que no parecía cansarse de insistir que incluso los sábados los vecinos se acostaban temprano. Esos gringos no eran gente trasnochadora como nosotros, en absoluto parrandera. Eran protestantes y protestarían si no los dejábamos conciliar el sueño. Al otro lado de los muros, sobre nuestros cuerpos y también debajo de nuestros pies, se agitaban todos esos gringos acostumbrados a madrugar con los calcetines puestos y los cordones ya anudados. Gringos que con la ropa interior impecable y la cara planchada se sientan cada mañana a desayunar su leche fría con cereales. Pero nadie hacía caso de los desvelados, de sus cabezas sumergidas bajo las almohadas, de sus gargantas atiborradas de pastillas que no les procurarían ningún alivio si continuábamos zapateándoles el descanso. Zapateando ellos, en la sala. Yo no. Yo me había quedado agachada en el dormitorio, con el brazo estirado hacia el suelo. Y me vi de pronto pensando en la insoportable vigilia de los vecinos, imaginando que apagarían las luces después de meterse tapones resecos en los oídos; con tanta fuerza los empujarían que la silicona acabaría por estallar. Pensé que hubiera preferido ser yo la de los tapones reventados, yo la de los tímpanos trepanados por sus esquirlas. Hubiera querido ser la vieja que se pone firmemente el antifaz sobre los párpados para volver a quitárselo y prender la luz. Lo deseaba porque mi mano todavía suspendida no encontraba nada. Solo risotadas alcohólicas atravesando

las paredes y salpicándome con su saliva. Solo la estridente voz de Manuela que continuaba diciendo por encima del griterío, ya pues, cabros, cállense un poco. No, por favor no, me dije, sigan hablando, sigan vociferando, aúllen, gruñan si es necesario. Muéranse de la risa. Eso me decía con el cuerpo agarrotado aunque eran apenas segundos los que habían transcurrido. Yo acababa de entrar en la pieza matrimonial, acababa de inclinarme, yo, en busca de mi cartera y la jeringa. Tenía que pincharme a las doce en punto pero no alcanzaría a hacerlo porque el precario equilibrio de los abrigos empujó mi cartera hasta el suelo, porque en vez de detenerme escrupulosamente, como debía, me doblé y estiré el brazo para recogerla. Y fue entonces que un fuego artificial atravesó mi cabeza. Pero no era fuego lo que veía sino sangre derramándose dentro de mi ojo. La sangre más estremecedoramente bella que he visto nunca. La más inaudita. La más espantosa. Sangraba a borbotones pero solo yo podía advertirlo. Con absoluta claridad vi cómo la sangre espesaba, vi que la presión aumentaba, vi que me mareaba, vi que se me revolvía el estómago, que me venían arcadas y, sin embargo. No me incorporé ni me moví ni un milímetro, ni siquiera intenté respirar mientras atendía al espectáculo. Porque eso era lo último que vería, esa noche, a través de ese ojo: una sangre intensamente negra.

### Sangre oscura

Ya no habría recomendaciones imposibles. Que dejara de fumar, lo primero, y segundo, que no aguantara la respiración, que no tosiera, que por ningún motivo levantara paquetes, cajas, maletas. Que jamás me inclinara ni me lanzara al agua de cabeza. Prohibidos los arrebatos carnales porque incluso en un beso apasionado podían romperse las venas. Eran quebradizas esas venas que habían brotado de la retina y se habían estirado y enroscado en el espesor del vítreo. Había que observar el crecimiento de esa enredadera de capilares y conductos, día a día vigilar su milimétrica expansión. Eso era todo lo que podía hacerse: acechar el sinuoso movimiento de esa trama venosa que avanzaba hacia el centro de mi ojo. Eso es todo y es bastante, dictaminaba el oculista, eso, eso es, repetía, desviando sus pupilas hacia mi historia clínica convertida en una ruma de papeles, un manuscrito de mil páginas embutidas en una gruesa carpeta. Juntando sus cejas canosas Lekz escribía la exacta

biografía de mis retinas, el pronóstico incierto. Luego aclaraba la voz y me sometía a los pormenores de novedosos protocolos de investigación. Dejó caer en una frase los trasplantes en fase experimental. Solo que yo no calificaba para ningún experimento: o era demasiado joven, yo, o las venas demasiado gruesas, o el procedimiento demasiado riesgoso. Había que esperar a que se publicaran los resultados en revistas especializadas y que el gobierno aprobara las nuevas drogas. El tiempo también crecía como venas arbitrarias y el oculista continuaba hablando sin pausa, esquivando mi impaciencia. Y si hay hemorragia, doctor, decía yo, apretando sus protocolos entre las muelas. Pero no había que pensar en eso, decía él; mejor no pensar en absoluto, solo seguir observando y tomando unas notas que luego le sería imposible descifrar. Pero pronto levantaba la vista de su ilegible caligrafía para concederme que si ocurriera, si llegara a ocurrir, si efectivamente se daba esa ocurrencia, ya veríamos. Verá usted, respondí refugiada en mi odio, sin articular ni una letra: espero que vislumbre algo cuando yo ya no. Y había llegado a suceder. Yo ya no estaba viendo más que sangre por un ojo. Cuánto duraría ahora el otro sin romperse. Este era por fin el callejón sin salida, el callejón sombrío donde solo se escuchan anónimos gritos prisioneros. Pero no, tal vez no, me dije, agarrándome a mí misma, sentándome sobre los abrigos en esa habitación que era de Manuela, encogiendo los dedos de los pies mientras mis zapatos se balanceaban como muertos. No, me dije, porque con los ojos ya rotos yo podría volver a bailar, a saltar, a darle patadas a las puertas sin riesgo ya de desangrarme; podría lanzarme del balcón, enterrarme una tijera abierta entre las cejas. Volverme la patrona del callejón o encontrar la salida. Eso pensé sin pensar, fugazmente. Empecé a trajar los cajones en busca de una cajetilla olvidada y un encendedor. Iba a incendiarme una uña prendiendo el cigarrillo y a llenarme de tabaco antes de regresar a esa consulta y decirle a Lekz, con el humo subido a la cabeza, dígame qué ve ahora doctor, dígame, fría y urgente, sofocada de resentimiento, como si sus manos enguantadas me hubieran arrancado de cuajo el ojo enfermo: dígame ahora mismo, dígame lo que quiera porque él ya no iba a poder decirme nada. Era sábado por la noche o más bien domingo y no había cómo ubicar al oculista. Y de todos modos qué podría decir él que yo no supiera ya, ¿qué tenía litros de rencor dentro del ojo?

## Esa cara

Al apagar el cigarrillo y enderezarme noté un hilo de sangre atravesando el otro ojo. Un hilo fino que de inmediato empezó a disolverse. Pronto sería apenas un manchón opaco pero eso bastó para que el aire alrededor se hiciera turbio. Abrí la puerta y me detuve a contemplar lo que quedaba de la noche: apenas una luminosidad pastosa en lo que debía ser la sala, sombras moviéndose al ritmo de una música asesina. Baterías. Guitarras roqueras. Voces desafinadas. Habría canapés languideciendo sobre la mesa, y papas fritas, una docena de cervezas. Todavía los ceniceros estarían a medias, pensé, sin llegar a verlos. La fiesta continuaba su marcha sin que nadie se planteara detenerla. Si los gringos insomnes empezaran ahora mismo a golpear los muros con palos de escoba, me dije. Si llegaran los pacos y nos forzaran a apagar el equipo, a meter todo ese añejo rock argentino en un cajón, a levantar las bandejas con cara de circunstancia. Si nos obligaran a calzarnos, a tomarnos el concho de las botellas, a contar el último chiste repetido, a precipitar las buenas noches y hasta luego. Pero quedaba toda la madrugada por delante de nosotros. De mí. De Ignacio que todavía no se hacía notar entre la bruma. Ignacio comprendería de inmediato la situación sin que yo necesitara decirle sácame de aquí, llévame a casa. Estaba segura de que vendría a rescatarme su resuello cansado, su dedo hundiéndose en mi mejilla. ¿Por qué estás tan seria? Oír su voz trizó mi compostura, la lanzó al suelo mientras añadía, ¿por qué tienes esa cara? Y cómo iba yo a saber qué cara llevaba puesta cuando se me habían extraviado los labios y el lunar, se me habían perdido hasta los lóbulos de las orejas. Apenas me quedaban unos ojos cegatones. Y me oí diciendo Ignacio, con voz de canario. Ignacio, triné, Ignacio, estoy sangrando, ésta es la sangre y es tan oscura, tan condenadamente espesa. Pero no. No fue eso lo que dije sino, creo que volví a sangrar, por qué no nos vamos. Irnos, dijo él (dijiste tú, Ignacio, eso dijiste aunque ahora lo niegues, y luego te quedaste mudo). Y oí que me preguntaba si era mucha la sangre, suponiendo tal vez que había sido como tantas otras veces, apenas una partícula sanguinolenta que pronto se disolvería en mis humores. Ni tanta, no, respondí yo, pero vámonos. Vámonos al tiro. Pero no. Esperemos hasta que la fiesta amaine, hasta que la conversación se muera sola. Que no la matéramos nosotros, como si no estuviera ya muerta. Nos iremos en un rato. Y qué es una hora más o media hora menos cuando no hay nada por delante. Podía tomarme otro vino y anestesiarme, otro vino y

emborracharme. (Sí, sírveme otra copa, susurré mientras tú me la llenabas de sangre). Y tragué a la salud de mis padres que estarían roncando a kilómetros del desastre, a la salud del griterío de los amigos, a la de los vecinos que nunca reclamaron por el ruido, a la salud de los uniformados que no vinieron a auxiliarme, a la salud de la salud y de su puta madre.

### A tropezones

Y salimos todos juntos de la fiesta sin decir más que muchas gracias, nos vemos, bye; y quizá el grupo se fue desperdigando por el camino porque no los veo en mi recuerdo. El ascensor iba lleno de voces pero cuando salimos éramos solo tres o cuatro cuerpos que luego fueron uno avanzando junto a mí. Julián me iba contando su entrevista de trabajo en la universidad o quizá qué me estaba diciendo mientras yo me internaba por una noche más negra que ninguna. Ignacio iría detrás, hablando de política gallega con Arcadio, o quizá había partido en busca de un taxi. A esa hora, en esa isla escuálida casi pegada a Manhattan, no sería fácil encontrar un auto. Más fácil habría sido pillar una silla de ruedas abandonada, con algún resorte suelto. Una silla me auxiliaría, me haría menos vulnerable a la incertidumbre de esa noche. Una silla tanto mejor que un bastón mal entrenado. Y pensé que esa misma tarde habíamos cruzado el río en el funicular al que se habían subido también una decena de tullidos en sus sillas. La Roosevelt era una isla de lisidos en la que vivían apenas algunos profesores, algunos estudiantes, ningún turista; era una pobre isla protegida que casi nadie visitaba, pensé, pensando a continuación que yo tendría que haber entendido por qué me había tocado viajar con toda esa gente a mi lado, ellos y yo suspendidos sobre las aguas. En la orilla estaba el destino elevando una pregunta, una admonición. Qué viniste a buscar aquí, decía levantando un dedo miserable. Qué se te perdió a ti en esta isla. Una silla, contesté, fuera de tiempo y de circunstancia, nada más que una sillita metálica, con ruedas, con pedales y palancas y ojalá alguna tecla que impulsara las ruedas hacia adelante. Si solo hubieras sido más previsora tendrías una, contestó la huraña voz de mi interior. Al menos una para esta noche en que ibas a necesitarla. Pero ya los tullidos estarían durmiendo a pierna suelta, con sus sillas reposando inválidas junto a sus camas. La mía, mi cama que no era mía sino de Ignacio, estaba lejos todavía. Todo me parecía lejos o se iba alejando. Ignacio había desaparecido y Julián apuraba el paso movido por las cervezas. Me iba quedando inevitable-

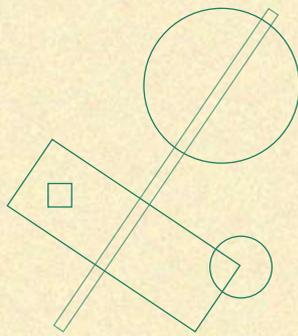
mente atrás. Avanzaba en cámara lenta, a tuestas por la grava resbalosa, despeñándome por las cunetas, trastabillando en los escalones. Julián debió devolverse cuando se encontró hablando solo: sentí que me sujetaba del codo y me decía, burbujeante, mejor te ayudo que por lo visto tú también vas ebria. Empezó a reírse de mí y también yo empecé a sacudirme en un ataque de nervios y carcajadas estentóreas, y entre esas carcajadas o esas convulsiones Julián me arrastraba hacia delante, interrogándome, ¿me dolían los pies?, ¿tenía trabadas las rodillas?, porque, joder, decía, españolamente, ¿por qué coño vas tan lento? Yo seguía con la vista fija en la tierra, como si eso fuera a ahorrarme caídas, y con la mirada sepultada en la miseria intenté explicarle lo que ocurría: se me quedaron en casa los lentes, no veo nada. ¡Gafas! ¿Y desde cuándo llevas gafas? ¡Te lo tenías muy escondido!, exclamó borracho y trasnochado. Y advirtiéndome que andábamos por un trecho de pasto mojado continuó repitiendo, ¡no me lo puedo creer!, ¡nunca llevas gafas! Nunca, era cierto. Jamás había comprado un par de anteojos. Hasta las doce de esa noche yo había tenido una vista perfecta. Pero a las tres de la mañana de ese domingo ni la lupa más potente me habría servido. Levantando la voz y quizá también su dedo de futuro profesor universitario Julián enarboló su lengua traposa para sentenciarme. Merecido te lo tienes. Y tragando o escupiendo saliva anunció que el precio de mi vanidad sería andar por la vida a tropezones.

### Mañana

(Ahí estoy. Ahí voy. Asomada otra vez por la ventana del taxi, con la vista fija, intentando atrapar algo de horizonte desde la autopista, la silueta ya hueca de dos torres pulverizadas, la línea del cielo mutilada junto al frágil fulgor del río salpicado de estrellas, el neón de History Channel deslumbrante sobre el agua. Lo veo todo sin verlo, viéndolo desde el recuerdo de haberlo visto o a través de tus ojos, Ignacio. Los faros del taxi iban rompiendo una ligera neblina nocturna de papel y metales chamuscados que se negaba a esfumarse, que se adhería al vidrio y lo empañaba. El turco adelantaba autos a empujones pero también dejaba que otros nos pasaran, veloces, y tocando la bocina. Ustedes dormitaban y acaso incluso conciliaron un sueño mecidos por las inclementes aceleradas y los frenazos. Acomodé la frente en la ventana y cerré los ojos hasta que me sacudió tu voz, Ignacio, que de tan nueva en mi vida a veces demoraba en reconocer como tuya, tu voz que además cambiaba de tono cuando te mu-

dabas a otra lengua. Era una voz dándole instrucciones en inglés al taxista: que saliera por el siguiente exit, que cruzara hacia el oeste, que enfilara en dirección al Washington Bridge todavía encendido en el horizonte. No planeábamos cruzar ese puente herrumbroso, no nos dirigíamos al suburbio del otro lado donde yo había vivido alguna vez y al que nunca tuve intenciones de regresar. Estaba volcada hacia el presente, yo, eso era todo lo que tenía mientras dejábamos a Julián en la esquina de su edificio y seguíamos de largo hacia el tuyo que era ahora el nuestro. Y en cuanto nos quedamos solos me tomaste la cara para que la volviera hacia ti y te mirara. Para que pudieras mirarme. Tus ojos no notaban nada extraordinario, no veían qué había detrás de mis pupilas. ¿Fue mucho? Mucho más que siempre, te dije, sombría, pero quizá mañana. Mañana estarás mejor. Pero mañana ya era hoy: solo faltaba que aclarara y las farolas mortecinas fueran eclipsadas por el sol. Coronado de turbante el turco se detuvo en seco y nosotros nos deslizamos hacia adelante. No te muevas, dijiste, y luego sentí el portazo, y debes haber dado toda la vuelta para abrirme, para darme la mano, para advertirme que inclinara la cabeza. Viéndonos de lejos cualquiera hubiera dicho que veníamos saliendo de otro siglo, no de un auto. Bajamos de la máquina del tiempo tomados del brazo y así trepamos la escalinata hacia el ascensor y los cinco pisos. Así avanzamos por el pasillo hasta el tintineo de las llaves en la cerradura. Nos recibió el aire estancado del departamento. El calor surgía de todos los rincones, del piso ya sin alfombras, de las paredes completamente peladas, de las infinitas cajas que parecían llenas de tizón ardiente en vez de libros. Llevábamos días empacando para una mudanza inminente. Seguí de largo a la pieza por un pasillo y detrás entraste tú: ojo, aquí te dejo un vaso de agua. Y nos tiramos sobre la cama y nos abrazamos a pesar de la humedad y aceitados en sudor nos dormimos. Y a la mañana siguiente subiste las persianas y te sentaste frente a mí a esperar que despertara, no sé si de mi sueño o de mi vida. Pero yo llevaba horas despabilada sin atreverme a abrir los ojos. ¿Lina? Levanté un párpado y luego el otro y para mi asombro había luz, algo de luz, luz suficiente: la sombra sanguinolenta no había desaparecido del ojo derecho pero la del izquierdo se había precipitado al fondo. Estaba solo a medias ciega. Y por eso acepté tu café y me lo llevé a la boca sin titubear, por eso incluso sonreí, porque, a pesar de todo. Y tú estabas ahí, como otro tuerto, sin comprender lo que había sucedido. No podías calcular la gravedad. No te animabas a hacer todas las preguntas. Te las guardabas arrugadas, como ahora, en los bolsillos.)





# Des Atada



*Por Edith Obaid A.*

Inédito

### Entretechos

**E**ntretechos y faroles callejeros... y esa luna amarillosa que anuncia quietud.

Entre el silencio y la tranquilidad cae la noche, la bebida duerme plácida a mi lado mientras respiro asomada al ancho ventanal del piso.

Todo se contiene al sujetar el cigarrillo entre los dedos.

El brillo de amarillosas luces callejeras y las otras, lucecillas intensas que titilan como estrellas, en guiños como la vida abriendo y cerrando ojos, para luego quedar mustias y borrarse del hálito celestino... entre la brisa nocturna y las espirales del café negro.

Esos sorbos aromosos impulsando a navegar entre volutas, combinados con un toque de ensueño que dibuja aquel rostro distante, sin difuminar... ya no tiene ni tendrá cabida.

De pronto duele la oscuridad, con el dulce-amargo que parece condenar una realidad temprana para asumir. Ansias disimuladas... mezcobanzas que acarrearán al oscuro en soledad y los ojos entornados, en un tú a tú con la inevitable memoria.

Símil de los trompazos del camino que parecen dañar... por el contrario, solo estremecen y atraen imágenes invaluables, que por instantes erizan la piel.

Un cúmulo de espectros acompañantes, pululando entre la mente y el delirio que se disipa en medio de las volutas de la humeante taza.

Propicios instantes para divagar, mirar atrás o soñar despierta,  
aprender a dibujar entre las curvas sinuosas que se vienen por delante.

Ya gozado y extinto el pucho nocturno, se ha restaurado el ánimo...  
encendida la lámpara y apagados los reflejos de la imaginación, en un  
guiño de ensueños que de pronto aterrizan forzosamente.

Se ha escapado la nostalgia y queda ella, mi dulce pequeña, esa  
inmensa realidad que respira suavemente a mi costado...

luego del desparramo  
hay que estacionar la madrugada  
la dolencia ya no duele  
y la indolencia ya no es más  
ni pasar ni estar ni saltar al vacío  
atrapar destellos de las orillas  
percibir pisadas lejanas adentro de sí mismas  
el espacio grisáceo la llovizna de ojos  
la que inunda huecos  
y transpone los entretechos  
en mi zona abisal

### En los sesentas...

**E**s domingo y vamos con mis padres a lo de los abuelos paisanos, toda una fiesta para mí; allí pasaba a ser una niña más, inadvertida entre sus varios nietos, mis primos, que estarían de visita y eso me gusta, en un tumulto disímil de chiquillos inquietos de variadas edades.

La abuela nunca pronunció bien el español y entre tantos chiquillos no distinguía bien sus nombres, en mi caso sólo sabía que yo era la hija de Emmanuí, como pronunciaba Manuel.

Para dirigirse a alguien, le ponía el prefijo “la” o “al” sin distinguir género, uno de mis hermanos de pronto podía ser “la Carlito” o “al Carlita” y otros deslices de lenguaje que nos divertían.

Y lo más importante para mí, era esa gran mesa con comida árabe.

Cocinaba todas las cosas ricas, las hojitas de parra warak, o malfuf, los rellenitos varios de berenjenas, zapallitos o papas y tal vez, haría kubbe con labban...

- Parece que la veo el día anterior, sentada en un piso de paja con una mesita muy baja, al portal de la cocina que daba al patio. Y entre los utensilios esa herramienta hechiza para ahuecar uno a uno cada zapallito o berenjena, los que luego rellenaría con una mezcla de carne picada y arroz, aliñado con sal y especias. Los iba colocando en la olla, uno a uno muy juntos y hacia arriba, para cocinarlos al día siguiente cubiertos en salsa de tomate embotellado, también preparada por ella.

- O tal vez en la primavera, recolectadas del parrón las más nuevas hojas de parra, que iba enrollando una a una con el mismo relleno de arroz y carne, como delgados puros, que colocaría uno al lado del otro ordenadamente y por capas desde el fondo en la gran olla de aluminio, que mañana cubriría de agua hirviendo al poner en el fuego.

Con las fuentes sobre la gran mesa larga, que parecía cubierta de colores, con ensaladeras, tomates, aceitunas, pepinos y tanto verde... todo entre las fragantes e irresistibles especias... y los platos con las hojitas de parra o los rellenitos con salsa o... tantos otros.

Y tal vez por la tarde, algo de las delicias que ella guarda en frascos, pequeñas berenjenas rellenas con ajo y nueces conservadas en aceite de

oliva, el shanklish, o tal vez postres como el aristelós o empanaditas de nueces y almíbar o...

Todo surgido desde sus mágicas manos, la “cette Mariam” (abuela María), quién desde el día anterior habría trabajado cocinando para la familia, parte de sus ocho hijos, conyugues y eventualmente otros cercanos “men al hamule”.

Y pese a las tantas horas de preparación, a la pausada llegada del familión, ella saludaba levantando brazos y manos en arcada, las palmas hacia arriba, con risas y palabras en su idioma natal.

- Era el espacio familiar “*al hamule*”.

### A la zaga

Pensar que en plena adolescencia ella había dejado a toda su familia en un pueblo de Siria... y que tanto había arriesgado al venirse a este distante lugar, con su recién esposo Escándar (Alejandro)... también muy joven.

Había que huir de los invasores turcos que esquilmban a su país Siria, bribones nómades que asolaban todo por donde pasaban y pisaban, en hordas a caballo y robándose a las mujeres sin importar edades.

- La abuela algún día nos contaría que, en su casa natal, al fondo entre los árboles, su padre había cavado un escondite subterráneo, disimulando la tapa de la entrada con ramas para mimetizarlo al ambiente.

- Y es que de pronto pasaba algún hombre del pueblo, avisando que venían los turcos en caballos. Al instante corrían todas las mujeres en casa, hijas, madres, abuelas, tías u otra, a esconderse en ese hoyo que era cubierto con ramas, follaje u otro desde afuera...

De tal manera se salvarían de ser robadas por las hordas.

Razón primordial que marca el origen de la emigración desde los países árabes dominados, hacia estos sudamericanos, en los albores del siglo veinte. Es posible que aquella chica al salir de su país desconocía la dimensión del gran peligro que corrían.

- No es casual resaltar que, dentro de las conductas de guerra de los turcos-otomanos, al paso secuestraban a todas las mujeres del territorio sin importar edades. Las niñas y jóvenes eran raptadas para sus

harems y el resto serían sirvientas, todo lo cual sería ensalzado en el imperio, como trofeos de guerra.

Los invasores de toda la cuenca del mediterráneo a finales del siglo diecinueve esquilaban a sus países cautivos y un poco más tarde surgiría el enrolamiento obligado de todos los hombres jóvenes y adolescentes desde esas tierras dominadas, para enrolarlos como combatientes en sus propias filas... graves afrentas que impelen a la huida de núcleos familiares con preferencia en los jóvenes, que se casarían y emigrarían... la mayoría hacia América del Sur.

- El imperio turco-otomano en esa época se extendía hacia los países del Asia Menor y norte de África, orillando el Mediterráneo e incluso hasta los Balcanes, Grecia, parte de Hungría y de Rusia.

Resalta el hecho de que los que huían hacia estos lares, no eran de tendencia combativa, tal vez por su propia religión cristiana ortodoxa.

Y como primera generación de tal inmigración, se adaptarían a estas tierras lejanas pero seguras, eligiendo en principio lugares como Rancagua y de allí hacia el Sur, Curicó hasta San Fernando por su clima, similar al que dejaran y constituirían familia adoptando, con el tiempo, las costumbres de este país desconocido. Los abuelos entraron por Valparaíso se instalaron en Rancagua.

Desde el hoy, guardo la imagen de Scándar, de traje oscuro y camisa blanca, muy alto y fornido, moreno, calvo, con la espalda curvada de años... además de su prominente nariz, gruesos bigotes y casi calvo. Y de Mariam la abuela alta y sonriente, muy sumisa, con el pelo blanco atado en moño y los ojos casi celestes.

Escenas tal vez triviales pero inolvidables, una familia de origen árabe, cristiano-ortodoxo como tantas del siglo pasado... desde mis ojos en *los 60's*.

El espacio inmigrante.





*Artista invitado*

## JOHNNY AGUIRRE

Mis fotografías tratan de rescatar la no discriminación y la lucha por las igualdades, entre las diferentes formas de personas y sus opciones personales de vida. Toda fotografía es un acto delictual.

*Besos y pañuelos en La Moneda, 2007.*

*Mujer metralleta - Marcha gay, Stgo 2019*







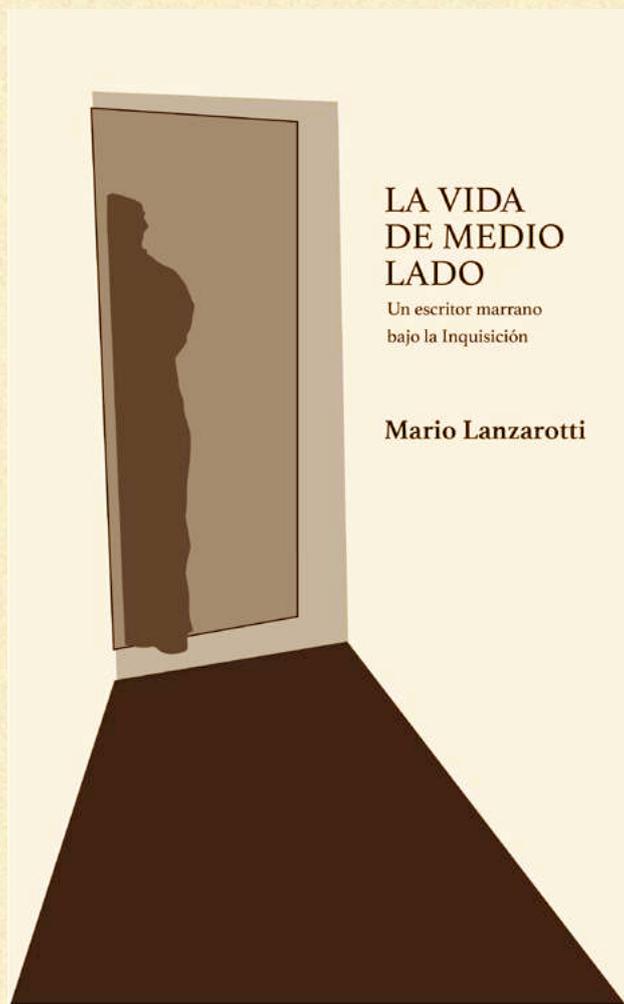
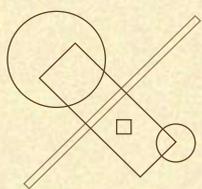


S7



ADELANTO DE  
NOVELA

S7



La vida de medio lado.  
Un escritor marrano bajo la Inquisición



*Por Mario Lanzarotti*  
Las tentaciones de Penélope, 2022

## Capítulo 14

Sus pechos plateándose a la luz de la luna. Sus pezones apuntando al cielo: acaban de succionarlos. Ahora la boca. No la ve, la siente colgada a sus labios, el cuerpo sacudiéndose perdido en la agitación de su propia noche. Como si estuviera y no estuviera. Pero se voltea. Abre un abismo de carnes violáceas, un telón a medio descender goteando almizcle. Y cuando la oscuridad del otro lado lo envuelve, cae en caída libre, y cayendo la destripa. Ella también cae.

Se han quedado pegados, abrazado él a sus espaldas, mullido en la carne aletargada. Pero siente que se mueve bajo él, y le dice algo que ha estado pensando, que los cuerpos caen todos con la misma violencia. Ella lo hace rodar, y se quedan adheridos por un costado. Le sobreviene otro pensamiento parásito: son Adán y Eva antes de la cirugía divina. ¿Qué dijiste? La voz de la comedianta lo sacude. Que Galileo tenía razón, lo acabamos de comprobar, los cuerpos caen con igual violencia. Pero piensa: no le sirvió de nada, la Inquisición tenía ideas propias sobre la caída de los cuerpos. Otra imagen parásita: la Perra corriendo detrás suyo, rozándole las posaderas con sus caninos infectos. ¿Abjuraría él para salvarse, como Galileo? ¿O preferiría terminar abrasado? La comedianta ríe sin comprender y se desprende. Sale unos instantes, pero vuelve y se acuesta de medio lado, pegándosele de nuevo. Él siente su humedad en el muslo. La acaricia. Estos pechos son de Mora, dice. Ella vuelve a desprenderse. ¿Qué dices? Digo que son míos. Ella no entiende y entonces él recuerda que ya no es Alonso de Mora.

Por ahí empezaron las sospechas. Los pechos de la sospecha, diría más tarde el poeta al recordarlo. Pero fue Felipa la primera en inquietarse, porque al evocar más tarde la escena se convenció de que Zárate no se llamaba Zárate sino Mora. Y un Mora, se dijo, dramaturgo como este, no po-

día ser sino el otrora festejado Alonso de Mora, que ella conocía por haber interpretado a la desafortunada Elvira de Liarte en la comedia A lo que obliga el honor. Cuando se lo comentó, él le contestó, riéndosele los ojos, evita de liarte... la cabeza. Fue como un no hagas preguntas indiscretas.

Por su lado Alonso sospechó que aquella noche Felipa había oído: estos pechos son de mora. ¿Sería eso que la había inquietado? Porque de mora a morisca había apenas unas letras. No era la primera vez que tenía esas reacciones sorprendidas extrañas. Una noche le había preguntado, en la oscuridad, de donde sacaba todas esas sederías que tenía. ¿Acaso no te gustan? había preguntado ella, frotándose el pubis contra su cadera. Comprendió que era una evasiva, pero prefirió postergar las aclaraciones, diciéndose que de todas formas no... cedería.

La María de Magdalena les había resultado bien. Bien y más, si se considera que fueron miles de personas a verla y que así la Hoyos pudo subir innumerables veces al cielo: muchas en escena, otras en sus encontronazos nocturnos con Gerónimo de Zárate, o con Alonso de Mora, como se quiera, porque eran una sola y misma persona. Dos en uno. Uno cuyas ideas sobre la caída libre de los cuerpos apreciaba sin reparos. Y un poeta cuyo nombre volaba de boca en boca por la ciudad, preguntándose muchos de adonde despegaba, y que habría de multiplicar sus creaciones, siempre apreciadas, siempre llevadas a las tablas por la siempre impresionante Hoyos. Cuando el público lo llamaba para aplaudirlo — ¡Párate, Zárate! le gritaban — él no se mostraba. Se quedaba gozando tras las bambalinas, y le era suficiente. Además de necesario para su seguridad. El poeta y la comedianta... ¡qué pareja! Estaban en todas las conversaciones de Sevilla. Los reyes de la farándula, así los llamaban a veces. Reyes no muy católicos, según se decía también. No se mostraban mucho juntos, no podían, pero así les bastaba, preferían concentrar su energía mancomunada en la producción teatral y en la fornicación nocturna, las que según parece se estimulaban recíprocamente.

A veces, cuando reposaban desnudos, Felipa le tomaba la cabeza entre los senos y apretándosela le decía a ver, *dime hombre por qué te cambiaste de nombre*, y si él protestaba, lo aplastaba más. No sé, respondía sofocado. No sabes, qué. *No sé si esto es tormento o portento...* pero era portento, qué duda cabía. De todas formas, en el fondo, la Moralinda no quería saber. Le gustaban los misterios, ella también escondía secretos. Tenía con Zárate un buen acuerdo, compartían un deseo de discreción.

Pero hay cosas que no dependen de la voluntad, como ciertas imágenes que se quedan para siempre en la sesera. A veces están olvidadas, y olvidadas se quedan para siempre, por importantes que sean y quizás por eso mismo. A veces se recuerdan de pronto y vuelven a olvidarse de la misma manera. Pero otras, van reapareciendo de a poco, con pequeños toques, sin que nos demos cuenta, hasta que de súbito se presentan enteras.

La primera vez, ella lo había tratado con poco interés y mucho desdén, en ese mesón sevillano desde donde reinaba sobre el mundo teatral. Porque nomás recibiendo de sus manos el manuscrito de Santa María Magdalena, le había dado las espaldas. Pero gracias a ese gesto de menosprecio el poeta pudo apreciarle las grupas, que las tenía abundantes y apetitosamente envueltas en un paño de seda. Y si no fue el paño lo que retuvo su atención en ese momento, igual se le quedó la imagen, y más tarde pudo comprobar que Felipa lo llevaba a menudo, ajustado a diversas partes de su loca anatomía.

Es posible que el recuerdo se haya puesto en marcha desde aquella primera vez, pero tan lentamente que quizás nunca hubiera a florado sin otras circunstancias propiciatorias, como las evasivas de Felipa sobre su colección de sederías, o su reacción espantada cuando se oyó decir que tenía pechos de mora. Fue entre moros y sederías que se le vino por un atajo un recuerdo de infancia, cuando junto a su tío Antonio de Mora habían visto en la playa de Valencia al virtuoso tejedor Jun Derderián y a su familia, y a todo un pueblo, preparándose para el exilio en los días de la expulsión de los moros de España. *¡Ay Lerma, Lerma, alma mala!*

Pasó a ser el paño de la sospecha. Porque era paño viejo y arrugado, con usura en los colores, con aljófares ausentes en las seguidillas y bordes deshilachados. Y viéndolo un día extendido sobre la cama se le vino otra imagen por el atajo del tiempo, y fue como ver la tela que Jun les había dado entonces, desplegada sobre el mostrador del negocio familiar en Madrid, y fue oír a su padre decir que era una obra maestra.

Y la Moralinda pasó a ser mora de la sospecha. ¿De dónde le venía esa sedería? Porque Alonso, que aquí más vale llamarlo así, no había olvidado que ese paño era la dote de la pequeña hija de Jun, la de los llantos nocturnos, aquella que otrora él hubiera querido consolar entre sus brazos, y que por fin los Mora habían logrado colocar en una familia sevillana. Le dio vueltas al asunto, sacó cálculos, pensó, reflexionó, siempre con el mismo resultado: todo concordaba. ¿Era posible eso?

Fray Gaspar de Carránel entró discretamente y se quedó esperando en silencio. Don Bernardino, sumergido como siempre en sus expedientes, inquirió sin levantar la vista. *A ver, dígame hermano.*

*-El licenciado de Oliber manda por usted.*

Don Bernardino levantó los brazos en ese gesto tan ambiguo suyo que nunca se sabía bien lo que significaba, pero que esta vez parecía exasperación. Imaginó que lo llamaban a causa del poeta escurridizo, ese Alonso de Mora que no se dejaba atrapar, a pesar de haberse lanzado a su caza a cuanto espía, malsín e informador se tenía a mano. Exasperado, porque no lo había hecho mejor que el pretencioso Don Luis. Ahora se lo iban a recordar, no por primera vez. Lo peor: seguía convencido de que el reo estaba en Sevilla, sólo que después de tanto esfuerzo y de tanto celo inútil, después de tanto tiempo, ya iban años, poco a poco había ido bajando las manos. Otras causas que atender, la inminencia de un próximo auto de fe que la Suprema quería masivo, lo habían obligado a ese abandono tan poco suyo. Pero más valía un auto de fe sin Mora y con muchos penitenciados, que uno con Mora solo y nadie más. Basta de explicaciones vanas, se dijo sacudiéndose: lo que ocurría era que el poeta se la estaba ganando, tenía que reconocerlo. Era sin duda hábil, experimentado, un hombre de tretas inéditas. *¿Un rival superior? ¿Era posible eso?*

En un momento había creído que la clave estaba en los textos. Lo inédito, en la edición. Por eso se leyó las comedias, los ensayos, las sátiras, todo lo que había publicado Mora y más aún, incluidos unos textos clandestinos que confirmaban plenamente la perfidia del reo. No había servido de nada. Por primera vez en su carrera don Bernardino veía el rostro del fracaso, se sentía sobrepasado y, peor, sin ideas. Una posición insostenible frente a la presión de Madrid, de adonde aflúan sin cesar indicios de la presencia del reo en Sevilla.

*“Si se confirma que persistís en no hacer lo que debéis, sabrá el Consejo hacer lo que debe hacer”.* La misiva que el Primer Inquisidor acababa de recibir era una amenaza menos velada que la cruz verde en día de fiesta. Sin embargo, contrariamente a lo que temía Don Bernardino, el Primer Inquisidor, lejos de refocilarse en una satisfacción maliciosa de envidioso, se veía preocupado. Después de todo era responsable del Tribunal sevillano y ése no era el único ni el más grave de los reproches que le

colgaban. No olvidaba aquella inspección de la Suprema cuyas conclusiones catastróficas podrían haberlo derribado y que afortunadamente él había logrado enterrar. Demasiado cerca quizás de los cimientos del Castillo de Triana, porque ahora don Luis Benito de Oliber tenía la impresión que su poder corrosivo los estaba atacando, y que el primero en caer sería él.

- *La Suprema nos cree displicentes, dijo.*

Don Bernardino apreció ese nos cree. Descartaba una responsabilidad exclusivamente individual, la suya, y sugería al mismo tiempo que la displicencia era mera creencia de los Consejeros madrileños. Añadió Don Luis que no podían quedarse impávidos sin reaccionar. *Esté o no el reo en la ciudad, tenemos que hacer algo.* De nuevo ese tenemos aliviador...

Pero al mismo tiempo ese hacer algo inquietante. Porque no se había dejado nada por hacer. Cada pista, cada indicio lo habían explotado, no sólo en Sevilla, en toda España, a pesar de la poca fiabilidad de los testimonios que llegaban. Algunos señalaban al hereje en las Alpujarras, a cuatro leguas de Granada donde pretendía juntar a su familia, otros en Pastrana acogido por unos primos, otros en Segovia, de donde lo decían originario. Unos lo hacían portugués, otros madrileño, unos poeta, otros capitán. *Portugués que habla castellano con expedición, explicaba un malsín. Trigueño, más grueso que delgado, de buen cuerpo, entre mediano y alto, según otro. Y un tercero: fornido de brazos y piernas, la pantorrilla gruesa, el color moreno, los ojos grandes rasgados, lo blanco de ellos con algunas fibras de sangre de espantable aspecto, cuando mira enojado pareciera salirle fuego.* A uno que lo describía como cerrado de barba con pera y buen bigote de color negro, delgado y escurridizo, don Bernardino le creyó más, por lo de escurridizo. Pero el hecho es que ante la variedad y la discrepancia de las denuncias tenía la impresión de buscar a un transformista. Todas esas pistas las investigó. *Pistas que despistan,* decía, porque nunca condujeron a nada, sino a mayor confusión. Ese era el inconveniente de la delación: útiles los malsines, pero no tanto. Hasta en las señas físicas discrepaban. Se preguntó un día si todos esos testimonios hablaban de la misma persona, y ahí mismo, en ese momento preciso, comprendió que no, que había en los parajes otro converso llamado Mora, un capitán que solía guerrear en Flandes, y residir en Segovia.

Así pudo descartar varios testimonios, y concentrarse en los más verosímiles. Afirmaban que un yerno del poeta vivía en Cádiz, y que le aguardaba con mucha hacienda, amén de cantidad de barras de oro y piñas de plata que debían llegar de Indias, y que si el poeta no iba a buscarlas era *a causa de la guerra o lo que fuera*. A don Bernardino eso le hizo sentido. Sabía que el reo era comerciante y que tenía, según los mismos testimonios, un primo en Lima. Decidió movilizar a un comisario gaditano para investigar al yerno. No pensaba encontrarlo allí, pero su olfato de sabueso le decía que quizás hubiere trazas en los libros de Constantino Ortiz, en cuyo caso se podría proceder a una confiscación. Eso al menos tranquilizaría a la Suprema.

Cuando el comisario Pedro Buján Ferreira se presentó en la casa de la calle Benjumeda en el centro de Cádiz, acompañado de guardias y corchetes y voceando la divisa de la Inquisición *¡alzate Dios a defender tu causa!* hubo de callar rápidamente porque se enteró que estaba en la residencia de un familiar del Santo Tribunal. Eso no calmó sus ínfulas: ya venía desganado. Tenía mucho trabajo con las causas gaditanas, y ahora este inquisidor sevillano que le mandaba a allanar un hermano. Hubiera parado allí mismo la diligencia de no encontrarse en el lugar un cliente que, según le explicaron, estaba comprando barricas de vino toscano. El sujeto correspondía a las señas que le habían dado del tal Alonso de Mora, *hombre más bien alto de cuerpo, ni muy grueso ni muy flaco, de buena cara, ojos pequeños, nariz de buena proporción, cerrado de barba...*, y por eso el comisario Buján Ferreira se lo llevó preso, olvidándose de los libros y sin reparar que con esa descripción tan ambigua hubiera podido arrestar a media España. Pero andaba apurado y tampoco le hubiera molestado arrestar a media España. Fracasó la gestión de Cádiz, como tantas otras. La Inquisición podía arrestar a mucha gente, a Alonso de Mora no. Quizás se enterara más tarde don Bernardino que el comisario gaditano no le puso la mano encima por haberse presentado donde Constantino de Ortiz con un retraso sólo... de algunos años.

- *Sí... eso es...* murmuró Don Bernardino. *Hay algo que podríamos hacer, y matar a dos pájaros de una vez.*

No le pareció mal la idea al Primer Inquisidor. Así por lo menos tranquilizarían a Madrid por un tiempo. Iban a condenarlo por contumacia, al poeta hereje. Lo relajarían al brazo secular en efígie de cartón piedra y quedaría colgando en la Parroquia de San Ginés en Madrid un

sambenito sulfuroso con su nombre, sus llamas y sus diablos dibujados, allí donde tanto lo habían visto, no lejos del Consejo de la Suprema. Pero eso no era lo más importante. Don Bernardino, se había forjado del reo la imagen de un hombre obsesivo, cauto, atento a cada detalle, por ínfimo que fuera, para no delatarse. Su condena, la quema de su estatua, lo harían tal vez relajarse — sí, esa era la palabra, se relajaría a sí mismo — pensando que el Santo Oficio abandonaba la partida. Entonces cometería errores, se denunciaría y caería ¡por fin! esa pequeña raposa que destruía las viñas del Señor. *¿Exageraba don Bernardino, se contaba cuentos?* Quizás, pero en algo tenía razón, y es que en el próximo auto de fe iba a haber entre los muchos penitenciados, un Mora, aunque fuera de cartón. Era lo más próximo de lo que la Suprema exigía.

En realidad la estrategia de Alonso de Mora no era tan sofisticada. Se cambió de nombre, como sabemos, por el de Gerónimo de Zárate, un hombre que se mostraba poco a pesar de sus éxitos. ¿Qué la discreción y la fama no se casan bien? Cierto. Pero su rutina cotidiana era innegablemente prudente y reservada. Escribía durante el día, caminaba a veces al atardecer y tenía, al anochecer, unos encuentros solitarios con la comedianta Felipa de Hoyos. No frecuentaba a mucha gente, no guardaba la ley de Moisés y practicaba abiertamente la religión cristiana en la parroquia de San Román. No tenía más vida social que eso, carecía de amigos y evitaba relacionarse con judíos conversos, sinceros o no. Por eso era indiscernible Alonso de Mora, había desaparecido bajo el entramado, como la sinagoga de la antigua judería bajo la iglesia de Santa María la Blanca. A él también se le asomaba un pedazo de columna y la primera en percatarse fue Felipa de Hoyos, cuando en un arrebatado voluptuoso, él le había alabado sus senos, *los pechos de Mora*, revelando así, sin querer, su verdadero nombre. El poeta se había descubierto a su amante estando ya desnudo. ¡Qué hubiera pensado don Bernardino de su raposita! Porque no iban por ahí sus indagaciones, negligía por inclinación personal ese aspecto tan bajamente terrenal, tan animal de las cosas, bien que a todas luces fuera la más fructífera de las vetas, porque los hombres y las mujeres caen por donde pecan, y porque la discreción es una compañera improbable del deseo.

Ella también estaba desnuda, y más se desnudó al oírle alabar sus pechos de Mora: reaccionó como si le estuvieran diciendo mora. Por eso sospechó Alonso. Unas sospechas desquiciadas en las que al comienzo él

mismo no quiso creer, pero que poco a poco se le hicieron convencimiento. Fue desenredando la madeja de los tejidos que ella coleccionaba, y de uno en especial: el que usaba para resaltar sus voluminosas asentaderas. Tuvo la certeza que era el mismo que Jun Derderián confiara un día a su tío Antonio en el Grao de Valencia, como dote de la pequeña hija que le estaba abandonando. De ahí a pensar que Felipa de Hoyos, la Moralinda, era esa hija... ¿La muchachita que cuando niño él había querido abrazar de noche, para consolarla, podía ser la mujer portentosa que ahora abrazaba voluptuosamente por la noche?

*C'est sérieux, la curiosité* decían las coquetas ninfas de Arthénice en París y tenían razón, la curiosidad es cosa seria, incluso en el hombre cauto que evita descorrer velos, sabiendo que un tironcito lleva a otro. Alonso de Mora fue presa de ella, y muy a su pesar llevó a su amante a repetirle una y otra vez su historia en el letargo de la noche. ¿Qué buscaba? Algún índice, un descuido, algo que apoyara sus sospechas. Y no necesitó ejercer demasiado su aguzado ingenio porque Felipa le contaba cada vez una historia diferente: allí donde había habido ovejas, hubo de pronto caballos, el padre no la trató más de oveja negra, de yegua tordilla la trataba, y pelada de la cola hasta el pescuezo, y los dos hermanos fueron tres y la quisieron desde lejos. Alonso se preguntaba cuanto divergiría la comedianta si tuviera que contar incontables veces su historia. A poco de andar dejaría de ser ella, aunque siguiera siendo ella. Porque no es que se fuera construyendo al relatarse, se iba arrancando de algo.

*-Para qué galopas tanto tordilla, llevas tu historia grabada en las grupas.*

Con un palmazo allí mismo — que no se lo dio — quizás se hubiera encabritado menos la Moralinda. Saltó del lecho como leona herida y se quedó mirándolo, grande como una montaña amenazante, una cordillera de quebradas, matorrales y lomas movedizas que se le venía encima. Alonso se deslizó hacia el espaldar. Ella, como sofocada, a punto de reventar con todas esas palabras que se le atropellaban en la boca sin poder salir. ¿Qué te has creído? le gritó por fin. ¿Qué soy una yegua que cualquiera se monta? El poeta comprobó una vez más que, amén de pequeñas satisfacciones personales, sus juegos de palabras podían ser desagradables para los demás. Felipa tenía la mirada revuelta por el estupor. ¿Podía él creer eso? ¿Era posible eso? ¿Acaso no reinaban juntos? ¿Acaso no caían tan violentamente juntos? Hubiera querido decirle que de tanto repetir tu nombre Mora he llegado a oír Amor, y de tanto repetir Amor, Mora.

Alonso, contra el espaldar, quiso disipar la ambigüedad de sus palabras. No he dicho que tu historia fuera una historia de grupas, le dijo. *Eso es lo que tú has oído*. En realidad, lo que quería decirle, era que la creía mora. Y no una mora cualquiera. *Lo he sabido por ese pañuelo que llevas en las caderas. Ahí he visto tu historia*.

Felipa se había cubierto con una saya blanca y estaba sentada al borde de la cama, inmóvil y majestuosa como diosa griega, escuchando a Alonso contarle la expulsión de los moros de Valencia, de su padre desprendiéndose de ella, de su dote, de sus cortas noches en Madrid. Y de las pulsaciones de su memoria, y de sus elucubraciones. *Terminé por sacarte el velo y te vi. No por las ancas. Felipa lo miraba encantada. Mora Mora Mora*, le dijo por fin. Y él también: mora mora mora.

En esos días estaban preparando con dificultad una obra de Gerónimo de Zárate donde una joven reina, casta y devota, era acusada de infidelidad por el mismísimo diablo reencarnado, que como se sabe es bastante convincente: la juzgaban culpable y la exponían en la cima de una montaña con los ojos reventados. Al comienzo no se lo confesaban, pero saltaba a la vista que el rol de la pulcra Beatriz no era para la Hoyos, ni por edad ni por morfología. Habían confiado en que el talento de la comedianta sería una compensación suficiente, como lo fuera cuando interpretó tan brillantemente a Santa María Magdalena. Pero en los lindes a los que ya se asomaba Felipa por esos años, la dificultad era mayor. No había corsé que resistiera a sus carnes, y cuando lograba encajarse alguno no lo soportaba. Terminaba sofocada, agotada y descontenta. Por qué escribirme esto, le preguntó un día a Zárate. El poeta, que se encontraba frente a su mesa de trabajo buscando imposibles arreglos, apoyó los codos y se tomó la cabeza a dos manos, agotado y descontento también. No sé, creo que no pensaba en ti. Será que ahora te gustan las desgarradas impalpables, se había reído Felipa, búscate una de esas para tu comedia que yo no doy más. Recapacitó: no, mejor te la busco yo, Mora... Mora.

¿Y cumplió? Cumplió, sí. La obra la interpretó una comedianta joven sin la repercusión de Felipa. Zárate, insatisfecho, tuvo una sensación de fracaso y volvió a pensar en ella al escribir. Le compuso comedias de corte histórico, con abundancia de reinas sabias y maduras. *Vaya, me has recordado*, le decía con ironía la Moralinda. Pero a Zárate la veta mística se le daba mejor y recaía una y otra vez en personajes jóvenes y virginales. Me sale más fácil, decía como excusándose. Siguieron trabajando

juntos, pero el monopolio de la Hoyos se fue acabando, hubo alternancia de montajes y comediantas. *¿Y él, conoció a otras comediantas?* No pareciera, le siguió siendo fiel, estaba enamorado.

Tenía que vender comedias, y antes de venderlas, terminar de escribirlas. Pero cada vez que se disponía a hacerlo, después de haber limpiado con la manga la cubierta de su mesa de trabajo, que era también donde comía y bebía, lo invadían esas ideas parásitas y paralizantes. Le daba vueltas sin cesar a las vicisitudes de su retorno, removía, machacaba una y otra vez la misma materia sin sacar nada en claro. Era como si sus pensamientos terminaran en puntos suspensivos... Uno que lo obsesionaba y no lo dejaba escribir, era que tenía que huir y que para huir tenía que escribir. *¿Pero, quién puede escribir cuándo piensa todo el tiempo que tiene que escribir? Él, no.* Por eso se pasaba así horas, sentado, pensativo y solitario. *¿Cómo viraba la vida! ¿Por qué no haberse conformado con lo que tenían? Sabiendo ella que él era Alonso de Mora, y él que ella hija de Jun Derderián.* Entonces, quizás, nada habría cambiado. Los secretos compartidos se casan bien, son lazos fuertes, como los de las barcas del puente del Guadalquivir, cuando no las voltea una tromba de humanos y bestias zapateando. Los secretos también tienen su fragilidad. Para no perder encanto deben mantener su aura misteriosa, nunca revelarse enteros, sino se transmutan en historias banales, a veces vulgares, vergonzantes, cuando no descarnadas o peligrosas. Apenas descorrer una punta del velo, dejar siempre cubierto el ombligo de donde nace, esa debiera ser la regla. Pero aún cuando se la respete, nunca será por mucho tiempo, el develamiento es inexorable: por algún lado se libera lo oculto, sino por el habla, por los silencios, sino por la mirada, por la ceguera, sino por lo que se hace, por lo que no se hace.

Felipa tenía el hábito de desaparecer. A veces por una semana entera, a veces más. No preguntes, le decía a Alonso, y Alonso no preguntaba. Más aún, le gustaba verla llegar de vuelta renovada por la ausencia. Entonces trabajaban y fornicaban mejor, la rutina en cambio desalentaba. Eran unas interrupciones deseables... La ausencia, cuando dura poco, es buena para el amor, pensaba Alonso recordando los debates del salón de Rambouillet. *¿Qué simple era en fin de cuentas la respuesta!*

Pero si Alonso no le preguntaba, sí se preguntaba. *¿Adónde iba? ¿Qué hacía?* Trataba de adivinar, de atar cabos, no podía evitarlo, la curiosidad es algo muy serio. Una noche en que volvían enlazados al nido,

palpó con su mano los aljófares de la sedería de sus caderas y encontró que había demasiados. Felipa la habrá restaurado, pensó, y se lo confirmó la impresión que tuvo más tarde, al verla desvestirse, de que sus colores estaban más vivos. Revivía el paño. *Como yo cuando voy y vuelvo*, le había dicho Felipa yéndoselo a los brazos. Así quedó zanjado el asunto, pero sólo por un tiempo, hasta que Alonso volvió a ver la tela sobre el arcón del aposento, envejecida de nuevo, desdentada, ajada y desteñida. ¿Era posible eso?

No, una sedería no podía rejuvenecer un día y volver a envejecer al siguiente. Ni una sedería, ni nada. Y así como don Bernardino terminaría por comprender que dos Alonso de Mora diferentes se mezclaban en los testimonios de los malsines, este Alonso de Mora, el poeta, comprendió que había dos paños, el original tejido por Jun Derderián, que él conocía desde pequeño, y otro, una copia reciente apenas entrevista. Ambos en poder de la Moralinda... Y ahora el segundo había desaparecido. *Soñaste*, le decía ella, *como sueñas todo el tiempo ¿vives en qué mundo Segismundo?* o bien, *ya entiendo por qué tu Tratado sobre nubes y por qué tu poeta de la Plaza Mayor*. Se iba de evasiva en evasiva, y sus evasivas, como se sabe, solían ser convincentes.

Convincentes, no suficientes. Ese pequeño misterio venía a agregarse a una larga lista de otros pequeños misterios de Felipa, a sus cuentos variables y a sus desapariciones. Alonso pensó que debían ser un solo y gran misterio. §





*Artista invitado*

Niños en el Circo Lumbreras, Zúñiga, Sexta Región, 2018.







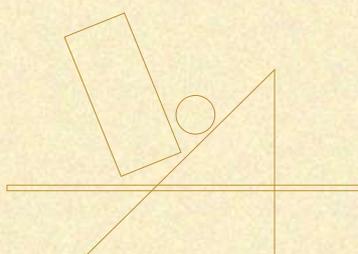


S7



POESÍA

S7



# Nain Nómez



*Baldío*

Palabra Editorial, 2020

## BALDÍO

*I had not thought death had undone so many*

T. S. Eliot

Cuando despertó la pandemia todavía seguía ahí  
y recordó el cuento de Monterroso  
con algo de ironía con algo de pavor  
Durante los días anteriores tuvo varias pesadillas  
pero ninguna comparada con ésta  
Como toda persona letrada  
rememoró La peste de Camus El año de la peste  
de Dafoe y En las montañas de la locura de Lovecraft  
en la versión cinematográfica de Carpenter  
o los films directamente virales como Contagio de  
Soderbergh o Pandemia nuestra antesala al infierno  
aunque por alguna razón  
le resonaba con mucha fuerza  
El hundimiento del Titanic de Hans Magnus  
Enzensberger esa metáfora de la modernidad ostentosa  
un barco monstruoso  
petrificado en el fondo de los mares

A su juicio la proliferación del virus  
expandiéndose por el mundillo de la especie humana  
dejando su marca afiebrada en tarjetas monedas  
mejillas administrando la vida y la muerte en los hospitales  
fuera de la biovigilancia y el control  
era solo un aviso de lo que vendría  
cuando la utopía de la comunidad inmune  
fantaseada por el nuevo sujeto del tecno patriarcado  
se convirtiera en el reality show más espectacular de las últimas  
décadas un desfile de fantasmas con mascarilla  
sin manos sin labios sin lengua sin rostro casi sin piel  
los nuevos intocables de una secta invisible  
que dejan mensajes en aparatos que nadie escucha  
casi sin cuerpo apenas una prótesis cibernética  
una máscara entre otras máscaras

un tapabocas con diferentes diseños  
que te obliga a callar  
para mantener la desigualdad social  
y fuera de las imágenes cinematográficas  
del zorro o el enmascarado de plata  
del dúo dinámico batman y robin  
fuera de la performance teatral  
apenas un código una casilla en la nube una  
sombra no se reúnen con nadie no tienen carne  
su domicilio es amazon facebook instagram  
una partícula de ser humano consumiéndose a sí  
mismo en la soledad de un estado de excepción  
permanente de cuerpos abducidos atemorizados encapsulados

¿Para siempre?

Cuando despertó pensando en el monstruo  
pero también imaginando otro lugar otra ciudad  
otro planeta donde fuéramos todos inmunes  
sin cuerpos abyectos y extraños ni fronteras ni  
muros se dio cuenta y por el resto de sus días  
que el pensamiento no le servía para despertar  
más allá de su casa del miedo (al) ajeno  
para salir del encierro de su dormitorio  
de la segunda dermis con sus guantes  
esterilizados el temor a hacernos virales  
si tocamos la puerta la basura la bolsa del pan  
la saliva que sale de los labios amados  
sonidos partículas vivas ventosas que se adhieren  
a nuestros pulmones el temor  
flotando de una garganta a otra sobrepasando  
las barreras migratorias la vigilancia  
digital y el flujo del capital  
¿O es sólo parte de otro texto mayor?  
¿A quiénes dejaremos morir?  
¿A los más pobres?  
¿A los viejos con sus enfermedades primarias?  
¿A las mujeres golpeadas maltratadas asesinadas?

¿A los aborígenes exiliados de todas las tierras?  
¿A los inmigrantes hacinados en sus carpas de cartón? ¿A los  
nuevos zombies sin rumbo vagando por las calles solitarias  
de las ciudades del mundo?

Despertó y se dio cuenta del espectáculo  
de la dramaturgia de la muerte  
los caídos ya no pueden ser felices o infelices  
ni siquiera tienen ataúd o ceremonia del adiós  
se quedan casi sin despedirse en medio de la calle  
en medio de las cloacas de los mercados semivacíos  
ateridos de frío o sudando por la canícula  
implacable bajo el hervor creciente de un sol moribundo  
multitudes de cuerpos frotándose unos con otros  
de carnes podridas y verduras disecadas  
exiliados de pueblos y casas sin hogar ni  
alimento espectadores sin ojos de su propia  
agonía  
probablemente sorprendidos  
por esta oscuridad por este desencuentro  
no querido ni anhelado  
por este pétalo negro de locura  
ya inscrito en los libros sagrados  
como un recuerdo de los dioses olvidados  
o un tic nervioso de la ciencia  
la mesurada y discutible tabla de salvación  
de la tragedia planetaria

Despertó y se dijo -en eso estamos ahora  
confinados controlados segmentados vigilados  
en fin normalizados en la micro república de una  
pieza en el umbral del afuera y el adentro  
en la prisión blanda del metro y medio de distancia en los  
tentáculos acomodaticios pero encubiertos del telecontrol  
custodiados desde el ciberespacio  
para que sigamos siendo los consumidores  
dóciles y soñados  
tele alimentados todos

Estamos  
en la batalla de Santiago la batalla de Chile  
la batalla del Universo “estamos en una guerra  
señores” y hay que ganarla aunque perdamos  
varios millones de clientes desbancados del mapa  
global invisibilizados en la televisión y los celulares  
donde los muertos como antes los desaparecidos  
no tienen consistencia  
para el espectáculo aséptico de todos los días  
somos un número una cantidad una ficha  
escamoteada de la vista de parientes y amigos  
a perpetuidad

aunque él piensa  
no hay ninguna batalla que ganar o perder  
el virus es un dinosaurio un sueño una pesadilla  
una verdad que siempre estuvo allí  
y no tiene la culpa  
de nuestra insoportable levedad de existir  
de nuestra pretenciosa manera de mirarnos  
sin vernos la cara  
y de encerrarnos en la pesadez del miedo  
para vigilar prohibir castigar  
porque Tanatos desplazó a Eros  
hasta nuevo aviso

Así es como la tierra se convirtió en una gran cárcel  
algunos nos encerramos en los rincones de las casas  
o pernoctamos en otros sitios  
donde murallas y techos reducen nuestra vista  
anclados a un presente interminable  
mientras una multitud de seres extraños sale de las  
alcantarillas y vagan por las calles como mutantes exiliados  
de las redes las pantallas los medios de información  
como residuos en tránsito virus del virus  
también eliminados del porvenir  
que no está disponible y no les pertenece

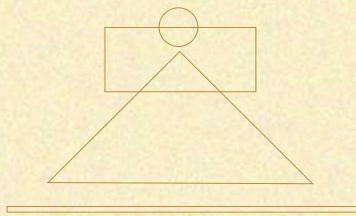
¿Qué nos espera?

¿Cuándo será la próxima pandemia?  
¿un planeta sin agua ni alimentos el baldío  
irreversible? ¿la radiación la guerra? ¿el frío y el calor  
recargado?  
¿el fin de todas las predicciones? ¿el auto exterminio  
total? ¿Mutaremos?

Mientras tanto  
el día venidero se nos escapa y desaparece  
en nuestra sociedad sin orificios  
y nuestra disposición al aburrimiento  
(midiendo los pasos rumiando el desempleo  
acallando los gritos temiendo el sonido del timbre)  
Yo tú nosotros ellas en la jaula invisible monstruos todos saliendo de la  
pesadilla convertidos ahora en lo espeluznante apretando nuestros ojos  
sin párpados esperando que llamen a la puerta las ovejas negras  
abandonadas en la cuneta  
de la autopista de la globalización  
el tumor que se expande el tejido  
podrido que se filtra de la tierra una y  
otra vez invadiendo los campos y las  
ciudades para desandar  
el camino de la especie

Naín Nómez (12 de mayo 2020)





# Rolando Gabrielli



*Literatura y poesía*

## LITERATURA Y POESÍA

### Uno

Entra un ciego a una página en blanco y dice que leyó todo. Se va sonriente. No se confundan, he memorizado todo. La página ha quedado en blanco nuevamente.

### Dos

Yo me firmo con seudónimo y cargo bajo la página, a la derecha, mis iniciales. Nadie sospecha que con mi anonimato, garantizo mi doble calidad de inédito. El plagio espera en otra página, vestido en su gabardina gris y afila sus largas inmortales uñas amarillas.

### Tres

La literatura es íntima, asquerosamente pública, globalmente banal, rabiosamente obsesiva, solitaria, huérfana.

La literatura es un viejo animal herido: mezcla de dromedario y dinosaurio, un jilguerito con voz de tenor que canta en el desierto. (Los reptiles arrastran su cuerpo con felicidad)

### Cuatro

La literatura no es un mandamiento. La literatura no es un dogma, no tiene principio, ni fin. La literatura no es un santo oficio. La literatura no es urgencia y urge. La literatura no es una pomada, un cancionero, ni siquiera un masaje a la pantorrilla. ¿Qué es la literatura?

### Cinco

La literatura puede ser un poema, un cuento, una obra de teatro, una novela. Los géneros se confunden más cada día. Atmósferas raras, contaminadas, aparentemente nuevas, viejas recetas para el mercado. La literatura es camaleónica y el mercado aplaude, festeja, orienta cada performance.

### Seis

La literatura en castellano, sigue en manos de un manco y de un lector ciego. Rulfo está vivo. Alguien aulla a lo lejos y no es un lobo.

## Siete

La literatura es una droga que algún día prohibirán. Un diván de palabras. Un cuarto oscuro con una página en blanco. La literatura alguien la inventó y ya no se acuerda cómo se escribe. La literatura es una fotografía del yo, absolutamente movida, para ser vista detrás de la luz del negativo. La literatura alquila un cuartito en la Calle Imaginación esq. Realidad, frente a la vitrina del almacén La Gran Ficción.

¿La literatura falsifica la realidad o copia la ficción? La literatura es la literatura y quizás por eso aún exista.

## Ocho

La literatura son las palabras de izquierda a derecha. Palabras para decir sólo lo que pueden decir las palabras. Un montón de palabras viejas, usadas, casuales, cansadas, asmáticas, que esperan ser puestas en movimiento, oxigenadas, ad valorem sobre la página en blanco que cubrirá otras como una fina capa de nieve. La literatura se amontona como la arena en el desierto.

## Nueve

La literatura es una gran sospecha de la imaginación, cuando lo cree todo atado, vuelve y retoma el humo de algún sueño, el hilo que estaba cortado, añade a su cadena un nuevo eslabón. Ficción y realidad literaria construyen una misma historia.

## Diez

La literatura usa sombrero, gafas, malla, todo el blindaje del ropero de la moda. Yo, la prefiero desnuda, como la página en blanco fue echada al mundo.

## Once

La literatura obedece al vicio de una enorme memoria que le hace creer en el futuro.

## Doce

Literatura es estrictamente lo que no puede decirse, inventarse, reproducirse de otra manera. Es espejo de su olvido.

### Trece

La realidad es ficticia, real, nunca la misma. La ficción es otra realidad, no un saco de mentiras. Cuando se rompe la realidad, la ficción ocupa su lugar y viceversa. Aun así queda la ilusión de que todo es posible, hasta la realidad.

### Catorce

Yo no escribo, vomito, reciclo, levito palabras. El mejor purgante es la realidad. Nadie compra un fantasma visible detrás de una hoja de papel, envuelto en letras, convertido en literatura.

Lo incertidumbre, desconocido, la aventura, todo es literatura. Son unos cuantos gramos de papel del árbol que es el escritor. Un poeta no repara estructuras, sociedades, no desarrolla teorías, ni planos, ni brinda soluciones municipales, más bien empuja del lado del corazón. La palabra reconoce la mano del poeta, como el caballo la huasca. Las palabras reconocen al poeta cuando son verdaderas.

### Quince

La literatura es historia, un presente sin ninguna de las virtudes del futuro. Cambia y no se reconoce a sí misma. Lo que está en construcción, puede llegar a ser futuro. La literatura es una lectura de todos los pasados, el presente de un futuro inmóvil, literalmente agazapado. El original nunca perfecto. ¿O el original verdaderamente lo define el lector y así sucesivamente con cada nueva lectura?

### Dieciséis

La literatura es un plagio interminable, hasta que surge una voz personal. Entonces la escritura nueva vuelve a superar la página en blanco, como si nadie hubiese escrito sobre ella. Polvo sobre el polvo, el poema enamorado.

### Diecisiete

La literatura es un formidable inventario de uno mismo, de todo lo que amamos y nos rodea con la respiración. Lenguaje roto, hilvanado, cosido a la página en blanco. Orilla de la palabra, centro del lector y ningún otro río arrastra más que las propias palabras. El río se cruza y las palabras quedan.

De la poesía y la novela, la literatura, se ha dicho de todo y todo y queda por decir aun tanto más. Son géneros estáticamente cambiantes. La Muerte de am-

bas ha sido un anuncio como si fueran palabras de un vertedero. Los críticos abundan y por la boca muere el pez. Sólo los poetas hacen que ambos géneros sigan respirando con buena salud. Los ensayos son múltiples y más numerosas las opiniones, pero sólo quien enfrenta la página en blanco con temor, pasión, gozo, verdadera alegría, podrá arrancar una vocal al poema y enrostrársela al lector en la soledad del descubrimiento, secreto, hallazgo, la impunidad solitaria de la palabra.

Estas son mis opiniones personales, no citaré más que por placer, de memoria, a quienes me han guiado por estos inefables caminos. Son más sin duda, no sólo en verso. Las influencias son un anillo de compromiso indisoluble en el tiempo. Aunque no se vea en la mano, aparece invisible en el poema.

### Dieciocho

La literatura, como todo, está llena de famosos, geniales impostores. Uno de los principales fue F. Kafka, que mandó quemar la llama ardiente de su imaginación y olvido. El incendio continúa. Nace un bosque por cada día que encienden sus palabras. Kafka siguió construyendo a sus costos la muralla china. Borges prefirió el secreto laberinto de sus temidos espejos. Cabalgó ciego por Buenos Aires, las calles que trazaron sus historias y poemas.

Jorge Luis Borges se presentó como lector y nos hizo creer que estaba ciego. Leyó como reloj de cuerda, pero dejó páginas memorables, insuperables, inolvidables, formidables, escritas por su puño y letra borgeana. Pablo Neruda, inagotable tinta invisible del Sur de sus palabras, fue lluvia, amor-mar, materia, desierto, cordillera, campana, la Oda Elemental de Chile. Se viajó en una Isla de continente en continente. Místico de la materia, le llamó la Mistral. La poesía es una materia que trabaja con las palabras. La noche tiene alas, el día puertas, rojos y oscuros soles. Trakl, Rimbaud, Char, Vallejo, Celan, Donne, Pound, Mistral, Apollinaire, Kavafis, D. Thomas, Lezama Lima, Parra, Rojas, Panero, García Lorca, Bécquer y todo el rosario de Chile. El farmaceuta austriaco nos heredó el derrumbe, la desolación, su desesperado y violento, raudo paso por un mundo que se desmoronaba a sus pies, dentro de sí. ¿Sólo ruinas para la poesía? Trakl nos dejó un sol traspasado por la noche. Herido, mutilado, el ocaso.

### Diecinueve

Cervantes se hizo amputar una mano en Lepanto, porque ya había escrito el Quijote en los infinitos sueños en La Mancha de su carrera diáfana hacia la gloria

que no tendría la fortuna de disfrutar. O lo haría finalmente desde una cárcel, con los restos de su vida y muñones. De 400 años que el señor de las andaduras manchegas no ha de parar un solo instante en desfaser entuertos que si no los conociera loco andaría por estas calles de castillos con dragones en sus puertas, posadas con viejos misiles en sus patios, bebidas sin país de origen, molinos de aguas turbias, contaminadas, ni viento, sólo gigantes muertos soplando la historia al revés contra vientos de Quijotes que no dejan de andar sueltos de sueños, libérrimos de espíritu, locos de amor. Sin adarga, en la flor de su vida, viaja por Comala el Hidalgo Caballero desprovisto de aventuras, no de sueños, entra en la noche de los espíritus del pueblo y sabe que una nueva historia siempre comienza. Dulcinea, sólo bésame en medio del trival de la palabra.

### Veinte

La poesía es timón de muchas naves, la practican locos imperdonables, viajan en sus naves de fuego sin saber lo que hacen y llegan a cultivar las palabras en ciudades que son pantanos de olvido, remotas estaciones de silencios y tránsitos rotos, eslabones perdidos, antenas que transmiten voces muertas, alucinados sin porvenir, han terminado por convertir la retórica en un vicio inconfesable de la imaginación. La poesía no es policía del verbo, ni vigila la palabra, o contamina sus versos, estrofas, ni cualquier otro encabalgamiento de que se valga, con sus piernas de actriz de primera línea, es verbo de su carne. La poesía apuesta a sus legítimos movimientos, cadencia, al lenguaje que deja caer detrás de las palabras, desvestida de rojo, sobre una silla de viento, tensa como una cuerda de guitarra.

El poema no es muro, sino espacio abierto. Cada cosa en su lugar, es una frase sin libertad.

### Veintiuno

La realidad como la conocíamos, no existe. Es un espejo que se mueve a una velocidad inimaginable y en dirección opuesta a la realidad. Supera la luz, pero es la oscuridad. Todo lo real es digital y visualmente ficcionado. Lo real es el principal imaginario de lo ficcional. La realidad es paisaje sobrante, un archivo equivocado del subconsciente colectivo. Realidad, ¿con quién dormirás esta noche? La poesía es fuego y ceniza. Pájaro y jaula. Bosque y desierto. Palabra y silencio. Llave de ninguna puerta. La poesía es un agujero negro, con luz propia, que duerme en la cabeza del hombre desde mucho antes de la oscuridad. Palabra cavernosa, volada de sueños. Raíz de aire. Materia y espíritu. Siento que es humana, pero también tiene alas ajenas. Definirla es un acto retórico de lo inefable. Pound dijo que era el lenguaje cargado de intenciones. Char, el poeta debe dar señales. Bécquer, poesía eres tú. Huidobro le abrió un reloj a la noche. Neruda tocó su campana universal. Vallejo arrancó espumas al verso

hondo de su poesía. La poesía de la desesperación genial de Rimbaud, Lautremont, Tralk y Panero.

### Veintidós

¿La poesía existe? ¿O es letra muerta? Este mundo ruidoso ha apagado la voz de los poetas. No es una metáfora, ni una declaración de principios, es una realidad. Son otros tiempos, sin duda, pero la poesía nunca como ahora carece de tribuna, de un espacio, un lugar donde expresarse a pleno pulmón y en silencio para decir y ser escuchada. El entretenimiento banal devora al hombre del siglo XXI, instalado en su circuito cerrado de trivialidades. Un canto monocorde le agita su oído de caracol distraído. Deja en el desierto la arena de sus olvidos. La poesía es aserrín / viruta, polvo de nada / la aguja del pajar / en el ojo ajeno. ¿Necesita un espacio la poesía o está en todas partes? La belleza como el amor se niega a morir, respira por su propio oxígeno, en toda época y estación sin tiempo, ni lugar. En un muro la poesía se convierte en protección y desafío, es espacio insondable. La página en blanco es ese muro que espera una señal para compartir la otra cara de la sombra que le abandona.

### Veintitrés

La poesía es pasión y placer. Yo diría que está en todas partes y basta con levantar una piedra. Poesía es vida, dijo Nicanor Parra y Borges también. Neruda la vivió y la seguiría viviendo. El Arte sucede, dijo Borges, cada vez que leemos un poema. El poema le seguirá hablando a cada lector que se encuentre con él. Esa es la magia que tiene la poesía, si en verdad posee ese don. La lectura solitaria del poema. ¿Sin poema no hay poesía? La poesía está en descubrir pequeñas cosas. En compartir la naturaleza humana y física del planeta. ¿El poema es el sueño de la realidad? Tenemos más preguntas que respuestas para saber, entender, descifrar, enmarcar, resolver la ecuación poesía = poema.

### Veinticuatro

El tiempo atesora una rosa en cada espina. Es silente el silencio en el poema. Yo le digo: Suelta la lengua / habla, muda / sólo habla / para saber / si nos entenderemos. La poesía está en todo. No hay tiempo, lugar, ni espacio. Noche / soy tu aplauso / la memoria / de tu sueño. Desierto / pequeña luz / pasos hacia uno / y otro lado. / Persiana del sueño. Seven siete / Sólo quiero tu suerte / número / repítete en el espejo / del azar / siete veces siete. Del mismo lado / que en el poema / un corazón sé duplica / en su silencio. Chile, es un número

quebrado / solitario, largo Sur / una verdadera cruz. Si alguien lo recorre al revés / y lo vive al derecho / será su memoria. A un puercoespín / nunca le digas / que tienes dos manos / para abrazarlo. El tiempo ocurre / porque es tiempo pasa, porque sigue siendo tiempo. / Sucede, es / nunca dejará / de ser tiempo.

### Veinticinco

La poesía seguirá guardando sus secretos, mientras alguien lea un poema. Constituida de todas las palabras, la palabra poética vive por ella misma. Toda inspiración viene de la vida, de la mano inefable se construye el poema. Sus materiales son diversos, y en estos tiempos, como en otros, se seguirá reciclando la atmósfera de la época presente, con los ingredientes del pasado y futuro. Los nuevos lectores seguirán haciendo la poesía. Los críticos podrán encontrar diversas razones y explicaciones, por qué la poesía permanece en cuidados intensivos, bajo la atenta mirada del forense que le sonríe de manera cómplice. Una clienta de lujo, cinco estrellas. El mundo banal le pasa factura a la poesía y la archiva en el desván de los objetos ruinosos, inservibles. Poema / Elévame a tu altura / gigante desolado / miserable papel blanco endiosado / me inclino cada noche / y cuánto le debo a mis rodillas / ¿Más que a mi orgullo? / ¿Menos que al silencio? / La misma cosa escrita / desde antes de la palabra. / La prudencia y el bastón / caminan ciegamente.

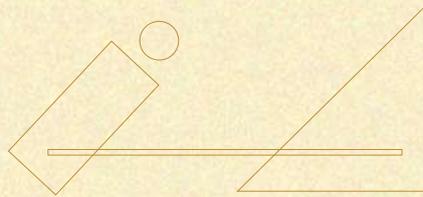
Todo está escrito y la poesía también. Su destino es inseparable del destino del hombre. Donde está el hombre y la belleza, está la poesía. ¿La seguirá sentando en sus piernas y maldiciendo al mismo tiempo? ¿Será evidencia o simple observación? Octavio Paz fue no sólo poeta, sino un brillante ensayista y dedicó mucho tiempo a reflexionar sobre la poesía, el poema y la función del poeta. “El poeta es un ser aparte, un heterodoxo por fatalidad congénita: siempre dice otra cosa, inclusive cuando dice las mismas cosas”. Es su dualidad última e irreductible lo que otorga a sus palabras un gusto de liberación, dice Paz. Para el mexicano, la palabra poética jamás es completamente de este mundo: siempre nos lleva más allá, a otras tierras, a otros cielos, a otras verdades. La palabra poética nunca es completamente histórica, la imagen nunca quiere decir esto o aquello al mismo tiempo. Y aun: esto es aquello.

La voz poética es sagrada en el altar del lector. Nunca ha sido más libre la poesía, que cuando ha pasado de mano en mano. El lector sigue multiplicando la palabra. Nunca le perteneció tanto la palabra poética como ahora, en la intimidad, en un mundo banal, desintegrado, caótico, disperso, distraído en sus

juegos e invenciones electrónicas. En una sociedad coja, manca, ciega, minusválida, el poeta es la frontera del sueño. El poema es el principio y el fin. Dice e interroga, también calla. Dice lo propio y lo ajeno. Se hace paisaje íntimo, real y escenario de otras realidades. El poema es verdadero por su propia condición de expresión única, íntima, irrepetible. Si un poema nada / en una misma agua / y sola dirección, / podrá bañarse una sola vez / en el río de las palabras. / La palabra que fluye / en cambio / es su propio río. / Su corriente es el poema / la dirección la impone el lector / cada vez que nada / en el poema.

La poesía, como el amor, la vida, nunca serán un capítulo cerrado.





# Jorge Díaz



*Metro London*

## POEMA METRO LONDON

Exilio molecular de una biólogx feminista en Londres  
5 julio, London Underground

ha pasado un mes y todavía no desarmo mi maleta  
estaba al cuidado de una amiga  
la llevo desde un extremo de la ciudad hasta el otro  
tengo que tomar un bus y también el metro  
desde Vauxhall hasta Finchley road station

Victoria y Elizabeth Line  
son las reinas de mis rutas en esta ciudad donde soy un migrante del sur del mundo

tengo que concentrarme para entender estas direcciones  
que se cortan, desvían y hacen recorridos circulares  
todo en la misma línea

subo la maleta teniendo cuidado con el espacio que queda entre el tren y el andén  
mind the gap between train and the platform edge

las personas sube y bajan  
con ritmo constante  
todo es puntual  
las personas hablan inglés  
se organizan para llegar a sus recorridos  
están felices con sus vidas planificadas

aquí al metro le dicen tube  
a ratos chirría de un modo impresionante  
parece que se va a romper  
un tímpano  
o se va a soltar un carro  
este underground es el más antiguo del mundo

al principio llego tarde a todo  
no apuren que soy del sur  
en el tube me pongo los audífonos

escucho canciones latinas  
miro a las personas  
pienso que están hablando en español

la clase trabajadora es igual en casi todas  
las partes del planeta  
sus rostros de cansancio  
sus trajes de grandes compañías transnacionales  
que les roban sus sueños y  
la posibilidad de imaginar  
mañanas completamente distintas

experimento la dificultad de no endurecer  
mi corazón  
debido a la violencia de los pares  
que al venir aquí se ponen máscaras blancas  
tal como decía Fanon

Victoria line train  
has step-free access  
pero yo necesito  
un acceso para aliviar este torbellino que llevo adentro

muevo una maleta desde un extremo  
de la ciudad hacia el otro extremo  
bajando y subiendo por ascensores  
se me enreda la maleta  
que lleva la selección  
de una vida entera  
parece que se va abrir  
entre tanto traqueteo  
¡no ahorita por favor !  
logro subir al siguiente andén

en verdad las personas no solo hablan inglés  
también escucho francés, portugués, chino  
muchos idiomas y lenguas

leo en una pared :  
I'm talking poets, musicians and artist. You'll find culture bursting out of every corner from the skate park to the market. We've got nail shops, salons, and sharpest of barbers

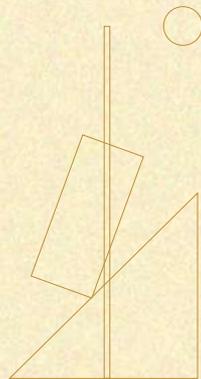
[Hablo a lxs poetas, músicos y artistas. Encontrarás que la cultura brota en cada esquina desde el parque de patinaje hasta el mercado. Tenemos tiendas de uñas, salones y los mejores peluqueros]

estoy muy deacuerdo  
que la cultura está en todas partes y que la mejor de las culturas siempre está en la calle en los lugares comunes y corrientes

tomo el ascensor con mi maleta  
mientras transpiro en este microclima  
que no está hecho  
para poetas románticas y queer  
que dejan sus gatos  
al cariño de sus amigas  
sin madres que te llamen

llego a mi pequeño refugio  
ese cuarto propio que encontré contigo  
que no te llamas Orlando  
pero que de todos modos  
transitas por los géneros  
de un modo poético y bello  
como solo tú puedes hacerlo.





# Fernando Arabuena



*El Cristo de los tobillos rotos*

2021

## EL CRISTO DE LOS TOBILLOS ROTOS

¿Qué siguió su corazón encarnado sino el inefable estremecer de la belleza? La idea ígnea de lo inabarcable, pero solo ahí; tras los muros de la inteligible comprensión del cuerpo, en la bóveda del misterio.

Entre los patios de la iglesia, donde murmuraban las madrugadas, buscaba el hálito temprano de la tierra, pero entre las frondosas ramas de la higuera, donde se oculta el secreto que amamanta el conocimiento, la serpiente le dijo: «Escultor, poeta músico, hijo de la Candelaria, ha llegado tu momento, ha encarnado la belleza con el fracaso de Orfeo». Colmaron al viento de voces que se escucharon en los campos. Buscó los patios de más atrás, el de los huertos. Cruzó los aromáticos hinojos, entre almácigos tiernos, donde la tierra aún estaba suelta por la mano labriega, hasta llegar a las vegas coloridas de verduras. Allí se tendió, ensanchando los campos y los cerros, creando el rugido del mar.

Aquella mañana brilló diferente. El largo corredor de su casa era cruzado por franjas que dividían la morada. Abrir el portón de par en par era llenar esa casa de una luz estremecedora. Se inundaban sus rincones como las melodías al virgen canto. Él cerraba sus ojos: era su madre, su hogar, su pueblo. Inhalaba con fuerza el aire marino que llegaba de la costa boscosa, y aguantaba por horas la brisa en sus pulmones. El mar se agitaba, intentaba replegar sus músculos para lanzarse sobre los campos, para aplastar la tierra con golpes a puños cerrados. Pero su exhalar tranquilizaba las aguas. Volvían a volar las gaviotas, volvía a caminar el cangrejo a las orillas de las olas. Así se hacía y deshacía de su tierra fabulosa, nada escapaba a sus entrañas, era adentro y era afuera la misma criatura andrógina. Avanzó así, entero, hacia el Viejo Aromo (sus raíces se alimentaban de las napas subterráneas, sus hojas se abrían como manos al cielo y los racimos amarillos de sus flores fulguraban con los rayos de la madrugada, refrescando los campos y sus pulmones), se sentó bajo sus ramas y hojas hasta sentir la vitalidad de la savia irradiando su cuerpo. Eran uno. Detuvo el viento, la lluvia, y las estrellas se abrieron en oscuros abanicos nocturnos. Sintió el sol quemar las nervaduras de las hojas, de sus hojas, el caminar de las hormigas, hasta que, desde las entrañas resinosas del árbol, sintió brotar el palpitar de la belleza. ¡La misma danza de las Cárites en el carruaje imperceptible del rumor anterior! Y ya pende la hostia de miel en sus trémulos labios. ¡El mismo piramús de la acción!

\*Tercer fragmento / En el aula tras los cerros

Cuando volvió a pisar su tierra, los campos se hicieron sugerentes, y entre caminos de litres y boldos cruzó el dintel añoso del aula, para tender su cuerpo cansado bajo la sombra de un aromo. Por los corredores que rodeaban el patio interior salía el olor de la leña que hervía las olletas de acero. Lo invitaron a comer y a dormir. Lo condujeron a una de las grandes habitaciones cuyas puertas daban al corredor, allí pudo recostarse y mirar los rayos que entraban por el crochet de la pequeña ventana; la obscuridad del mediodía hacía ver esa luz hermosa, a veces como centellas solares por las hojas venteadas del manzano. El silencio era interrumpido en cada recreo. Los altos muros ayer levantados, parecían sostenidos por grandes pinturas agrietadas y descoloridas en el adobe viejo, aunque aún conservaban una alegría misteriosa. Afuera, los niños hacían eternas rondas de ilusión autocinética y la luz cruzaba la habitación de la misma manera por siempre y desde siempre. Cada mañana, el olor de la leña prendida impregnaba los corredores entre el ajetreo de la cocina. Los murmullos hacían cada instante sugerente, a veces con cantos, otras con lecciones repetidas: todo sucedía y nada escapaba a sus sentidos. Podía imaginar a cada niño, cada libro abierto a la luz de altas ventanas que se abrían a campos y a lomas y a bosques de avellanos regados por vertientes. Y los aromas llegaban por las grietas de la vieja puerta, convertidos en días lluviosos o sudor de caballos que cortaban la noche. ¡Cuánto ahí no se proyectaba a esa vida!, para luego rendirse a la hora de las ánimas. ¡Cuánto no respiraba entre las cuevas que forman las zarzas!, y quizá no todo sucedía allá afuera, quizá todo sucedía ahí dentro, en el reposo de su habitación penumbrosa, atravesada por haces luminosos, y fueron sus oídos, su olfato, sus ojos abiertos y custodios los que sembraron los campos, los que avivaban las viejas pinturas en los muros del adobe. Pero nada de eso puede descubrirse, imaginarse o comprobarse del todo, como nadie puede comprobar sus (1) cabalgatas en la penumbra del invierno, de pueblo a pueblo, de misterio a misterio frente a la boca gigante del océano.

(1) La manta de castilla abrigaba su cuerpo de la lluvia costera, mientras, en medio de la noche, cabalgaba por los accidentados caminos de aquellas costas. Había comenzado a hacer clases en esa lejana escuela y a aprender del silencio invernal de la noche. En la obscuridad, solo el sonido de los cascos del caballo atravesaba la existencia, mientras los cuellos parados de su manta parecían llevar un jinete acéfalo, sobre una tierra apenas existente.





*Artista invitado*

Pedro Lemebel, 2014

Primer matrimonio igualitario, Ley de Unión Civil,

Playa Cartagena, 2017.

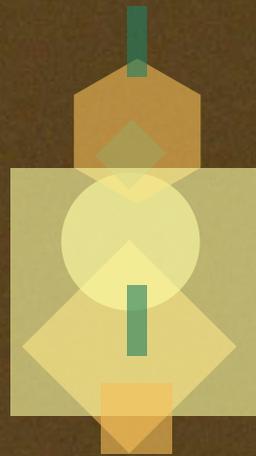




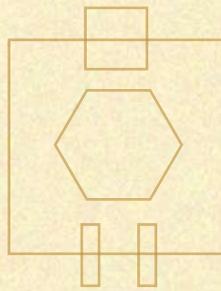




S7



# POETAS INVITADOS



# Mariela Dreyfus



*Perú*

*De Arúspice rascacielos. Poesía selecta. Selección y  
prólogo de José Luis Rico. Lima, PEISA, 2021.*

## TODOS SABEN QUE VIVO, QUE RESPIRO

### 1.

Quieto. Descubre la pastosa consistencia de mi lengua,  
este placer amargo que sin pensar te entrego.

Y te entrego un secreto:  
mis secreciones sigilosas fluyen  
de la salud al mal.  
Oscuro túnel, vena donde se agita  
este líquido enfermo, que cada dos por tres  
una de blanco ha de pulsar, mientras aprieto el puño.

### 2.

Hospitales. Un olor a lejía  
invade sus paredes verdes.  
Allí, bien pueden salvarte la vida  
o quedarse con tus huesos para siempre.

Y aquí está mi osamenta.  
Éste es el débil cuerpo que pasean de consulta en consulta.  
Éste el espectro que concede:  
estira la lengua, respira profundo, relaja las piernas, escupe.

Un Cristo divinamente clavado en la pared  
proyecta el sufrimiento hasta su límite.

### 3.

Llevo años luchando tras la imagen que acierte  
con este malestar.  
La sensación de deslizarme por un terraplén,  
galerías de espejos donde un viento cruel  
me deposita en la apatía, el dolor, la soledad.

A ratos intuyo mi interior como una cueva  
cuyos tejidos se contraen y aferran  
a una forma seca.

Entonces asciende un ácido a la boca.

#### 4.

Otra vez anestesia para calmar la máquina,  
la prodigiosa máquina del tiempo.  
Años y años y la insensata gira sin parar.

Alguien me tiende en la camilla a repetir el rito:  
todo es silencio, blanco y estirado alrededor.

Ahora este cuerpo por el que anoche navegaste sin parar  
es una masa floja; un tubo de ensayo que espera el veredicto.

Media hora. Cuarenta minutos. Setenta.  
Todo el aire se carga con un solo presagio.

#### 5.

Abrir el contenido de este cuerpo no lo libraré del mal:  
absurdo rastrear lo que no asoma pero en el fondo está.

Lo viscoso, el peligro, lo fatal, ¿importan tanto?  
Ni el frío cirujano ni el escalpelo ardiente hallarán su camino.

Este corte ha logrado desatar  
ha desatado  
el frágil hilo de salud que aún me ataba al mundo.

## BUCÓLICA

Esto es lo que seduce aquí en el bosque:  
en las noches sedientas deste agosto  
podemos asomar a la terraza  
–la tela metálica es el límite  
entre el canto del bicho y su aguijón ardiente–  
y en la mesa, coja y raída en su madera  
colocar el licor que como un río  
nos mece y nos empapa y nos devuelve  
a una diáfana orilla entre las piedras  
primitivos y locos de cabellos al viento  
sentados a horcajadas en el otro  
desnudos sin prudencia ni piedad.

Mi amor escancia el vino con dulzura  
el talle de cristal aquí es mi talle  
la base tan suave y tan redonda  
mis caderas que el tacto desvanece  
mis formas se diluyen mientras bebe  
me vierto y adelgazo y agiganto  
soy el lecho y el lodo y la corriente  
el viento que empozado ya no gira  
soy la humedad, el calor y cierto frío  
que recorre las venas al cumplirnos.

Soy la sombra que niega y también da  
y el beso del insecto en el alambre.

Grávida geometría de la madre:  
senos como triángulos  
vientre circunferencia  
piernas en espirales infinitas y altas cual gaudí.

Y en medio,  
la carnosa certeza del ombligo,  
tripa que comunica el afuera

y adentro, donde un cuerpo  
invasivo se aferra a otro cuerpo.

Se colora el abdomen de azulados canales  
el matiz de las venas que bombean  
duplicado el volumen de la sangre.

Redondísima forma es la silueta  
de la madre crecida y parturienta:  
esculpida en el tiempo y la materia  
en la dermis, el músculo y el nervio.

Del pecho fluye ya el calostro río  
y el puente de la pelvis se levanta.

Pero el centro es la esfera -digo, el vientre-.  
Su convexa armonía y su balance.

Vientre: cántaro y fuente,  
esférica mansión labrada en carne.

## MATAR A UNA MOSCA

¿De dónde habrá venido, me pregunto, con su mínimo estar con esa vida que de acuerdo a Gabriel (a sus manuales) dura apenas un día o a lo sumo, una semana entera así girando, sobrevolando ciega (o casi ciega) entre lo sucio, el humo, ciertos trastos?

La miro y la maldigo: imposible cazarla a la volada. Por ahora ella gana mientras pico cebollas y tomates (jitomates) y sonrío tal vez ante la chance del tiempo generoso que le otorgo de puro desidiosa o es quizás mi mala puntería que la tiene rondándome elástica y hedionda.

Martín que es avisgado sugiere usar spray (santo remedio) pero no tengo spray y no consigo entrar en lo moderno de las cosas, la dinámica handy, todo listo, ready-made la comida, el traje, el modo de matar a la mosca embelesada.

## ES ROJA Y LE DIGO TANIA

*Para Rossella la ciclista*

en mi bicicleta vuelo hondo planeo el infinito  
de una calle acerada la monto cual montara  
un caballo a los quince sudorosos los belfos  
y la grupa el vaivén de mi cuerpo en el asiento  
me inclino hacia adelante me llevo por delante  
cierta música el paso de la gente sus recados  
los chicos que en la calle pulsán cuerdas una  
guitarra alegre algún mendigo los perros  
desatados y sin dueño en las veredas del barrio  
se acumula la mugre las comadres conversan  
de reojo me contemplan la espalda desnuda  
el verano broncea mis omóplatos llevo apenas  
una blusita mínima la brisa acaricia también  
mis flacas piernas no temo las miradas en la bici  
le doy al timbre sordo con ahínco pedaleo despacio  
se agita el corazón me salta en el perímetro cinco  
esquinas las salto a toda marcha en rumbo al mar  
bajo el acantilado soberana en picada los frenos  
apretados voy vertical al polvo a la hondonada  
cuando llego a la arena un ruedo de pelícanos  
me espera un trago en la casaca o en el casco  
mis compinches los fósforos el ron armamos  
la fogata frente al sol pero luego es la luna  
que nos mira prendemos otros fuegos subversión  
por el puro placer de rebelarnos los volantes  
mosquitos los insectos azules son de noche en la  
orilla las rayas las palabras los cabellos de todos  
guarecidos en la sombra los labios el oído mis  
compinches y yo nos abrazamos bicicletas o fierros  
retorcidos el bosque de metal es nuestra cueva después  
treparamos la colina escupimos la ciudad para que arda

## GLADIOLOS Y ALHELÍ

Papá cree que sentado ante la tumba de mamá  
ellos conversan. Le lleva flores despliega  
su sillita le cuenta de sus días sin ella tendida  
bajo tierra él la imagina idéntica como antes  
no quiere ver el paso de las horas es insólito  
el modo en que los vivos se ligan a sus muertos  
papá cree que ella incluso puede oírlo y si cierra  
los ojos así dice es como si escuchara un vientecillo  
soplándole una frase yo creo que es más lógico pensar  
que mamá le habla en sueños allí donde la ve de nuevo  
en la elegancia de sus radiantes veinte la cintura aún  
no transformada por los partos llevando alegre digna  
el traje azul de brillos que luego colgaría en el armario  
como recuerdo de algo muypreciado una noche feliz  
de carnaval donde bailaron juntos toda una madrugada  
y el tiempo fue redondo como el tango en ese baile  
hablaron de lo eterno y ahora papá sabe que no hay  
mejilla tibia la oquedad es un frío sentado allí  
al borde de la losa riega las flores pliega su vieja  
silla se santigua cuenta aún el plazo que le falta  
para danzar con madre sin soltarla.

## CONSTRUIR, DIGO

*(Joaquín Torres-García)*

### 1.

Con los dedos en alto trazo  
el asombro del mundo  
acabado y continuo como un río

Ojos rasgados  
entrelíneas de luz  
surcando el tiempo

Creo un sol de cartón iluminando  
la entraña del pez ciego  
su silencio

Creo el arco de un puente que concilia  
el vértice y la orilla, intersecciones  
entre savia y gradiente, hueso y piedra

Arúspice furioso, viejo mago, sobre el ara de Oriente  
voy hilando pictogramas en gris, signos y rayas  
y doy con la armonía en pleno sur

### 2.

Inserción en el sueño, mar y vértigo  
casa con dos ventanas una puerta y un alma  
morada en la ciudad invisible y ajena como un monte

Minúsculo en su afán otea el hombre  
con su estrella su escuadra su martillo  
infinito y cerrado en su elemento

Minúscula en su afán la mujer mora  
con su luna su copa su guitarra  
infinita y cerrada en su elemento

Una divina fórmula los guarda  
los anima engarza su equilibrio  
la desnuda medida de sus cuerpos:

Raíz de cinco y siempre cinco puntas  
milenaria ecuación proporcionando  
el pecho al corazón el ojo al labio

### 3.

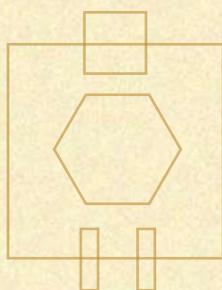
De lo inefable me sustento, de lo oculto  
persigo un resplandor una sombra que ronda  
hundida en la memoria como un ancla

Así en el acertijo voy hallando la pura coherencia  
el otro lado, instalado en el riesgo y el delirio  
con mi mapa invertido y mi sextante

Tanta claves y señas rescatadas, tanto críptico símbolo  
que alumbra: en el centro de todo está este ojo,  
este terco arquitecto que maquina

Encuétrame en el plano y en la cifra, a la hora  
que marca mi reloj, salta en mi mundo, lanza la moneda  
si no asoma la cara será cruz.

S7



Carmen Váscones



*Ecuador*

## 1

**Que no se pierda elefante gris en bruma**

Pareciera replicar sonido de flauta  
Vaivén. Aliento muerde

Repercusión partida hace de páramo  
Alpinista de alquimia *la oyente*

Marimba y arpa envuelven  
Yunque martillo y estribo  
Silencio acompaña sonrisa de Orfeo  
Invade orden. Onda tritura jaula  
Restaña música. Llega a Oriente  
Festín desata rebeldía. Alepo grita  
Dios sin pólvora sin mañoso quiero  
Somos derribadores de tropiezo  
Con una verdad o sin cofre  
Recojo frase de Almudena y doy nexo:  
*Papel delante perpetuo borrador*

Pubis de psique lleva enarbolada imagen de una vida.

## 2

**Coleccionista de imágenes recoge espejo**

Devuelta: escena suprimida

Sombra autora marchita

Desgaja anhelo

Tan humana su amatoria sin balanza

(Decidió dolor no la consuma)

## 3

**Nadie puede compartir vorágine vacía**

Amorfo confinamiento. Se balancea proscrita  
He legitimado espacio para no ceder  
Siento arroyo color sangre asienta trozo de noche  
He triturado salmo y laurel

Hoy he perdido recuerdo en sueño de muerte triunfando...  
En remolino *mal querido* rabo de monstruo acecha

Ulises en odisea embaucadora yace sitiada Troya  
Alucinación de voz manda remar a ejercito  
Puchero de oleaje ancla telar desdibujado  
Orfelinato la tierra

Coro de misa se desvanece en sonrisa de niña curiosa  
Infancia despega comiquita *malcriada*

Limbo: caricia deteniendo muerte allí  
Réprobo cuerpo por elegir tentación y duda  
Enamorado acecha dar con atrevida

Rompo traba (Adúltera culpa quiere latiguearte)

Dos condenados se dejan caer en amorío  
No sabe qué desatar o a quién liberar  
A él o a ella en ese vehemente insomnio de momo...

Episodio atrapado por personajes  
En trinchera ramaje: pasión *animalia*  
(Dos amantes juntan desvergüenza)

Salva tal gravedad.

## 4

**En algún momento estuve enamorada de mi fantasía**

Todo era amor propio empotrado en sueños de músico  
Salvación llevo dentro de mí. También destrucción

Contrapunto:

Una inquisición más gravitando oquedad del cuerpo  
Cerebro pascua de crimen anticipado  
Ha nacido angustia una vez más

Dios: *animal militia* confirma uso de municiones

Bautizo la salvación (lo han hecho guiñapo al niño Jesús)  
Y redención por seña de cruz *por los clavos de cristo*  
Me resulta vulgar treta de crucificar  
(Ningún dogma te devuelve)

Tal afecto conlleva siempre resto de *ello* sin advenir  
(Uno y tal otro sin yo toca rebote sin escapatoria)  
En faz de cadáver se rinde homenaje póstumo  
Alabado sea hijo de Tótem erguido

Holocausto nacimiento.

## 5

**Concibo pérdida de multiplicidad**

Siento sinfonía cántaro recoger pegadiza plebe  
He levantado abismo. Saca de casilla a tosca fantoche  
Picahielo punza maqueta planeta...  
Palabra talla colmillo (Pertenezco al silencio) -Lo interrumpo-  
Demarca alma por si acaso tenga

Mensajero cabecilla ese *Eros* alardea comodín flechado  
Cofradía de poros: antecesor de homo *erectus*  
Gameto: se autodestruye. Carece esqueleto lo inapresable

Desentierra avatar: Eros banquete del caos  
 Mientras viva mi cuerpo será mi única pertenencia  
 Prívate acusar por las puras (No soy tu usufructo) Atenta a...  
 Materia bastarda desordena *frágil paz*. Peligra Cupido frente al amor  
 Titubea curiosa. No pudo más. Psique desnuda su rostro imberbe  
 Aquel deja notar malestar de perderse en extravío de esa *simple mujer*  
 Deja aparecer miedo al arrancarle secreto. Al mirarlo: ella destapa identidad  
 Ceguera de tal uno en lo insoportable deshabitándote: (No volver a verlo)  
 Afrodita rivaliza con desdichada antropomorfa puesta al abandono  
 A la intemperie la dejan progenitores. Céfiro la resguarda  
 La hija de la castración dio orden a *su ayudante* le lance flecha  
 A la fugaz abandonada para que se enamore de hombre repelente  
 Ella no contaba con la contraria del agitador de flechazos  
 Él quiso emanciparse de la nacida sin infancia  
 Resguardándose con perseguida donde no llegue nadie  
 Nace en Psique *imagen mórbida* que le provoca incumplir a Eros  
 (Doble traición: él a la indomable Afrodita y Psique a él)  
 Heridos por siempre en carnada sin canibalizarse  
 No se *olvidarán jamás*. Ambos tocaron acertijo vacío entre dos...  
 Sopló de odisea al *escapar* del *cadáver*  
 Al abrir cofrecillo la envuelve sueño estigio  
 Va tras pasos de expulsada aquel  
 Protógono cautivo hasta las patas con ella se deja estar  
 Limpia la muerte pegada en ojos de aquella  
 Se las juega: quiere unirse con la *errante*  
 Eros toca la misma nada. Para salvarla enamora la vida  
 (Monstruo del oráculo chapotea en brazos de ambos)

Entre tanta rebelión y fábula rueda irrefutable nada.

## 6

### Ausencia: vestuario de cábala

Nudo timbal aquella polifonía fragmentaria  
 Afrodita una Yocasta con cuerpo de esfinge  
 Interrumpe paso a Eros acorralado por emboscada  
 En cuestión su procedencia después del caos  
 Ella desde inicio y luego manoseada por trampa del Olimpo

Caja negra o pandora entra a sonajero de lío fantasmal  
 Anudados en angustia híbrida y analfabeta  
 (Guardador acampa bajo campiña con puño apretado)  
 No más Edipo criminales taimados. Oráculo igual a cuerpo  
 No más ceguera en menos y más...  
 Hablas de amor sin yugo. Desnuda memoria respiras  
 Pulso burbuja de árbol rehúsa le arrebatan tronco

Simone vacía. Arcada acomete diario *de una guerra*  
 En cubierta relato despeja *mujer rota*  
 Sartre se atraganta con *la nada*

Deletrea Eros. Psique sin yo *evidencia lo intramitable*

Vomita antojo. Repugnancia. Estrago. Buche rasga  
 Pacto de tentaciones. Regla de ofidia no es la mía  
 Menstruación y óvulo no es servil a litigio de Eros:  
 Complejo poro libertario ¿fértil o infértil?  
 ¿Quiere escapar de piel? (No me arrastro por nadie)  
 Episodio lícito e ilícito

Solicita cita con la vida *sonora matancera*  
 Para no perderse en simular confrontaciones

(Conflicto: toda historia de enamorados colapsa)

Mínimamente.

## 7

### Soñar desacomoda

Cuesta despertar cuando Kafka con su Samsa...  
 Insomnio: piso del pensamiento a carbonizar  
 Refriego ojo del día sin territorio  
 (Sol extraviado se adhiere en página luna)  
 Despego hoja nómada. Pregunta huraña. ¿Tiempo duerme?  
 ¿Quiere saber *la impura*?

Adúltera pesadilla quiere robarte

Ola suicida hace entrada triunfal

Navegación disipa rendición de astrónomo  
Leyenda desaparece en párpado perseguidor  
Adversa criatura remolca confabulaciones  
Deriva solitaria apunta lo indecible

Enrosca remitente  
Desidia envuelve manuscrito  
Atrapa restaurador  
Figura bracea

Abyecto cabezazo.

## 8

### **Muere yo enmascarado**

Descubre insignificancia  
Sin anzuelo destraba lengua  
Radicaliza estregón fantasía

La que escribe repara barca de Caronte  
Despeja huella errante  
(Falta o falla deja de mortificar a letra)  
Provoca malestar estado críptico

Espejo ignora aquí entre nos  
Nos burlamos de estúpida careta  
Acosa modelo estándar

Ella llena de tachones cuerpea  
Hace triza maniquí de eros  
Psique ríe de ocurrencia

(No dejo petrifique actora con papel quejoso)

## 9

**Mi cuerpo perforado de metáforas**

Refrenda autora múltiple de una

Atrás de camerino niña riñe

Extermina a títere

(Acodera cuento sin había una vez)

Desarma figura conflictiva

Desata nudo del zapato

Plantilla pilla dedo escapándose

En orilla ensaya despedida

Mar desalinea escenario.

## 10

**Desamolda personaje**

Día desmadre. Lapso sin regazo

No me canso de mí. Dudo...

Me llena de horror pensar pueda saturarme de ella

Estoy al otro lado inadecuadamente cerca

Da manotazo a hurgón espejo

Sale alimaña guasona con esquelético naipe...

Cada uno revierte asfixia

Penar no es característica mía

Rasgo reflejo para vaciar mudez: rezago narciso

## 11

**Muerte: próxima vida -Mejora o menoscabo-**

Ni un tantito deja en paz (Teatro desaparece si...)

Conflicto sin nudo acecha hosco

Única falta sin cuadrar (Personaje falla)

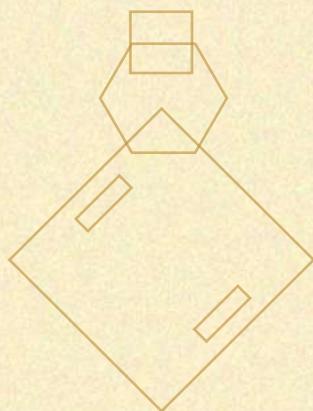
Actriz principiante atrofia rol a protagonista  
Al leer *la humillación* del judío

¿Quién se atreve a ser su propio pastiche?  
Escribe variante final para interprete  
De sopetón autor se pierde en *mancha humana*  
Demasiadas armas circulan para qué una más  
Dando alpiste a esos acorralados en pellejos  
Iluso no seas leño del árbol picadillo  
Chispa adulterada penetra agreste  
*Gota de aceite cae hirviendo en cara de Eros*

(El amor no se engendra ni es reparto ni es parche)  
Delito genealógico contrincante reclama a nacimiento  
Clama renacer sin remordimiento sin tronchamente  
Sin atascamiento al retorno de escenario montaraz

Libre o prisionero de la tierra por rato  
Nunca saldrás de ella *criatura mansa* sentencia Quiroga

Bastarda existencia desterrada luego arraigo o expulsar.



Julio Barco



*Perú*

## UNO BUSCA LLENO DE ESPERANZA EL CAMINO DE LOS...

Hoy no tengo ganas de hacer nada. Nada.  
Tan solo regocijarme en sentimientos comunes:  
una taza de café, una ventana pálida, unas manos.  
¿Es el amor lo que perseguimos ansiosamente  
o es el cuerpo que se marchita y muere?  
Me espanta recobrar tu calor.  
Las luciérnagas han huido de mi barrio  
y no tengo con quién compartir esta terrible inocencia.  
Mis amigos me buscan para beber cerveza  
pero ya no siento esa urgencia.  
Mi poesía se pasea en algunas páginas web.  
Da igual si usa tapa dura o tapa blanda.  
Veo el cielo, comparto los movimientos de algunos astros  
pero su geometría me es irreductible.  
Quisiera que hoy se acabara todo. ¿Acaso no  
será así en algún momento?  
¿Acaso no seremos polvo entre polvo en medio de galaxias e infinitos?  
Me ato los zapatos. Veo una mariposa blanca  
deslizarse por las bodegas y pienso en el fracaso.  
30 años y sigo tomando café por las mañanas  
no tengo autos que lavar los domingos ni ganas de tener uno.  
Bendigo sí, no tener aftas bucales  
y poder andar más de 10 kilómetros sin cansarme.  
Anhelo algo tierno, que no sé qué es.  
Las flores trazan su propio idioma.  
La muerte me da risa.  
Me da risa que se muera el gran señor y el que vende  
limones afuera del mercado.  
La balanza es una.  
Me da risa que no quede nada de nuestros gestos.  
Que nuestra lengua se seque como un guijarro.  
Y que nadie sobreviva más allá de ciertos años.  
¿Qué sé yo de estar vivo?  
Miro y me asombro: tengo intestinos y células, ¿qué  
sé yo de dónde está el bien o la división metafísica de los astros

que me habitan?  
Sé que al cumplir 31 años no me separaré de mis abismos.  
Sé que me espera lo mismo:  
algunas avenidas solitarias y la garúa en los ojos.  
No quiero ser productivo  
quiero mirar las nubes.  
No quiero llegar temprano  
quiero abandonarme al viento.  
No quiero permanecer mil años vivo  
quiero la muerte,  
que la muerte bendiga el fuego que me habitó.  
Quiero pájaros los martes  
y el miércoles un río de dientes de león flotando.  
Yo sé que todo es  
soñar la vida, morir la muerte  
y nada más.  
No quiero ser un tractor  
alisando los terrenos erizados.  
Quiero el candor de la mariposa que vuela  
soñando con ser eterna.  
Bajo de un bus y camino frente al hospital  
Bravo Chico.  
Este hospital le sirvió de inspiración a Valdelomar  
Y escribió La ciudad y los tísicos.  
La única forma de sobrevivir  
al Perú es ser como todos los peruanos, pienso.  
Y no hay salida.  
Estoy atrapado a los puentes y a los lunares  
de las muchachas en flor.  
¿Qué me queda de la vida?  
Dudas, amargor, dulce tristeza.  
Eso ha sido el arte.  
Y ahora debo volver a casa solitario.  
Nadie es dueño de mi mente:  
abro la ventana del bus y las nubes se extienden en el cielo.  
La soledad es una música traicionera.  
Regresar a tu cuerpo es volver a otra danza.  
Cuando el orgasmo acaba, todo se silencia.

Los cuerpos buscan enroscarse un instante suave y luego,  
como nubes, desaparecen de lo celeste.  
Quiero huir de mis sentimientos.  
Huir de mi corazón ambivalente.  
Algunos creen que el problema son los astros y otros que el capitalismo.  
La hierba crece ajena a cualquier elucubración.  
La destrucción mental existe.  
La destrucción nos habita.  
Miles de cajas de cerveza se bajan de camiones.  
Saber las 12 casas astrológicas no cambia nada.  
Las hojas caen.  
Los domingos se bebe escuchando cumbia.  
Nadie es dueño de mi mente:  
no hay límites, dijo Lennon, antes de ser asesinado.  
Y yo arranco algunas hojas del parque.  
¿Acaso ignoro que la muerte es nuestra única sombra?  
Fracaso, todos los días fracaso.  
Todos los días me digo que seré mejor que ayer  
pero sigo bebiendo con muchachas locas  
y sigo pagando  
dinero por ceviches que inútilmente calman mi vacío existencial.  
Sigo empujando taxis  
que se malogran en el Malecón Checa.  
Sigo perdido, navegando sin remedio por páginas webs.  
Sigo, sin embargo, cuidado de no domesticar mi lado salvaje.  
¿Acaso sirve de algo ello?  
¿Qué más da si te quiero hoy y mañana no?  
¿Acaso amarte en este instante es menos importante que hacerlo  
durante 15 años?  
¿Acaso sentir deseos de ti un instante es menos  
que respirar tu nombre eternamente?  
Todo lo que es eterno es consecuencia del aleteo leve  
de lo frágil.  
Yo te quiero en lo que no dura, te quiero en lo que no es eterno:  
en las hojas que se marchitan y mueren,  
en los niños que conocen el lenguaje de la muerte,  
en las gotas inútiles de la garúa.

## LOS COLORES

A veces amanezco triste y azul  
como un bolero que alguien loco de ebriedad pone en un bar.  
Y suenan mis huesos entre las avenidas  
con una lenguaje sutil e inútil.  
Amanezco triste y azul  
entre señoras que venden pan con palta y buses viejos que  
atracan en las avenidas.  
No hay nadie con tiempo para sentirse triste  
hay que llenar los baldes y subirlos a los cerros. Hay que  
limpiar las veredas. Hay que cortar el  
pelo al perro  
Y dar vueltas entre los puestos de legumbres buscando un kilo, un descuento,  
una esperanza para afrontar el almuerzo.  
Hay que merecer un título, triturar los dientes  
en el cemento, hay que seguir el deber.  
Y los locos andan solos.  
Y los viejitos venden alfajores en los buses.

¿Qué tristeza cargan mis compatriotas?  
¿De qué color es ay la tristeza del señor que vende limones?  
¿De qué color es ay la tristeza del señor que maneja un bus?  
¿De qué color es ay la tristeza de la viejita que vende gelatina de colores?  
¿De qué color es ay la tristeza del niño huérfano que vende galletas?  
¿De qué color es la tristeza del loco que vagabundea afuera del mercado?  
¿De qué color es la tristeza del joven amanerado que trabaja en la botica?  
¿De qué color es la tristeza de la muchachita cajera que pasa las tarjetas de crédito?  
¿De qué color es la tristeza del joven que acomoda los helados en la heladera  
de la esquina?  
¿De qué color es la tristeza de la muchacha que trabaja en la bodega?  
No sé. Hay tantas tristezas,  
pero una sola felicidad: el verde del dinero.  
El verde que te quiero verde en mi bolsillo.  
El verde o el naranja o el amarillo o el azul de otros billetes.  
Y yo, claro, quisiera pintar con otros colores algo bonito para todos.  
Un cuadro de esperanza.

Pintarle de azul los ojos a los que fríen arroz, escribir de amarillo  
la risa de los ciegos.  
Y no tener tanto azul los lunes, sino también el rojo, el celeste, el amarillo del sol.  
Yo quiero pues tomar todos los colores en las manos  
y pintar mi tristeza de verde y darle toquitos de celeste,  
y pintar la tristeza de todos de muchos colores, como un arcoíris luminoso,  
y pintar de verde la tristeza de los niños que no son amados,  
y pintar de lila la risa de los enamorados  
y pintar de anaranjado el pelo de las nubes  
y pintarle una sonrisa furiosamente amarilla a todas las tristezas.

La depresión es un pez amarillo

La depresión es una casa en la esquina  
Es un cielo lila  
Es amar el color amarillo  
La depresión es hablar de tu depresión  
en las Ferias del Libro  
Caminar sin otro amparo que  
las vacías vitrinas del éxito.  
Es sufrir, es sufrir, es sufrir.  
Necesidad de andar solo  
En el desvarío del arte.  
Cercando el ecosistema de la realidad.  
¿Qué más da este sufrir  
si todo es belleza?  
Veo a las aves encima del atardecer de Lima.  
Ciudad de invierno  
con bruma lila sobre los árboles enjutos de la avenida  
28 de Julio.  
Ahora todo tiene sentido.

## BUSES

Y los taxis colectivos paran en las esquinas antes del semáforo.  
Olvidamos todo lo que callamos.  
Callamos todo y en ese éxtasis  
oscuro nuestros ojos se abren.  
Quiero la soledad de los columpios  
mojados por la llovizna.  
No cerrar los labios frente a los tuyos.  
¿Dónde enterraré este deseo  
insatisfecho de aire,  
de fuego, de viento,  
dónde enterraré mi anhelo  
de carne  
el absoluto aburrimiento  
que soy?  
El saber que todo  
finalmente será polvo y olvido  
acaso hace que me fatigue sentir  
tanto amor hacia  
lo más simple.  
Cierro los ojos y callo  
dentro de otro poema.  
En este poema hay algo  
de la felicidad del año pasado.  
Algo complicado de capturar  
con palabras.  
Y todo es neblina.  
Y la neblina choca contra nosotros.  
Habla un lenguaje averiado.  
Y todo este poema es  
algo del lenguaje averiado de la neblina.  
Años difíciles: 2022  
y el silencioso animal que me habita.

## POEMÁTICA POSPANDÉMICA

Buscando concursos de poesía  
Tratando de sobrevivir en esta Realidad  
Elevando el pensamiento sobre la tarde. Acabas  
de apagar un fósforo y piensas en Literatura.  
No serás nada si no tienes un título profesional  
piensas recordando la perorata diaria de tu familia.  
Había regresado oscurecido como un astro  
y ahora navego entre los días desperdiciados.  
La felicidad será o no será un concurso bien ganado:  
con fotos en el diario y dinero en el bolsillo.  
La poesía se torna un espasmo diurno: un revólver  
para terminar de agujerear la realidad.  
No me miren, también me avergüenza la escritura de los jóvenes académicos.  
Nuestro sistema resuelve su propio problema hundiéndose.  
Buscamos ganar concursos para no terminar en la calle  
trabajando en otro tipo de cosas.  
Aunque lo real (lo verdadero) sería buscar un trabajo y ganar un sueldo.  
No poner tu destino bajo una alfombra de pétalos húmedos.  
Estoy cansado de todo. No resuelvo nada. La poesía  
es o no es y yo no pienso seguir convulsionando para saberlo.  
¿Pienso vivir de la venta de mis libros?  
He roto para siempre todo el poder del discurso artificial sobre mí.

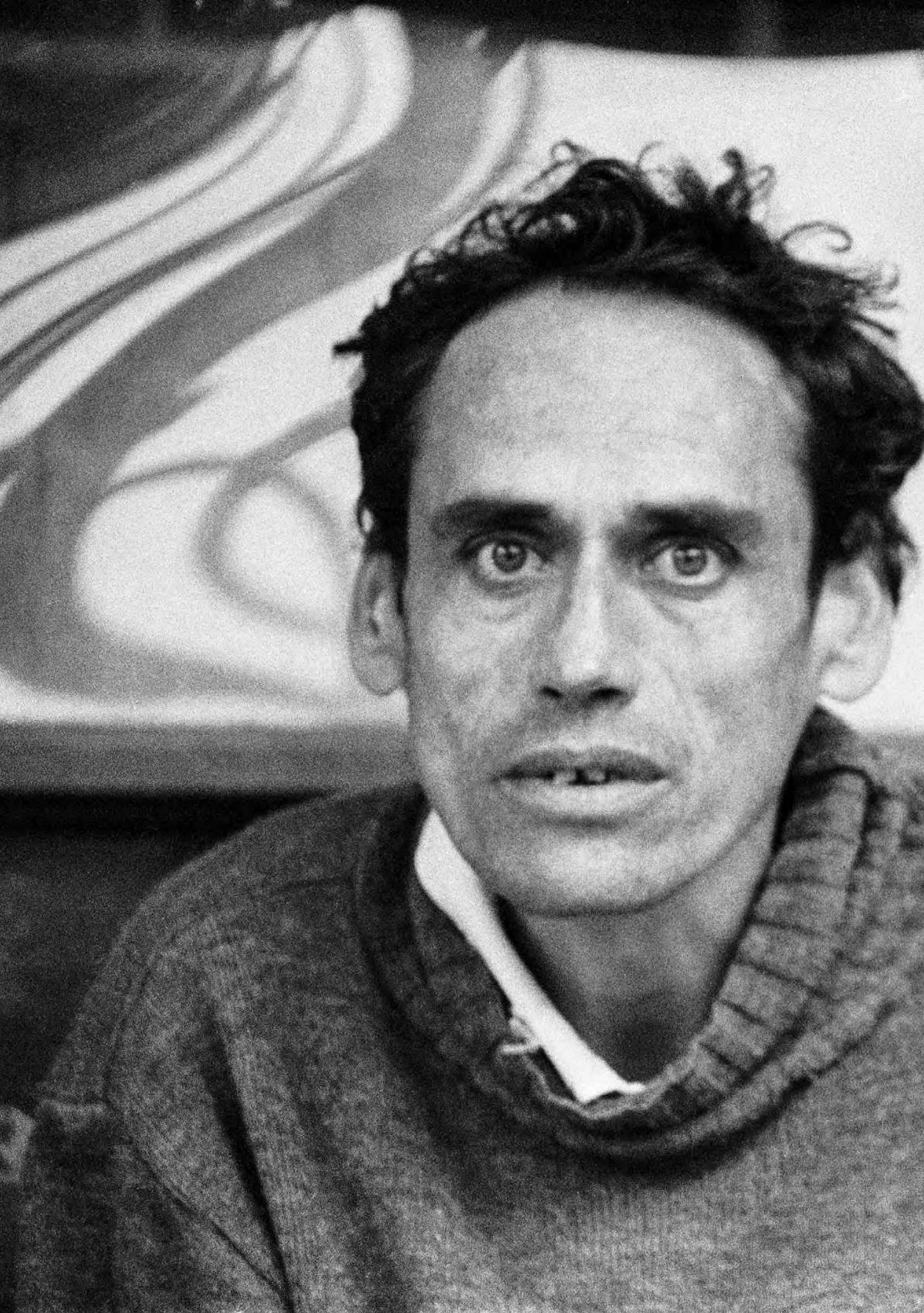


*Artista invitado*

*Hombres en el Hospital Psiquiátrico, 2011.*

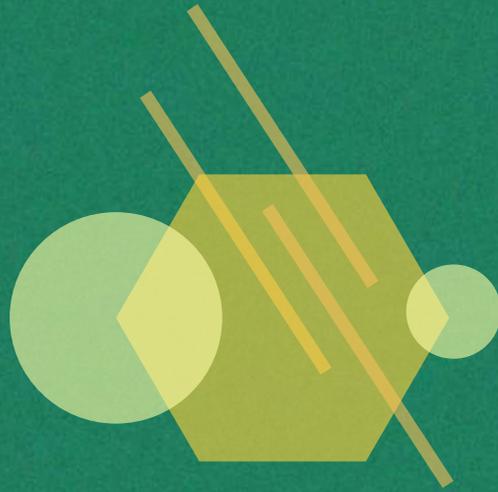
*Hombre solo en el Hospital Psiquiátrico, 2011.*



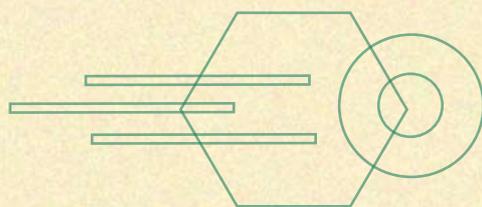




S7



ENSAYO



# Destellos neobarrocos en Chile y en la poesía de mujeres chilenas<sup>1</sup>



*por Alicia Salomone*

---

1 Este texto es una versión revisada del artículo publicado en 2021 en el Dossier Nuevas Lecturas sobre Poesía Neobarroca en Nuestra América, editado por la Prof. Marcela Crespo e incluido en Granma 32(66), revista de la Universidad del Salvador, Buenos Aires, Argentina. Ver: <http://portal.amelica.org/ameli/journal/260/2603030037/html/>

### Resumen / Abstract

El objetivo de este trabajo es revisar críticamente las líneas del debate en torno a lo neobarroco en la literatura chilena contemporánea, indagando en la pertinencia de este concepto para caracterizar un conjunto de escrituras poéticas. En este marco, se analizan las trazas o destellos neobarrocos que aparecen en la producción poética contemporánea de mujeres, observando en particular los poemarios *Sayal de Piel* (1993), de Carmen Berenguer, y *Albricia* (1988) de Soledad Fariña.

*This essay reviews key dimensions of the discussion about the neo-baroque aesthetic in the contemporary Chilean literature, evaluating the pertinence of that concept to characterise a set of poetic texts. It analyses neo-baroque traces or sparkles in contemporary women's poetic writing, focusing on two poetry books: Sayal de Piel (1993) by Carmen Berenguer and Albricia (1988) by Soledad Fariña.*

### Palabras clave / Keywords

Neobarroco, poesía neobarroca chilena, poesía de mujeres, Carmen Berenguer, Soledad Fariña.

*Neo-baroque, Neo-baroque Chilean poetry, women's poetry, Carmen Berenguer, Soledad Fariña.*

### 1. Introducción

El debate sobre el neobarroco ha sido una presencia constante en la crítica latinoamericana desde los años 1990, cobrando particular intensidad desde la publicación de dos antologías de relevancia. Por un lado, *Caribe transplatino. Poesía neobarroca cubana y rioplatense* (1991), editada por Néstor Perlongher y publicada en San Pablo (Brasil) bajo el

sello Iluminuras. Por otro lado, *Medusario*. Muestra de poesía latinoamericana (1996), compilada por Roberto Echavarren, José Kozser y Jacobo Serami para Fondo de Cultura Económica en México<sup>1</sup> Ambas obras establecen genealogías que muestran cómo las definiciones surgidas en el Caribe desde los aportes de Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Severo Sarduy, se extienden a otros espacios del continente, donde adoptan fisonomías nuevas y responden a desafíos específicos.

En la Argentina, el término *neobarroco*, ideado por Néstor Perlongher, ha funcionado como “una categoría crítica y creativa” (Galindo, 2010) que nombra un corpus poético significativo, que incluye obras del propio Perlongher y de poetas como Tamara Kamenszain y Arturo Carrera, entre otros/as. En el Uruguay, Roberto Echavarren, Eduardo Milán, Eduardo Espina y Marosa Di Giorgio se alzan como los representantes destacados de un neobarroco que dialoga con la orilla occidental del Plata. En el Perú, esta estética se visibiliza en la poesía de Rodolfo Hinostroza y Mirko Lauer, entre otros/as, y en el neovanguardismo del movimiento Hora Zero. En Chile, sin embargo, el debate sobre lo neobarroco no cobró intensidad sino hasta hace poco, aunque, como señala Oscar Galindo, *Medusario* ya había incorporado a ciertos poetas como Raúl Zurita y Gonzalo Muñoz, y *Pulir Huesos*, la antología de Eduardo Milán, incluía a Diego Maquieira y Paulo de Jolly.<sup>2</sup> A estos últimos, Milán les otorga un papel decisivo “para explicar procesos relevantes de la poesía latinoamericana. El empeño desmitificador e irónico en el primero y la cultura vista en el prisma del tiempo en el segundo” (Milán, 2007, citado en Galindo, 2010).

En este marco, me propongo reflexionar a partir de dos líneas. En primer lugar, presentaré algunos ejes del debate contemporáneo en torno a lo neobarroco en Chile. En segundo lugar, indagaré en las trazas o destellos neobarrocos que aparecen en la producción poética contemporánea de mujeres, enfocándome en particular en los poemarios *Sayal de Piel* (1993), de Carmen Berenguer, y *Albricia* (1988) de Soledad Fariña.

---

1 Como señala Echavarren (Echavarren et al., 1996: 7) en la “Razón de esta obra”, *Medusario* reconoce como antecedente no solo la antología de Perlongher sino también la titulada *Transplatinos* (1990), la que él mismo había compilado en México sobre poetas rioplatenses.

2 Desde comienzos de los años 70, Pablo Jolly desarrolla un proyecto poético en el que asume la voz de Louis XIV, escribiendo confesiones y memorias. Como explica Megumi Andrade (2015), se trata de un conjunto de poemas que se difundieron separadamente, algunos de los cuales fueron compilados por la editorial santiaguina Tajamar en 2006. Refiriéndose a esos textos, Andrade señala que, mientras otros poetas escribían “sobre torturas y desapariciones, Paulo de Jolly le cantaba a los amplios jardines del Palacio de Versalles y enaltecía ideas relacionadas con la voluntad de vivir, la luminosidad de los espacios y lo apacible de la vida de corte”, legitimando al mismo tiempo el autoritarismo político (51).

## 2. Las derivas de un término: entre el *neobarroco*, el *neobarroso* y el *neobarrocho*.

No existe todavía algo así como un canon de la poesía neobarroca chilena, aunque hay poetas como Diego Maqueira, Pablo de Jolly y Raúl Zurita, narradoras como Diamela Eltit (Perlonguer, 1993: 58-9) e incluso cronistas como Pedro Lemebel (Bianchi, 2015) que aparecen mencionados tempranamente en antologías y estudios. Sin embargo, como sostiene Matías Ayala (2012: 42), su inclusión no siempre se acompaña con una justificación clara.

A partir de 2010, la discusión cobra mayor intensidad, según lo demuestran los estudios realizados por Oscar Galindo (2010), Matías Ayala (2012) y los trabajos compilados en el dossier publicado por la *Revista Chilena de Literatura* en su edición N° 89 (2015). Galindo dedica un análisis a *La Tirana* (1983) de Diego Maqueira y a *Cipango* (1992) de Tomás Harris, dos obras principales producidas en la década de 1980, incluso en el caso de *Cipango* que se publicó posteriormente. Galindo explora en la discursividad neobarroca en estos textos, pero lo hace desde una “acepción más bien restrictiva”, en tanto no procura configurar un canon. Por el contrario, se limita a observar cómo en estos poemarios se resignifican algunos de los “tópicos más significativos” de la tradición barroca.

*La Tirana* es un poema largo en tres partes que escenifica una figura autoritaria que alegoriza a quien en los años 80 ejercía el poder dictatorial, iluminando, al mismo tiempo, la herencia colonial y neocolonial en la cultura chilena. El discurso poético procede desde el despliegue expansivo y disolvente de un símbolo sobrecargado de significados, como lo es el de *La Tirana*. Este es el nombre de un pequeño pueblo del norte de Chile, donde anualmente se celebra un carnaval sincrético dedicado a la Virgen de la Tirana. Sin embargo, en la diégesis del poema ese significante se resignifica como una mujer que oscila entre lo alto y lo bajo, entre la santidad y la perversión, configurando una suerte de ícono que atraviesa de manera transhistórica la trayectoria del territorio. Es el propio personaje, en el poema “*La Tirana I (Me sacaron por la cara)*” con el que se inicia el libro, el que se autodefine desde aquellos parámetros contradictorios:

Yo, La Tirana, rica y famosa  
 la Greta Garbo del cine chileno  
 pero muy culta y calentona, que comienzo  
 a decaer, que se me va la cabeza  
 cada vez que me pongo a hablar  
 y hacer recuerdos de mis polvos con Velázquez.

[...]

Y es verdad, mi vida es terrible  
 Mi vida es una inmoralidad  
 Y si bien vengo de una familia muy conocida  
 Y si es cierto que me sacaron por la cara  
 y que los que están afuera me destrozarán  
 Aún soy la vieja que se los tiró a todos  
 Aún soy de una ordinariez feroz. (Maqueira, 1983: s/n)

Según Galindo (2010), esta figura enuncia desde “una lengua mestiza en cuya inestabilidad se cruzan las voces y los tiempos”, evidenciando a la vez que esa lengua reprimida cuestiona el poder que la ha violentado. Retomando una lectura previa de Pedro Lastra y Enrique Lihn, el crítico concluye que el tropo clave en el poema es el oxímoron, pero con él no se busca referir algo inefable, sino evidenciar “en la profanación y la herejía, la imagen de Chile como lugar ominoso”, la historia como involución y, en definitiva, la negación del macrorrelato del progreso.

Por su parte, *Cipango*, de Tomás Harris, otro poema largo y narrativo, se articula a partir del motivo del viaje del descubrimiento y la conquista, para expandirse en múltiples direcciones. Describe el trayecto del sujeto lírico por una ciudad sureña -Concepción y su barrio Orompello- en los desolados años 80. No obstante, es también un viaje en el tiempo que conecta pasado y presente, y un corrido autorreflexivo a través la tradición literaria nacional e internacional. El poema “En aquella mar fecha sangre” sintetiza estas perspectivas mediante una suma de referencias culturales y literarias, entre las que destaca el soneto “Miré los muros de la patria

mía” de Francisco de Quevedo<sup>3</sup>, que connota el espacio ruinoso desde el que enuncia el hablante y su propia emoción desesperanzada:

Despertó en la última calle de Concepción,  
 miró los muros de la patria suya,  
 si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
 ahora se abría el vacío,  
 un vacío que era una ventana,  
 una ventana como túnel, velocísimo,  
 este túnel desemboca ya en el hielo, ya en el silencio:  
 el panorama era un mar en calma,  
 petrificado,  
 fluorescente,  
 engañoso,  
 azul, azul de violencia contenida; (Harris, 1992: 102)

El poema de Harris se construye mediante fragmentos de trayectos tramados desde una visión intensificada y montados cinematográficamente, dando forma a “un relato circular y siempre inconcluso” que expone “la obsesiva búsqueda de Cipango, del oro, de la promesa del amor, del paraíso, pero desde una visión degradada” (Galindo, 2010). De esta manera, fluye el recorrido alucinado de la voz poética por un territorio baldío (Sepúlveda, 2013: 18), apelando al sueño, la fabulación libre, la fantasía y el deseo liberador, y desplegándose desde una estrategia distorsionante, metafórica y metonímica (Rojo, 1996: 19).

Junto con el trabajo de Galindo, otros estudios retoman el debate sobre el neobarroco en Chile a lo largo de los años 2010. Matías Ayala (2012), partiendo de las teorizaciones de Sarduy, Perlongher, Echava-

---

3 “Miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes ya desmoronados, / de la carrera de la edad cansados / por quien caduca ya su valentía.” Ver: [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/antologia-poetica--39/html/ffa6b3fe-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html/marca/francisco+de+quevedo+mir%C3%A9+los+muros#205](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/antologia-poetica--39/html/ffa6b3fe-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html/marca/francisco+de+quevedo+mir%C3%A9+los+muros#205)

rren y Milán, indaga en la categoría, reflexionando sobre sus implicancias en tres niveles: cultural, textual y político. A nivel textual, Ayala destaca la presencia de rasgos tales como la artificialidad, la ornamentación y la falta de transparencia del lenguaje: “la conciencia del código abre el hueco entre el poeta, el lenguaje y el mundo en donde el énfasis recae [...] en el sistema y no en el sujeto” (2012: 36). A nivel cultural, propone que, mediante el artificio y el exceso, la intertextualidad y la parodia, el neobarroco deconstruye la oposición binaria entre copia y original, y desplaza el interés desde las identidades fijas hacia “su desfiguración, lo inarmónico, el desequilibrio” (2012: 37). Finalmente, por esta vía, Ayala descubre que el neobarroco se abre a la política y la reivindicación de las diferencias, particularmente en la línea de las teorizaciones *queer* y feministas.

El ensayo de Ayala, sin embargo, deja en suspenso la apropiación o resignificación de la categoría en el espacio chileno. Esta indagación es respuesta, en 2015, en el dossier compilado por Luz Ángela Martínez y Bernardo Subercaseaux para la *Revista Chilena de Literatura*. La convocatoria buscaba establecer cercanías y diferencias entre expresiones neobarrocas chilenas y latinoamericanas, abordando su evolución a través de una diversidad de géneros: poesía, narrativa, cine, artes visuales y música. Entre los estudios más lúcidos, se cuenta el de Soledad Bianchi, quien reflexiona sobre el desplazamiento de lo neobarroco en el contexto chileno. Para nombrar esa diferencia, la autora utiliza el término “neo-barrocho”, que había propuesto en 1995 para leer *La esquina es mi corazón*, de Pedro Lemebel. Es un término que retoma la noción perlonghiana de neobarroco, pero que la relocaliza identitariamente en territorio chileno.

Para Bianchi (2015: 325), el neobarroco “pierde [en Chile] el fulgor isleño y la majestuosidad del estuario trasandino”, para “ensuciarse con las aguas mugrientas del río Mapocho que recorre buena parte de Santiago”. Desde su perspectiva, las crónicas de Lemebel, donde se escucha el resonar pedregoso del río, podrían considerarse barrocas, no solo por las múltiples sustituciones, proliferaciones, condensaciones, citas y parodias, sino por su percepción de “[las] numerosas pérdidas [...] desesperanzas y decadencias, apuntadas con tono triste, con dejos melancólicos, encontrándose y contemplándose, sin anularse, con la ironía, la parodia, el humor el exceso, provocadores de sonrisas y hasta de risas”. De esta forma, Bianchi descubre una política tras el exceso, densidad y torsión en la palabra lemebeliana: sus crónicas refieren algo que va más

allá de la superficie textual y que apunta a una crítica profunda, “como de fin de fiesta, a esta sociedad tan neo-liberal, pero tan poco libre y liberada” (Bianchi, 2015: 324).

Por otra parte, Soledad Bianchi también propone expandir las coordenadas espaciales, temporales y textuales del término *neo-barroco* para abarcar en este arco estético no solo las crónicas de Lemebel sino también las producciones narrativas de José Donoso y Diamela Eltit; la poesía de Diego Maqueira, Raúl Zurita, Tomás Harris y Javier Bello; la dramaturgia experimental de Alfredo Castro y Ramón Griffero; e incluso la producción visual de Demian Schopf en “Los tíos del diablo” (2013)<sup>4</sup>. Esta última, es una obra fotográfica que retoma el motivo de La Tirana, pero lo resitúa en una escena contemporánea de intensos contrastes. De esta forma, en las imágenes de Schopf, los coloridos vestuarios de los bailarines de la diablada nortina refulgen sobre el fondo neutro del pasaje desértico y se contaminan con los desperdicios de un basural del pueblo de Alto Hospicio, iluminando críticamente desde esas imágenes la degradación de la vida en el tiempo crudo del extractivismo neoliberal.

### 3. Destellos neobarrocos en la poesía de mujeres chilenas: *Sayal de Piel* (1993) de Carmen Berenguer y *Albricias* (1988) de Soledad Fariña

#### 3.1. *Sayal de Piel*, de Carmen Berenguer.

Si el estudio de lo neobarroco es un campo emergente dentro de la literatura y el arte chileno, su indagación en la poesía de mujeres es un terreno aún por explorar. Soledad Bianchi (2015: 239) hace una breve referencia a *Sayal de piel*, poemario que Carmen Berenguer publica en 1993, destacando el hecho de que su lenguaje “inútil” no aspira a comunicar, sino que prefiere deleitarse en el goce sonoro. En efecto, en este poemario, a diferencia de los textos de Maqueira y Harris, comentados antes, no es posible seguir una trama narrativa ni descubrir motivos ligados con la tradición barroca o con sus actualizaciones neobarrocas. Sin embargo, se percibe en ellos un elaborado trabajo con sugerencias, imágenes y sonidos, así como con la poesía como artificio y tejido intertextual. Así, la enunciación de los poemas se desliza sobre las superficies visuales y sonoras, rodea y expande los fonemas, y se enreda en múltiples engarces sinestésicos.

---

4 Sobre esta obra de Demian Schopf, ver: [https://demianschopf.com/images/documentos/los-coros-menores\\_es.pdf](https://demianschopf.com/images/documentos/los-coros-menores_es.pdf)

Es lo que se muestra en la imagen de la rosa que se asedia sinuosamente, con la palabra y el cuerpo, en el siguiente poema de *Sayal de pieles*:

Rosa la hoja que el ojal fija  
petalosa abrasada al dedo  
arde táctil vuelo ardida  
dádiva curvosa.

Roce que al rosar hierve  
dedo curvo,  
tocar apenas tersa la línea  
signo de adalid;  
abertura dedosa, sedoso sedal  
cerrar la pelosa.

(Berenguer, 1993: 20)

Si bien este poemario no abre historias ni remite a motivos consagrados, deja establecida una relación con la tradición literaria chilena y, en particular, una genealogía que mira hacia la poesía de mujeres. Es lo que se explicita en las múltiples referencias entremezcladas que se incluyen en el poema breve que citamos a continuación: a saber, la basurita en el ojo, el vórtice, la alusión al mapa y al territorio, y, finalmente, a la pajita en una aguja. Son correspondencias todas ellas que aluden de modo directo a diversos poemas de los libros *Ternura*, *Tala*, *Lagar* y *Poema de Chile*, de Gabriela Mistral.

Basurita en el vórtice,  
El mapa no es un territorio  
El ojo no es un territorio.

La pajita es una aguja.

(Berenguer, 1993: 39)

Desde estos referentes, este poema articula una relación intertextual con “La pajita”, de Mistral, poema incluido en la Sección Jugarre-

tas del libro *Ternura*, donde también se despliegan múltiples juegos de lenguaje o “jugarretas” que operan desde una resignificación del género tradicional de la ronda. En este poema, que el de Berenguer cita, desde la forma simple y sintética de la canción infantil, Mistral ensaya toda una renovación del léxico mediante la recuperación de formas arcaicas y del lenguaje de la infancia, sugiriendo la posibilidad de expandir la conciencia a través de la imaginación poética. Por otra parte, desarticula la racionalidad instrumental que domina en el discurso moderno mediante una serie de encadenamientos sintácticos contrapuestos que se abren a la paradoja. Dice el poema:

Esta que era una niña de cera;  
pero no era una niña de cera,  
era una gavilla parada en la era.  
Pero no era una gavilla  
sino la flor tiesa de la maravilla.  
Tampoco era la flor sino que era  
un rayito de sol pegado a la vidriera:  
no era un rayito de sol siquiera  
una pajita dentro de mi ojitos era.

¡Alléguese a mirar cómo he perdido entera,  
en este lagrimón, mi fiesta verdadera!                    (*Mistral, Ternura*)

El vínculo que Berenguer establece con Mistral en el poemario no es azaroso. Por el contrario, remite a un contexto político específico, como lo es el período final de la dictadura, en cuyo marco se intensifican las luchas del movimiento feminista por el retorno de la democracia y también emerge una crítica feminista de la literatura que cuestiona la exclusión de las escritoras del canon literario nacional. Junto con el Congreso de Literatura Femenina realizado en Santiago, en 1987,

la conmemoración del centenario del nacimiento de Mistral, en 1989, abrió paso a una renovación muy significativa de la crítica literaria sobre la poeta. Ello contribuyó a resituar su figura en la escena pública, después de la instrumentalización que había operado sobre ella la dictadura, presentándola como modelo de una feminidad abnegada y conservadora, y como la contracara de Pablo Neruda, el descalificado poeta revolucionario. En este escenario de profundas transformaciones político-culturales, muchas mujeres poetas volvieron la mirada hacia Mistral, descubriendo la complejidad de su escritura poética, el potencial contestatario de su prosa y actuaciones públicas, e incluso, más adelante, la asunción de una identidad disidente en el plano sexual y genérico.

### 3.2. Albricia, de Soledad Fariña.

Soledad Fariña, junto con Carmen Berenguer, Elvira Hernández, Rosabetty Muñoz y Verónica Zóndek, entre varias otras escritoras, forman parte de una cohorte poética de mujeres constituida en los años 80 y que, en las décadas siguientes, se consolidaría y expandiría con la incorporación de nuevas voces y estilos de escritura. Como la propia Soledad Fariña ha manifestado en numerosas ocasiones, la poesía de los 80 emerge de la crisis social y de la *crisis de lenguaje* provocada por la dictadura. Por eso mismo, muchas veces echó mano de estrategias de enmascaramiento del discurso, que suelen coincidir con las búsquedas experimentales de la neovanguardia.

Sergio Mansilla (2010: 27), leyendo la poesía de varones de esos años, ha llamado “poesía de contra-golpe” (o post-golpe) a esa discursividad que, desde diversas instalaciones estético-políticas (testimonial, neovanguardista, canto épico o etnocultural), expresó la tensión trágica entre el dolor y la desazón de la derrota y la búsqueda por lograr una irrecuperable armonía. Por su parte, desde el lugar de relativa marginalidad en que las situaba la sociedad y la cultura hegemónica, las mujeres poetas alzaron la voz desde esas ruinas para iluminar a sujetos marginados y reconstruirse a sí mismas desde una consciencia crítica de género.

A Soledad Fariña la conciencia sobre la crisis de sentidos la impulsa a proponer una auténtica refundación del lenguaje desde la poesía, recurriendo para ello a uno de los pocos pilares culturales que todavía

percibe en pie en medio de la catástrofe. En su caso, no se trata de apelar a la antigua cultura europea, sino a la sabiduría de los pueblos originarios, cuyos recursos materiales y simbólicos se ponen a su disposición para esa labor constructiva. Así, persigue colores, texturas, y un barro primordial sobre cuya superficie inscribe un nuevo alfabeto y una nueva gramática; también descubre una cosmovisión que no excluye lo femenino, sino que lo incorpora como un componente esencial de la identidad del territorio. Con este ánimo, Fariña emprende la escritura de *El primer libro*, en 1985; un texto que está jalonado de preguntas sobre las que afirmará sus búsquedas y elaboraciones estéticas:

Había que pintar el primer libro pero cuál pintar  
cuál primer tomar todos los ocre también  
el amarillo oscuro de la tierra  
capas unas sobre otras: arcilla terracota ocre  
arañar un poco lamer los dedos para formar  
esa pasta ligosa  
untar los dedos los brazos ya estás abierto  
páginas blancas abiertas no hay recorrido previo  
tratar de hendir los dedos

(Fariña, *El primer libro*, fragmentos)

Su segundo poemario *Albricia*, publicado en 1988, avanza en esa creación de lenguaje, pero interiorizando esa indagación en un trayecto iniciático que procura una expresión propia, más libre de las ataduras y mandatos impuestos al sujeto femenino. Es lo que explicita el título del primer poema de la serie y, específicamente, el posesivo con el que se refiere al lenguaje: "VIAJO EN MI LENGUA" (énfasis mío). Eliana Ortega suma otro argumento a lo que acabo de afirmar: en *Albricia*, el viaje representa el intento por recuperar esa "palabra-madre americana". Una voz perdida entre los avatares una historia trágica, que desde la conquista nos ha obligado a vivir inmersas en una lógica falogocéntrica que

no brinda posibilidades de representación a la voz de la mujer (Irigaray, 1996). Para Ortega, entonces, el poemario de Fariña implica una reversión, una “vuelta al origen-madre”, desde un trayecto que no puede ser solitario, dado que implica una relación transitiva, dialógica, con un tú: con una otra con la que se establece un lazo *cuerpo a cuerpo* en la escritura (Irigaray). Dice Fariña:

### VIAJO EN MI LENGUA

de arena pantanosa

dos vocales

O E

[...]

¿Qué sintaxis

Qué paisajes que mis ojos no vieron

Quieren brotar de esas aguas

y tu lengua

mi lengua

(Fariña, 2010: 9)

Al igual que en el poema de Berenguer, esa *otra* aludida en el poema de Fariña no puede ser sino Gabriela Mistral, cuya voz se convoca desde el propio título del libro: *albricia*. Esta palabra establece una conexión directa con el poemario *Tala* (1938), de Mistral, en una de cuya notas la poeta ofrece una etimología particular del término. Para ella, “albricias” connota significados colectivos y un tesoro a ser recuperado. Una segunda referencia mistraliana se agrega en el epígrafe del libro, que cita el poema “La cabalgata”, también de *Tala*, donde los sentidos del cuerpo humano aparecen intensificados. De esta manera, la hablante de *Albricia* parece subrayar el silencio y tranquilidad de la noche, que brinda descanso a las viajeras, cobijándolas bajo una valva protectora o lugar de resguardo que se sitúa más allá del orden social del poder constituido, en un “orden simbólico de la madre” (Muraro, 1995: 185).



#### 4. Un cierre provisorio

Como he afirmado a lo largo de este texto, el debate sobre lo neobarroco en Chile aún no ha alcanzado su momento o eclosión. Algunos estudios adelantan discusiones y ya se cuenta con algunos análisis específicos, aunque todavía faltan definiciones respecto de cómo se resignifica en una categoría de tanto impacto en el continente, pero que no ha cuajado con solidez en territorio chileno. En este escenario de relativa carencia investigativa, destaca la conceptualización de Soledad Bianchi respecto de lo *neo-barroco*, como un intento valioso por dar identidad neobarroca a ciertas producciones literarias.

Sin embargo, como lo sugiere la propia Bianchi, esta noción no sirve para todo y yo misma me cuestiono su utilidad para abordar el objeto de mi interés investigativo: la poesía de mujeres. Si bien la orientación de Bianchi me sirvió para dar con la sonoridad barroca de *Sayal de Pielles*, de Carmen Berenguer, en mi opinión, la categoría de neobarroco no puede ser aplicada mecánicamente a los poemarios de Berenguer y de Fariña. Desde mi perspectiva, si bien sus textos producen una experimentación “excesiva” con el lenguaje que los acercaría a una sensibilidad neobarroca, estos recursos están allí, sobre todo, en función de una política feminista del lenguaje que busca instalar y legitimar un modo diferente -femenino- del decir poético.

Aun así, estimo que la categoría de *neo-barroco*, propuesta por Soledad Bianchi (2015), merece una exploración mayor y podría ser muy iluminadora en el caso de ciertas poéticas actuales. Me refiero, por ejemplo, a la obra de Daniela Catrileo, en particular sus poemarios *Río Herido* (2016) y *Guerra florida* (2019); dos libros que, desde un trabajo experimental con la lengua, problematizan la continuidad (neo)colonial en la sociedad chilena, derivada de la exclusión de la población mapuche y la dominación patriarcal sobre las mujeres y las disidencias sexuales.

En definitiva, al menos por el momento, preferiría hablar de trazas o destellos neobarrocos en la poesía de mujeres más que de estéticas neobarrocas propiamente tales. Si bien estas últimas deben haber influido en el trabajo de muchas poetas chilenas, incluyendo las poéticas de Berenguer y Fariña, estimo que la presencia de esos rasgos no alcanza para nombrar globalmente sus proyectos escriturales como neobarrocos, dado ellos están atravesados por una multiplicidad perspectivas estético-políticas.



## Bibliografía

### Corpus poético

**Berenguer, C. (1993).** Sayal de Pieles. Santiago: Francisco Zegers Editor.

Fariña, S. (2010). Albricia. Santiago: Cuneta. Primera edición: 1988.

\_\_\_\_\_ (1985). El primer libro (fragmentos). Textos tomados de <https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/16/escriptoras2.html>

**Harris, T. (1992).** Cipango. Santiago: Documentas y Ottawa: Cordillera.

**Maqueira, D. (1983).** La Tirana. Santiago: Tempus Tacendi.

**Mistral, G. Retablo de la Literatura Chilena.** Gabriela Mistral. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. <http://www.gabrielamistral.uchile.cl>

### Bibliografía general

**Andrade, M. (2015).** Barroco y poder en Louis XIV de Paulo de Jolly. Revista Chilena de Literatura N° 89: 51-76.

**Ayala, M. (2012).** Estrategias canónicas del neobarroco poético latinoamericano. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana 38(76): 33-50.

**Bianchi, S. (2015).** Del neobarroco a la inestabilidad del taco alto (¿un neobarroco chilensis?). Revista Chilena de Literatura N° 89: 323-333.

**Echavarren, R., Kozer, J. y Serami, J. (1996).** Medusario. Muestra de poesía latinoamericana. México: FCE.

**Galindo, O. (2010).** Las poéticas (neo)barrocas de Diego Maqueira y Tomás Harris. *Alpha (Osorno)* N° 31, 115-214. Tomado de [https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-22012010000200014&lng=en&nrm=iso&tlng=en](https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22012010000200014&lng=en&nrm=iso&tlng=en) Consulta del 20-07-2021.

**Irigaray, L. (1994).** El cuerpo a cuerpo con la madre. *Debate Feminista*, 10: 32-44.

**Mansilla, S. (2010).** El paraíso vedado. Ensayos sobre poesía chilena del contragolpe (1975-1995). Santiago: LOM.

**Milán, E. (2007).** Pulir huesos. Veintitrés poetas latinoamericanos (1950-1965). Barcelona: Galaxia Gutemberg.

**Muraro, L. (1995).** El orden simbólico de la madre. *Debate feminista*, 12: 185-202. Tomado de [https://debatefeminista.cieg.unam.mx/df\\_ojs/index.php/debate\\_feminista/article/view/236/177](https://debatefeminista.cieg.unam.mx/df_ojs/index.php/debate_feminista/article/view/236/177)

**Ortega, E. "Viaje a la otra palabra: Albricia de Soledad Fariña (1988).** Lo que se hereda no se hurta (pp. 45-54). Santiago: Cuarto Propio,

**Perlongher, N. (1991).** Caribe Transplatino. Poesía neobarroca cubana y rioplatense. Sao Paula: Iluminuras.

\_\_\_\_\_. (1993). Introducción a la poesía barroca cubana y rioplatense. *Revista Chilena de Literatura* N° 41: 47-57.

**Rojo, G. (1996).** Prólogo. Tomás Harris o la fiebre del oro en Orompello. En Tomás Harris, *Cipango*. Santiago: FCE, pp. 11-21.

**Sepúlveda, M. (2013).** Ciudad quiltra. Poesía chilena (1973-2013). Santiago: Cuarto Propio.



*Artista invitado*

*Carmen Berenguer, Las Cruces, 2018*

*Pintor Andrés -Titi- Gana, en el Cementerio General*





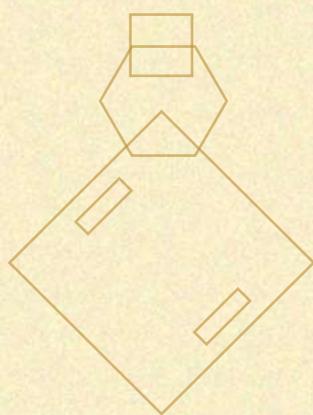


S7



TRADUCCIÓN

S



# Giorgio Mobili



*Italia*

*Traducción del autor*

## MOLI PERDUTI A CONCÓN

*Giorno di scialuppe  
chi ci pensava più  
con giri di stoppa  
lo annunciano i pennuti  
non spuntano fiori  
da due stagioni  
e ora quel faro, laggiù...*

*Appesi alla carcassa  
di un cinema d'essai  
questa sera alle venti  
per sempre, Casablanca...  
ma l'aria ci sfianca: è la persistenza  
dei moli perduti a Concón.*

*Gialla California  
astro senza nuvole  
quante ne hai vinte – d'emblée.  
Tre urrà per l'avvocato  
il dottor Washington  
dimentica tutto se puoi  
(anche per noi...)*

*Se c'è un limite all'affanno  
che dio lo stabilisce  
chi assegna le date, chi lo sa quando svanisce  
nell'impermanente la permanenza  
dei moli perduti a Concón.*

## MUELLES PERDIDOS EN CONCÓN

Es día de las chalupas  
quién lo iba a imaginar  
con giros de estopa  
las gaviotas lo divulgan  
hace dos estaciones  
que no brotan flores  
y ahora aquel faro – quizás...

Colgados del cadáver  
de un viejo proyector  
esta noche a las veinte  
para siempre, Casablanca  
este aire nos cansa: es la persistencia  
de los muelles perdidos  
en Concón.

Áurea California  
astro sin cúmulos  
qué esplendoroso – botín:  
tres hurras para el comendador  
el doctor Washington  
(olvidese todo, le ruego  
de nuestro juego...)

Si hay límite al afán  
qué dios lo determina  
quién asigna la fecha  
sabe cuándo – difumina  
en lo impermanente la permanencia  
de los muelles perdidos  
en Concón.

## GRAMMOFONO

*Riavvolgi la musicassetta  
fai un mulinello con la vecchia stilo:  
non sai che un giorno il gesto  
svanirà dall'affresco  
assieme al calamo e al pesce tequila.*

*Misuri la danza, scudisci la trottola  
forte, fai fischiare la strada:  
per un istante l'orbita  
s'inverte di segno  
e il sortilegio della fine si smaga...*

*Le cose cadute  
come l'antica foto di noi due  
pazientano qui:  
morte ad ogni scopo  
scintillano senza più fili  
come un grammofono.*

## GRAMÓFONO

Rebobinas la cinta, armas  
un torbellino con tu lápiz mina  
no sabes que este gesto  
desvanece del fresco  
junto al tintero y a los peces tequila.

Calculas la danza  
azotas el trompo bien fuerte  
hasta que silbe la calle:  
por un instante el círculo  
se invierte de signo  
y el sortilegio de la muerte se amansa.

Las cosas decaídas  
como esta foto de nosotros dos  
aguardan aquí:  
faltas de ambiciones  
destellan solas sin hilacha  
como un gramófono.

## IL LUNGO INVERNO

*C'è un taglio nuovo nella luce  
non te lo aspetti dalla vecchia tenda  
sfregiamo gli occhi ma i nomi  
non sono gli stessi, non sono  
più per noi. E l'ombra  
insabbia il sognatore, e già nere  
le schiene...*

*Brucia il mondo intero  
questa sera  
ma senza far rumore: il mare  
ricomporrà le cifre del miraggio  
la strada che credemmo  
stella...*

*La carta per le nuove sponde  
identica ad ogni passaggio  
l'insegna con la V scomparsa  
il brivido che vive solo  
sulla costa.*

## EL LARGO INVIERNO

Hay un nuevo tajo en el cielo  
no lo esperabas de la colgadura  
guiñamos ojos y los nombres  
no son los de antes, ya no son  
para dos. Y una sombra  
encubre al soñador, y tan negra  
la espalda...

Arde el mundo entero  
en esta noche  
sin hacer ruido: el mar  
recompondrá las cifras del ensueño  
la senda que creímos  
estrella...

El mapa de las nuevas rutas  
idéntico a cada periplo  
la valla con la V depuesta  
la conmoción que solo vive  
por la costa.

## ACQUA

*Senza nubi sui muri il pensiero  
si sperpera e noi  
impariamo a dormire.  
Sospiriamo un rovescio che ci affranchi  
per cederlo subito a chi deve  
vivere per sempre...*

*E anche quest'orizzonte  
non tiene più i colori  
l'hanno spolpato tutto  
e poi lasciato lì a ballonzolare  
a faccia in su...*

*Ma si può viaggiare leggeri.  
E c'è acqua  
sotto le crepe  
nell'arsura di questo dominio:  
acqua, sotto le crepe  
nel benché di ogni nuovo infortunio.*

## AGUA

Sin más nubes el juicio  
derrama en los muros y nosotros  
aprendemos a dormir.  
Suspiramos por reveses que nos libren  
para cederlos enseguida a quien  
vivirá para siempre.

También este horizonte  
ya no aguanta los colores  
quedó todo deshuesado  
con el cuero columpiándose  
boca arriba...

Aún se puede viajar liviano.  
Y hay agua  
bajo las grietas  
la aspereza de este dominio:  
agua, bajo las grietas  
el envés de un flamante infortunio.

## O ÚLTIMO CAFÉ DO CONTINENTE

*Litorale estatico di Lisbona:  
un carico di olandesi  
gioca a battaglia navale  
dall'ultimo caffè  
del continente. La forza  
che dirige il loro braccio  
e quello flebile nostro  
non si scopre.*

*Portano il sumo de laranja  
poi alziamo i tacchi  
anche da quest'orizzonte  
spiemontizzati dagli anni  
e dai chilometri  
ma verso – il tramonto  
sordi come allora  
ad ogni voce che non sia  
quella dei nostri morti  
oscuri od illustri.*

## O ÚLTIMO CAFÉ DO CONTINENTE

Litoral extático de Lisboa:  
una patrulla de holandeses  
juega a batalla naval  
desde el último café  
del continente. La fuerza  
que administra sus movidas  
y las débiles nuestras  
no se muestra.

Después del sumo de laranja  
nos eclipsamos  
también de este horizonte  
desbastados por los años  
y por las millas – sin embargo  
de noche  
sordos como siempre  
a cualquier voz que no sea  
la de nuestros muertos  
oscuros o ilustres.

## I GIARDINI DI QUINTA VERGARA

*Ora che il giorno – si trattiene  
sull'altra sponda del letto  
e i giardini perduti rinverdiscono in sogno...*

*E quel torrione, usurpatore  
bersaglio pomeridiano –  
non era forse custode di un volto di noi?*

*Non volermene  
se non ci metto piede  
anche ora che la cerchia non c'è più...*

*Perché proprio questo niente  
è l'ultima fortezza  
la grazia che insiste in ciò che non fu.*

## LOS JARDINES DE LA QUINTA VERGARA

Ahora que el día – se detiene  
en la otra orilla del tálamo  
y los jardines perdidos  
reverdecen en sueño

y ese torreón – usurpador  
nuestra diana vespertina  
¿no era acaso el custodio  
de un rostro de ti?

Perdóname  
pero no volveré  
aunque ahora la cerca ya no está

porque esta ausencia misma  
es el último presidio  
la gracia que insiste en lo que no fue.



*Artista invitado*

*Gitana sola, 2013*

*Dos gitanas en el forestal, 2013*

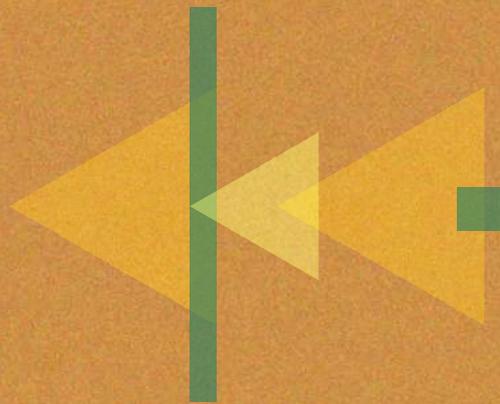
*Rey gitano de Ibiza, 2010*





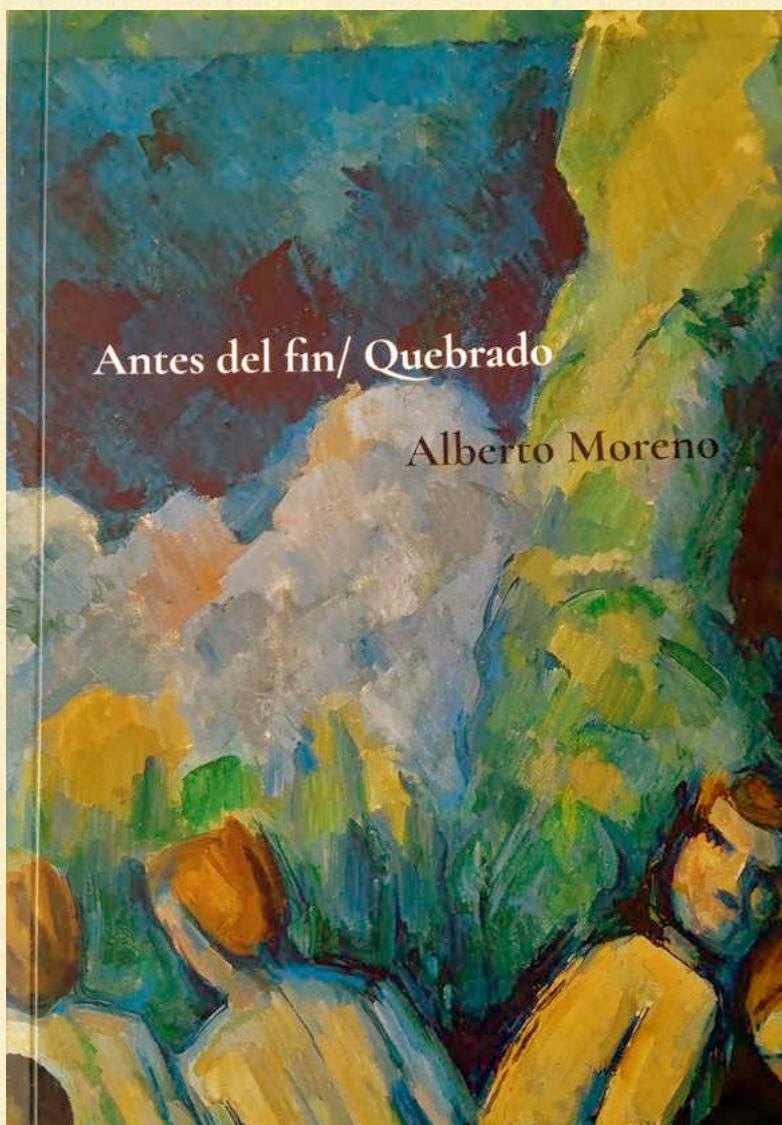
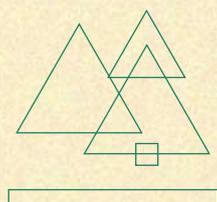


S7



RESEÑAS DE LIBROS

S7



Antes del fin/ Quebrado

Alberto Moreno

# Antes del fin y Quebrado



*Prólogo de Naín Nómez*

Estos dos nuevos poemarios de Alberto Moreno, tienen como característica central su carácter sintético y una originalidad que se focaliza en su reconocimiento de la tradición literaria occidental, al mismo tiempo que incursiona en la interioridad del sujeto desde una diversidad de perspectivas escriturales. *Antes del fin* está precedido de una presentación del autor que pone el énfasis en la vigilancia y el control social de la ciencia médico-siquiátrica, invocando la idea de que somos parte de un experimento de laboratorio. Por otro lado, *Quebrado* comienza con una poética que inquiera en la significación del poema y que nos devuelve nuestra imagen de existir y estar vivo, porque nos excede, ya que no envejece ni muere. Moreno es un poeta que cultiva y se regocija en el reconocimiento de sus fuentes no sólo literarias, sino de todo tipo, las cuales afloran de manera natural en el maremágnum de las páginas de estos dos libros. La historia humana y el lenguaje aparecen como fundamentos de sus versos que ratifican el orden humano más allá del mundo natural. Un ejemplo de lo anterior es “El poema”, donde se focaliza la intencionalidad del autor: “el poema quiere ser (ha de ser) precisión, descripción escrupulosa/ y apasionada, / del espacio que ocupa el sueño humano”. Otros poemas donde se bucea en temas de carácter estético o conceptual, son también “imita e ríe” o “Poesía”, que aluden directamente en la función del poeta. Todo ello se mezcla con algunos textos que descansan en la oposición entre las imágenes de la muerte y las del mundo cotidiano.

*Antes del fin* se caracteriza por ser una obra decantada, a veces casi desnuda de retórica, con enunciados precisos que reflexionan sobre el pasado, la memoria, las culturas arcaicas y la escritura, especialmente la relación entre lenguaje escrito y oralidad, entre poesía y visualidad y ambos elementos entronizados con el pasado y el futuro. Los textos juegan también con las imágenes y la intertextualidad literaria e histó-

rica. Los significantes se mueven entre el verso libre y la prosa, la cita, la paráfrasis, la utilización de la historia, la crónica, el epígrafe, la cita o el testimonio, generando una poesía híbrida en su forma y su contenido. Poemas punzantes que incursionan con el escalpelo de la escritura en nuestra historia personal y colectiva, a partir de un sujeto casi impersonal que ausculta las huellas de la memoria en su interioridad.

En *Quebrado*, por otro lado, prima un sujeto apostrófico que le habla a otro/otra que es un tú o un nosotros a veces y en otras al propio yo, para reflexionar sobre el entorno, los otros seres humanos, las costumbres, la vida mecánica, la Naturaleza; pero también sobre el tiempo que viene y finalmente no conocemos. En general son poemas breves, un tanto filosóficos, existenciales o lúdicos, que incorporan las citas, los epígrafes y la paráfrasis. Los grandes temas que se abordan como interrogantes son la existencia humana, la situación del yo y el tú en el mundo actual, el lenguaje o la comunicación virtual. A veces los poemas abordan la relación entre sentido y sonido, como en el poema “Renuevo”, en el cual se juega con la relación entre el “deseo” y la “realidad”. Otras veces se sale de este marco reflexivo y se intensifica la descripción de los sentidos a partir de acciones e imágenes concretas, como en el poema “Ardor”: ambos del poemario *Antes del fin*. El libro se abre en varias direcciones que van desde las matanzas de los aborígenes hasta relevar los sonidos de enunciados parecidos que se desgajan en una diversidad fonética que sugiere o representa una amplitud enorme de sentidos. En esta dirección, el poeta utiliza las repeticiones de palabras y frases, para atesorar los sonidos y hacerlos dialogar con la desnudez del sentido y la significación. Otras veces se trata de resumir en tres o cuatro versos, una idea, un pensamiento, un aforismo, como en “Brevisima relación de ideas en el siglo XX”, en donde en cuatro breves enunciados se sintetiza el transcurso de la vida humana. No faltan tampoco los homenajes y la sacralización de la tradición poética, como “Politeísmo”. Pero en la mayor parte de los poemas, prima la sensación de soledad, del vacío, de la nada. Aunque en ocasiones también existe el amor frente al hastío o momentos de alegría y placer que forman un contrapunto con las características anteriores. En el centro de toda esta poesía encontramos el poder de la memoria como centro del fundamento humano.

De manera distinta, *Quebrado* difiere algo de lo anterior, aunque en términos generales tenemos una estética similar. Aquí es la palabra

misma la que es sujeto y objeto de la escritura. Se trata de una urdimbre más filosófica que intenta establecer algunas verdades, pero que también deja paso a la incertidumbre del decir, a la pregunta sin respuesta, a la imagen poética en su libertad y ejercicio pleno.

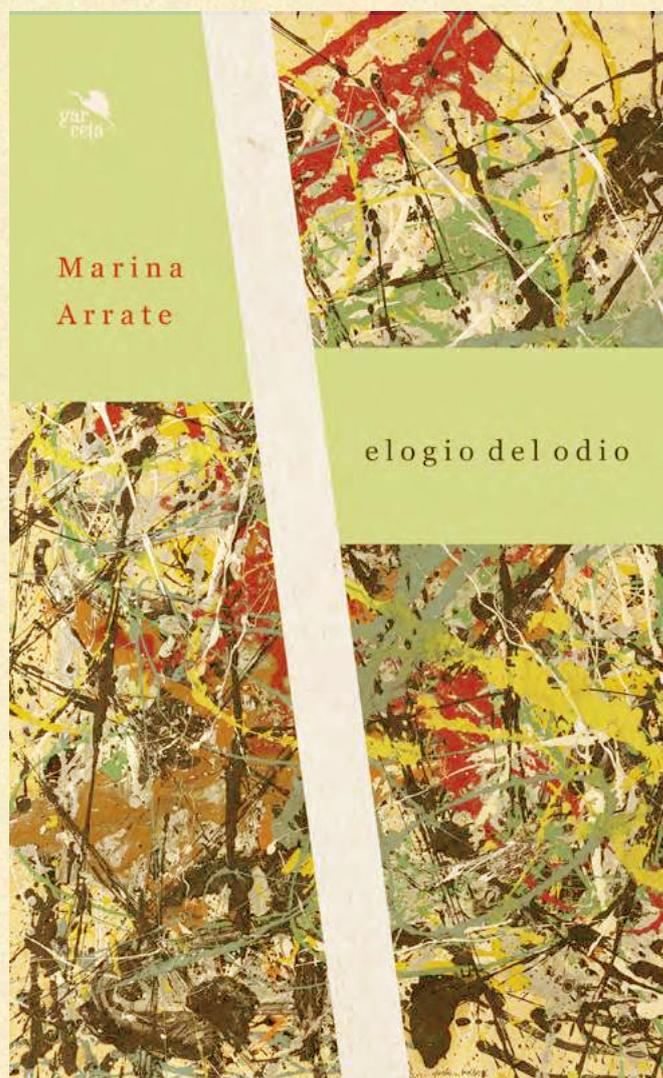
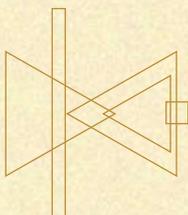
En ocasiones, el verso se adelgaza en pequeñas viñetas que se comparan analógicamente con el aforismo, como si se buscara un efecto en el lector o una enseñanza vital, pero siempre enhebrada al sentimiento y a una especie de arraigo o permanencia en el afecto o el amor. Se trata de pequeñas anécdotas, historias, leyendas, que se presentizan en el quiebre de los destinos inalcanzables, retratos al pasar desde el tren de la vida.

En definitiva, estos dos poemarios de Alberto Moreno, representan una búsqueda ya anunciada en algunos de sus libros anteriores, que ahora se decanta y se revierte en un lenguaje cuya madurez personal se expresa en versos auténticamente suyos. Poesía novedosa y original, escrita en un lenguaje de gran solidez metafórica y donde el poeta va elaborando su propia escritura, a despecho de contextos, modas o intentos experimentales fatuos. Poesía que habla de nuestro mundo trizado y *quebrado, antes del fin*, o como dice su autor: “Pasión y soledad, en la incontenible noche del olvido, aquel lugar donde todos caeremos un día”.

Santiago, agosto 2021.



S7



## Elogio del Odio



*Por Eugenia Brito*

**M**arina Arrate es una poeta chilena que surge en la década de los 80 en Chile, con su libro de poesía *Este lujo de Ser*, y posteriormente con *Máscara Negra* 1990, *Tatuaje*, 1992 *Trapezio*, 2002 *Uranio*, 1999, *El libro del Comendador*, 2008 y *ahora*, *Elogio del Odio*, 2021.

En una primera aproximación a *Elogio del Odio*, su último libro, diría que éste se ciñe a la estética suntuosa y barroca que Marina Arrate adopta desde su primer texto. Una red metafórica concatena formas sintácticas e imágenes que conforman un cuerpo o varios cuerpos que despliegan la imaginería del odio, su proyecto y destino. Desde el azabache de la mariposa y sus estrías doradas, hasta el fulgurante azul del odio; desde el tatuaje en el tobillo izquierdo, o tal vez, en un desplazamiento múltiple, sobre la muñeca derecha, en la espalda, en la oreja izquierda y desplegada en el vientre, la recurrente mariposa negra. Esta imagen de la fragilidad de la belleza y del vuelo, de la fugacidad de la vida y las transformaciones, le permite generar un habla sobre el cuerpo de la sujeto que escribe y fabula y que como un mantra repite, cargando de sentido sus palabras, que el odio la inunda, que el odio la hace escribir, que hablará del odio. Esa mariposa que es un signo identificador, de su cuerpo, se conecta con otra, simbólica, que es un signo articulado con la sangre de los caídos, quizá de la caída en un alfiler real o imaginario que la capture y la mate.

Así como la primera parte da forma al cuerpo de la sujeto que escribe, el texto “El Yatagán”, da forma al puñal con el que se piensa llevar a cabo una venganza y en “El Arte del Yatagán”, a fragmentos de la historia de su uso. La escena es atemporal, parece antigua, pero a la vez moderna, en una ciudad que puede ser occidental u oriental.

Pero ésta es una marcha, una caminata, en que el hablante, con otros u otras, se mueve desde el Norte al Sur, desde California a Magallanes. Esta es una travesía de la mente y la lengua, un viaje guiado por

el significante de un afecto, una vibración que moviliza y hace estallar los límites y contornos.

La articulación de estos poemas está recorrida por una serie de sinécdoques, desde las cuales se hace una señal al sentido, el cual nunca es pleno o completo, sino que procede en fugas desde lo imaginario a lo fantástico, desde lo onírico al deseo. Y desde éste a la palabra en donde recompone un escenario con varios y múltiples dobles. Pero el significante que busca articular el ser lo hace desde diferentes estratos, desde objetos parciales, desde los cuales convoca la palabra y disemina de modo plural sus posibilidades y latencias, gestionando una estética del vacío y la penumbra en la que destaca firme la imagen del puñal, por una parte y del zafiro, por otro.

En ese lugar situado entre su propio borde y su desgaste, en ese lugar que no es sino una huella de una batalla que se dio y se perdió, se quiere lograr una épica mayor, de la cual el poema es nostalgia y presagio.

El proceso poético se apoya en signos que sirven como iconos, fetiches, ornamentos que estilizan el texto, como elementos significantes, que sin mirar los de los centros, recorren más bien los contornos, las periferias del sentido. Desde la mariposa, ensoñada o tatuada, presente en la mano, en la oreja en el vientre, nos vamos al zafiro y a la consideración sobre el lujo. Desde allí (en "La Revelación de la Hija de la Nieve") a la niebla de los bosques y a la vigilancia de la Hija de la Nieve y toda la ensoñación desde la cual se formula La Ciudad del Odio (en el poema "Yo canto el odio").

Demás está decir que muchos de los significados que se relacionan en estos poemas proceden de relatos orales, fantaseados por Marina Arrate, a la par que reorientados hacia su poética, para configurar un universo que se aleja de los referentes de la realidad actual, para construir un mundo otro, que tiene las coordenadas elegidas por la autora.

Este viaje es una transversal que surge desde los matrices de la lengua, desde lo que Julia Kristeva llamara la "chora" como lugar de surgimiento de la semantización y significación, viaje de venganza y de fuga, en lo que constituye un paisaje de Norte a Sur, Este a Oeste, un paisaje que se convierte en un teatro pulsional, que inscribe en la sujeto y su puñal, la carne trémula de una pasión vindicatoria. Lo que podría llamarse un deseo de justicia ante el poder hegemónico y los signos del poder.

Marina Arrate es la poeta que explora a la mujer y su galería de máscaras, las que desarma a sangre como se puede observar en la escena del maquillaje en *Máscara Negra*, la del tatuaje erótico y sangrante en

Tatuaje, la de la osadía en el extremo de la periferia en Trapecio, la del concierto lírico y barroco en *El Libro del Comendador*, en *Elogio del Odio* es la artista, la amante y la guerrillera, que desde la alegoría de una escena antigua, definida no sólo desde la unicidad, sino desde lo plural y múltiple de su lengua y territorio, se arma en una protesta por la soledad, la miseria, el abandono.

El poema no tiene un centro fijo, sino que zigzaguea en los márgenes y pliegues de las palabras, dándoles cuerpo y haciéndolas semejantes a las piedras, que, como el zafiro, ostentan su valor de exhibición y son signo de poderío y riqueza, por sus múltiples y a ratos complejas asociaciones. Piedra ostentosa y elegante que reúne para la poeta la contradicción de lo costoso y la belleza del lujo. El poema va desde un lugar a otro, oscila en un montaje de asociaciones y espejos para cursar el deseo de reparación de la sujeto que escribe.

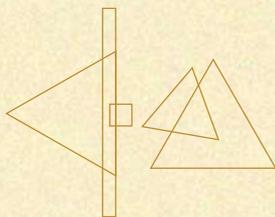
Mención aparte merece el poema de eco batailliano, “Píntame los pies, que surge desde la tensión de la muerte y el drama del no-ser, frente a lo cual, se exagera el eros que desde el cuerpo y su fragilidad busca emerger a través de la pintura, con sus huellas, con su temblor vital, para decir que existe a pesar de la nada y el desastre.

Cabe señalar aquí que la pintura en el rostro y en el cuerpo, se ha usado en ocasiones festivas y como señal de duelo, en las tradiciones religiosas de onas y kawésqars. Uno de sus valores, según el etnolingüista Oscar Aguilera, es el de protección. Su valor significativo es múltiple, pero en uno de sus tramos, está el duelo. La sujeto del texto sabe que tanto ella como el amante se desvanecen y que esta fiesta y sus señales, materializan el caos del existir.

El Espíritu de la Noche ya materializa la venganza, concitando el deseo de la muchedumbre de destruir a los poderosos y arrasar con las ciudades imperiales, el deseo de la masa abusada de destruir el Imperio. Y hacer una gran masacre. En consecuencia, el libro puede leerse como el deseo de la recuperación del cuerpo de una mujer, borrando su sacrificio, inscrito en la historia cultural de Occidente, y retomar, desde la necesidad de justicia y venganza, una escritura que, liberada, la contenga como tejido alegórico, para reconstruir así su historia.



S7



# El Cristo De los Tobillos Rotos

*Historia Estroboscópica*

Fernando Arabuena



## El cristo de los tobillos rotos



*Por Carmen Berenguer*

Siempre la belleza otorga sentidos estéticos, y este canto tiene ese hilo profundo con la lámpara que ilumina el refugio de la tormenta en ese vínculo con la tierra y su abrigo, eso produce el intenso latido de la lengua-lenguaje en el poema.

Es un poemario místico basado en el mito poético, que siempre se refunda en la historia de los tiempos, imaginando un mundo irreal, de belleza sin igual, en el eco del fin, por la boca grande del mar, las flores y el estío paralelo a la debacle actual, en los cambios que vivimos.

La salida desde Juan de la Cruz son las claves del poema. Son interesantes sus cruces desde el Mito de Eurídice y Orfeo, la tragedia del amor, la tragedia del poeta cantante lírico en la búsqueda de consolidar el amor, tema hoy incierto. Lo cruza Hölderlin, quien dijera que «Los poetas erran en la noche sagrada». Hölderlin, quien inventa la aldea imaginaria, inventa el lenguaje de una aldea que no existe. Cruza la Virgen de la Candelaria. Mariano Caro, un arriero que vislumbra la caverna que le permite el refugio bajo una tormenta, por medio de una luz en el camino. La virgen de Copiapó.

Lo que más me entusiasma son los cruces de citas: Hölderlin, Juan de la Cruz, el arriero Mariano Caro, lo religioso popular de la candela iluminada, el pueblo, ese sincretismo creador que dota el sentido último del canto iluminador. El rumor de la revolución del pueblo.

Bien, en esa recreación que hiciste, y que hacemos de los espacios-lugares, el cómo lo haces es el mundo creado por el poeta; es el lenguaje quien lo arma. Eres tú. El lar del que han hablado se instala, es un arte del más alto nivel.





EN ESTA EDICIÓN  
NOS ACOMPAÑAN

*Alicia Salomone*

*Jorge Díaz*

*Alberto Moreno*

*José Leandro Urbina*

*Antonio Gil*

*Julio Barco*

*Carmen Berenguer*

*Lina Meruane*

*Carmen Váscones*

*Mariela Dreyfus*

*Cristóbal Gaete*

*Marina Arrate*

*Edith Obaid A.*

*Mario Lanzarotti*

*Eugenia Brito*

*Naín Nómez*

*Fátima Sime*

*Omar López*

*Fernando Arabuena*

*Rolando Gabrielli*

*Giorgio Mobili*

*Viviana Ávila Alfaro*

*Johnny Aguirre*

S7